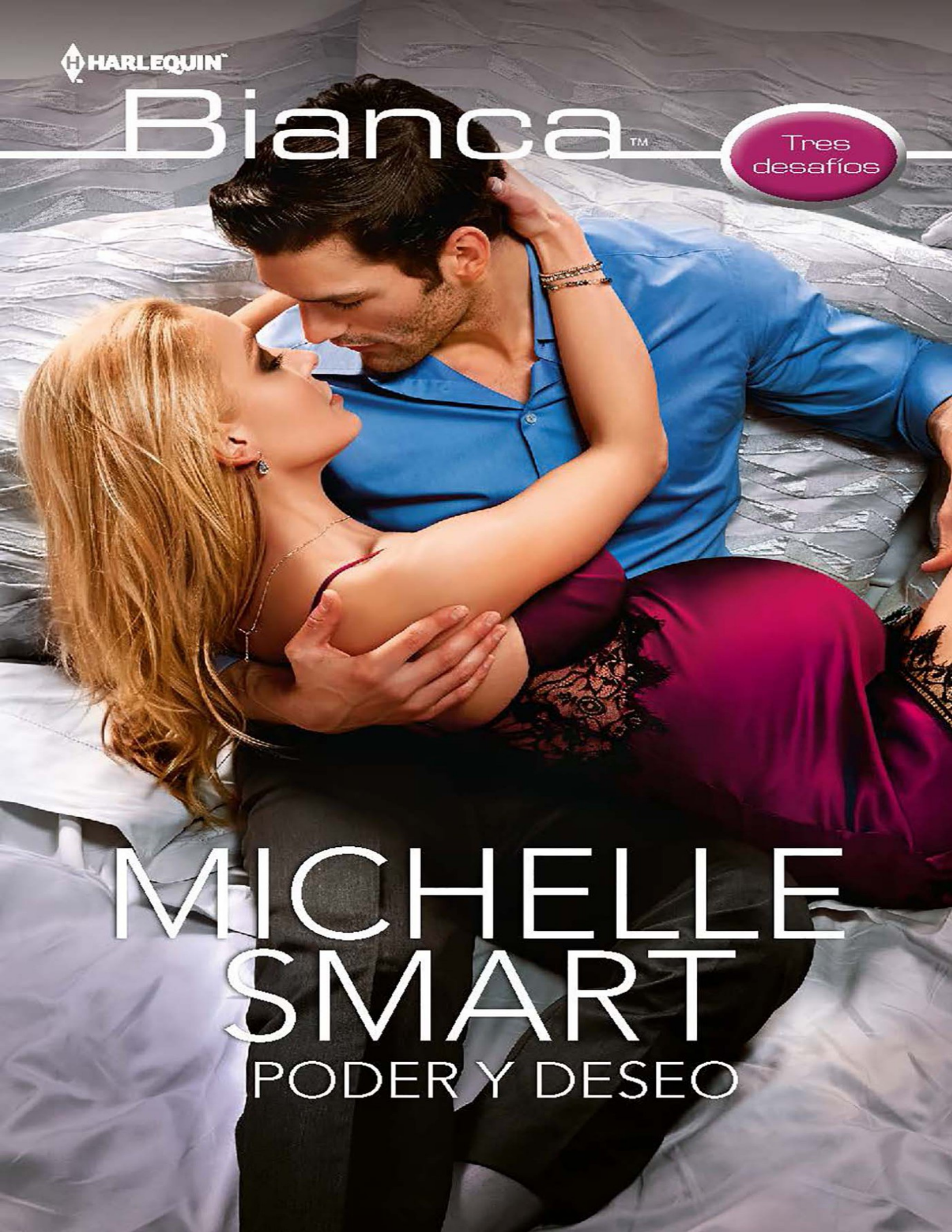


HARLEQUIN™

# Bianca™

Tres  
desafíos

A romantic scene between a man and a woman in a bed. The man, with dark hair and a beard, is wearing a blue shirt and is leaning over the woman. The woman has long blonde hair and is wearing a red dress with black lace. They are looking at each other and about to kiss. The background is a grey, textured surface, possibly a bedsheet or a wall.

MICHELLE  
SMART  
PODER Y DESEO

\_\_\_\_\_ Bianca™ \_\_\_\_\_

# PODER Y DESEO

Michelle Smart



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2017 Michelle Smart  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Poder y deseo, n.º 159 - diciembre 2019  
Título original: Claiming His One-Night Baby  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.  
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.  
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.  
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.  
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1328-712-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Capítulo 1

**M**ATTEO Manaserro, con los dientes apretados y el corazón alterado, miró el ataúd que enterraban en el cementerio privado del castillo Miniato.

Alrededor de la fosa había cientos de seres queridos de Pietro Pellegrini: amigos, familiares, colegas e incluso algunos jefes de Estado con los guardaespaldas a cierta distancia. Todos querían despedirse de un hombre respetado por todo el mundo por su labor filantrópica.

Vanessa Pellegrini, la madre de Pietro, quien había enterrado a Fabio, su marido, en la tumba de al lado hacía solo un año, dio un paso, apoyada en su hija Francesca. Las dos agarraban unas rosas rojas y Francesca se dio la vuelta para tender una mano a Natasha, la viuda de Pietro, quien miraba la caja de madera como si fuera una estatua desvaída. La brisa había cesado y no se le movía ni un mechón del pelo rubio como la miel, lo que le daba más aire de estatua.

Levantó la mirada, parpadeó para volver a la realidad y tomó la mano de Francesca para acercarse a las mujeres sollozantes. Una vez juntas, las tres mujeres Pellegrini arrojaron las rosas sobre el ataúd.

Matteo hizo un esfuerzo para soltar el aire que había estado conteniendo y se fijó en la viuda.

Era un día para despedirse, para llorar y honrar a un hombre que merecía que lo lloraran y honraran, no era un día para mirar a su viuda y pensar lo guapa que estaba incluso de luto... o para pensar cuánto quería agarrarla de los hombros y...

Daniele, el hermano de Pietro, se movió a su lado. Les tocaba a ellos.

Se despidió de Pietro, su primo y su amigo, y le dio las gracias por todo. Iba a echarlo de menos.

Cuando la familia más cercana, Matteo entre ellos, ya había arrojado sus rosas sobre el ataúd, los demás asistentes hicieron lo propio.

Intentó no inmutarse y miró a sus padres cuando se acercaron para despedirse de su sobrino. A él, su hijo, no lo miraron, pero él sabía que su padre notaba que estaba mirándolo. No había cruzado una palabra con él desde hacía cinco años, desde que cambió legalmente su apellido a las pocas semanas de que muriera su hermano.

Demasiada muerte.

Demasiados entierros.

Demasiada desdicha.

Demasiado dolor.

Cuando terminó el entierro y el sacerdote llevó a los asistentes al castillo para el velatorio, Matteo se quedó rezagado para visitar una tumba en la fila de detrás. La lápida de mármol tenía una inscripción muy sencilla.

*Roberto Pellegrini*  
*Hijo querido*

Ninguna mención a que él fuese un hermano querido.

Generaciones de Pellegrini, que se remontaban seis siglos atrás, estaban enterradas allí. Roberto, con veintiocho años, era el enterrado más joven de los últimos cincuenta años. Se agachó y tocó la lápida.

–Hola, Roberto, perdona que no te haya visitado últimamente, pero he estado muy ocupado.

Dejó escapar una risotada. Desde la muerte de su hermano, acaecida cinco años atrás, había visitado la tumba solo un puñado de veces, pero había pensado en él todos los días y había sentido su pérdida a todas horas.

–Ya estoy justificándome otra vez. No soporto verte aquí. Te quiero y te echo de menos. Solo quería que lo supieras.

Parpadeó para contener las lágrimas y, con el corazón encogido, se arrastró hasta el castillo para reunirse con los demás.

Se había instalado una barra enorme en el salón para el velatorio. Matteo había reservado una habitación en un hotel de Pisa para los dos días siguientes, pero supuso que tampoco iba a pasarle nada por beberse una copa de bourbon. En la habitación del hotel había un minibar muy bien surtido y podía vaciarlo cuando volviera. Solo se quedaría lo justo para no resultar grosero.

Acababa de dar un sorbo cuando Francesca apareció a su lado. La abrazó con fuerza.

–¿Qué tal lo llevas?

Matteo tenía trece años cuando su tío Fabio y su esposa, Vanessa, lo habían acogido en su casa. Francesca era un bebé y él había estado allí cuando dio sus primeros pasos, cuando dio su primer recital de música en el colegio, había tocado una trompeta, y había sonreído con el orgullo de un hermano mayor cuando, hacía unos meses, se había graduado.

Ella se encogió de hombros y lo agarró del brazo.

–Ven, tenemos que hablar de algo.

La siguió por un pasillo gélido, el castillo necesitaba una modernización que costaba millones, y entraron en lo que había sido el despacho de Fabio y que, a juzgar por el olor a cerrado, no se había usado desde que le atacó la enfermedad neuromotriz que había acabado matándolo.

Daniele y Natasha, justo detrás de él, aparecieron a los pocos segundos.

Unos ojos azules, abiertos como platos, lo miraron, y enseguida miraron hacia otro lado mientras Francesca cerraba la puerta y les pedía que se sentaran alrededor de la mesa ovalada.

Matteo tomó aire y juró para sus adentros. Era lo que le faltaba, encontrarse encerrado y al lado de ella, de la mujer que había jugado con él como si fuera su marioneta, la mujer que le había hecho creer que sentía algo por él y que creía que había un porvenir para los dos cuando había estado haciendo lo mismo con su primo.

Le había parecido que había estado con él durante todo el día, aunque fuera viéndola por el rabillo del ojo, pero, en ese momento, estaba sentada enfrente, tan cerca que podría tocar su falaz rostro con solo alargar la mano.

No debería ir vestida de negro, debería ir vestida de rojo.

Desgraciadamente, seguía siendo la mujer más guapa que había visto en su vida y, además, había mejorado con los años. Miró con detenimiento esos intensos ojos azules que lo miraban todo menos a él y su rostro ovalado con un cutis blanco que solía tener un tono dorado, pero que, en ese momento, estaba pálido. Por encontrarle algún defecto, la nariz era un poco larga y los

labios un poco anchos, pero, en vez de defectos, daban personalidad a la cara con la que tanto había soñado.

En ese momento, despreciaba hasta el aire que respiraba.

–Para resumir, yo me ocuparé de la parte legal, Daniele se ocupará de construirlo y Matteo se ocupará de la parte médica. ¿Y tú, Natasha, quieres ocuparte de la publicidad?

Natasha oyó las palabras de Francesca, pero su cerebro tardó unos segundos en descifrarlas.

Había intentado prestar atención durante la reunión que había convocado Francesca, pero lo único que había conseguido mantenerla algo atenta habían sido los arrebatos de genio entre Daniele y su hermana.

–Sí, podría... –susurró Natasha mientras se tragaba la histeria que le atenazaba las entrañas.

Tenía que olvidarse de Matteo y seguir el hilo, se dijo a sí misma con desesperación. Además, no sabía nada de publicidad.

Sabía que Francesca estaba haciendo lo que creía que tenía que hacer al invitarla a esa reunión de los hermanos Pellegrini, los hermanos Pellegrini consideraban a su primo Matteo como a un hermano más, y que también daba por supuesto que querría participar. Cualquier viuda íntegra y amantísima querría participar en levantar un monumento a su querido marido y, efectivamente, quería participar.

Pese a sus tremendos defectos como marido, Pietro había sido sincera y desinteresadamente humanitario. Había constituido una fundación hacía unos diez años para levantar edificios en zonas azotadas por desastres naturales: colegios, casas, hospitales, lo que se necesitara. La semana anterior a que él muriera, la isla caribeña de Caballeros había sufrido el peor huracán que se recordaba y había arrasado la mayoría de las instalaciones médicas de la isla. Pietro había sabido inmediatamente que construiría un hospital allí, pero había muerto en un accidente de helicóptero antes de que hubiese podido rematar los planes.

Él se merecía que lo recordaran y los devastados habitantes de Caballeros se merecían el hospital que Francesca iba construirles como fuera.

Por eso, Natasha se había esforzado para prestar atención, no había querido defraudar a los hermanos Pellegrini, quienes habían formado parte de su vida desde que ella tenía uso de razón porque su padre y Fabio habían sido amigos del colegio. Ella no había tenido hermanos y esa cercanía había aumentado desde que se comunicó que se casaría con alguien de la familia, incluso durante los seis largos años de compromiso.

Aunque, si Matteo no hubiese estado allí, habría podido concentrarse mejor.

No había habido ni una sola vez, durante los últimos siete años, en la que no hubiese sentido su rencor cuando estaban juntos. Era lo bastante cortés y simpático como para que nadie pudiera captar hasta qué punto la detestaba, pero, cuando se miraban a los ojos, era como si la mirara Lucifer, como si le abrasara el alma con el destello de odio que brotaba de esos ojos verdes que la habían mirado con cariño.

Lo notaba en ese momento, se le clavaba como agujas en la piel. ¿Cómo era posible que Francesca y Daniele no lo notaran también? ¿Cómo era posible que no flotara en todo el ambiente?

En parte, entendía por qué la despreciaba así y había intentado disculparse, pero habían pasado siete años. Ella había cambiado y él también había cambiado, había dejado la cirugía reconstructiva, en la que tanto le había costado especializarse, y se había metido en la senda de la

cirugía... vanidosa. Tenía veintiocho centros por todo el mundo y la patente de toda una gama de productos para el cuidado de la piel, desde la reducción de las cicatrices a la reducción de las señales del envejecimiento, que hacían que ya no fuera un cirujano vocacional y se hubiese convertido en un empresario que solo operaba si tenía tiempo. Él mismo había creado esos productos y había amasado una fortuna comparable con toda la fortuna de los Pellegrini y la de Pietro juntas.

Incluso, se había cambiado el apellido y se había hecho famoso. Era alto, guapo, moreno de piel, mentón firme y con un pelo también moreno y rizado. La prensa sensacionalista lo llamaba el doctor Bombón. A ella le parecía como si no pudiera pasar por delante de un quiosco o abrir una página de Internet sin encontrarse con su rostro seductor sonriéndole, normalmente, con una modelo de lencería colgada del brazo.

Ese día, sin embargo, no lucía su habitual arrogancia. Su desprecio abrasador como un rayo láser la atravesaba, pero ella podía captar su desasosiego. Pietro había sido más que un primo y un hermano suplente, había sido el mejor amigo de Matteo.

Le gustaría llorar por él y por todos ellos.

\*\*\*

Matteo aparcó junto a la acera y apagó el motor. La imponente casa que tenía enfrente estaba a oscuras. Cerró los ojos y se dejó caer sobre el volante.

¿Podía saberse qué estaba haciendo allí?

Debería estar en la habitación de su hotel bebiéndose el minibar entero. Había organizado eso dando por supuesto que Natasha se quedaría en el castillo con el resto de la familia. No había dormido bajo el mismo techo que ella desde que aceptó la petición de Pietro.

Sin embargo, no se había quedado. Un par de horas después de la reunión para hablar sobre el hospital de Pietro, ella se había despedido de todo el mundo con un abrazo, menos de él. Según un acuerdo tácito, tácito porque no había cruzado más de cuatro palabras con ella desde hacía siete años, él mantendría cierta distancia física con ella, pero no tanta como para que los demás creyeran que no se habían despedido.

Levantó la cabeza otra vez, tomó aire y deseó que se le apaciguara el corazón.

¿Podía saberse qué le pasaba? ¿Por qué precisamente ese día no podía quitársela de la cabeza? ¿Por qué precisamente ese día, cuando estaba llorando la muerte de su primo y mejor amigo, los recuerdos habían vuelto para atosigarlo?

Podía verlo como si fuese ese momento. Él salió de su cuarto en el castillo para reunirse con el resto de la familia en la carpa donde iba a celebrarse la fiesta por el trigésimo aniversario del matrimonio de sus tíos. Natasha había salido del dormitorio que compartía con Francesca y que estaba en el mismo pasillo que el suyo. El corazón le dio un vuelco cuando la vio y se le paró el pulso cuando vio que llevaba el collar que le había mandado cuando cumplió dieciocho años. Le había fastidiado no haber podido ir a la fiesta que dio en Inglaterra, pero era médico residente en un hospital de Florida, que estaba muy cerca de la facultad de Medicina, y se había producido una urgencia al final de su turno. Había habido un accidente de coche múltiple con muchos heridos graves que había requerido la ayuda de todo el mundo disponible. Cuando terminó de atender al último herido, ya había perdido el avión.

Se lo había tomado con calma y había esperado a que ella cumpliera dieciocho años para dar el primer paso... físico. Entonces, en aquel pasillo gélido del castillo, cuando Natasha, con un



vestido azul eléctrico, era el mejor ejemplo de una mujer elegante y refinada, comprendió que ya no tenía que reprimirse más.

Todas las cartas y llamadas nocturnas que habían estado intercambiando durante meses, todos los sueños y todas las esperanzas que habían compartido, todo eso había ido dirigido hacia ese momento. El porvenir de los dos empezaba en ese momento y le tomó el collar entre los dedos antes de besarla por primera vez.

Había sido el beso más dulce y embriagador que había dado durante sus veintiocho años y solo lo interrumpió Francesca cuando salió como un torbellino de su cuarto y fue hacia ellos. Si hubiese salido tres segundos antes, los habría encontrado juntos. Se preguntó qué habría hecho ella si los hubiese sorprendido besándose porque solo dos horas después, delante de trescientos invitados, Pietro se había levantado y le había pedido a Natasha que se casara con él, y ella había aceptado.

Matteo se frotó los ojos como si así pudiera borrar los recuerdos. No debería estar pensando eso en ese momento. ¿Por qué había ido allí, a la casa donde habían vivido Pietro y ella?

Se encendió una luz en las escaleras.

¿Se había despertado Natasha o había estado todo ese tiempo a oscuras? ¿Tenía razón Francesca al estar preocupada por ella?

Francesca lo había arrinconado cuando intentaba escaparse del velatorio y le había pedido que vigilara un poco a Natasha mientras ella estaba en Caballeros. Estaba preocupada por ella, le parecía que se había convertido en un espectro.

Aunque Natasha y Pietro solo habían estado casados un año, habían estado siete juntos. Quizá solo hubiese sido una perra despiadada y cazafortunas, pero en todo ese tiempo tenía que haber llegado a sentir algo por él.

Él esperaba que lo que hubiese sentido hubiese sido sincero, por el bien de su primo. Sin embargo, ¿cómo iba a haberlo sido si ella había estado viéndose con los dos a las espaldas del otro?

Él la había extirpado completamente de su vida menos en algunas ocasiones familiares e ineludibles. Había bloqueado su número de teléfono, había borrado todos sus correos electrónicos y mensajes de texto y había quemado sus anticuadas cartas escritas a mano. Para las veces que había tenido que estar con ella, había perfeccionado el arte de dejarla de lado sin que nadie se diese cuenta, menos ella.

Debería haberle mentido a Francesca y haberle dicho que tenía que volver a Miami antes de lo previsto, pero había asentido con la cabeza y había prometido que se pasaría si tenía cinco minutos... Entonces, ¿por qué había ido allí cuando había salido del castillo plenamente dispuesto a volver al hotel?

Natasha abrió la puerta del despacho de Pietro y tragó saliva antes de entrar. Encendió la luz un momento después. Después de haber ido de cuarto en cuarto completamente a oscuras, sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la luz. No sabía ni qué estaba buscando ni qué estaba haciendo, no sabía nada, se sentía perdida y sola.

Se había quedado en el velatorio todo lo que había podido para no parecer desagradecida, pero el consuelo de los demás asistentes había llegado a ser agobiante, como tener que ver a Matteo mirara donde mirase. La gota que había colmado el vaso había sido que su propia madre la llevara a un rincón para preguntarle si había alguna posibilidad de que estuviese embarazada.

Había tenido que marcharse antes de que derribara el castillo a gritos y no pudiera contener la lengua.

El resto de los Pellegrini iban a quedarse en el castillo y, con gesto comprensivo y preocupado, habían aceptado su explicación de que quería estar sola.

Ante su insistencia, todos los empleados de su casa se habían quedado en el velatorio.

Era la primera vez que estaba completamente sola en la casa desde que le dieron la espantosa noticia.

Como una intrusa en la habitación que había sido la guarida de su marido, miró las paredes rebosantes de los libros que él había leído. En la mesa estaban unas carpetas que se había llevado de su despacho de abogados o de la fundación que tanto lo enorgullecía. Al lado se veía el grueso tomo con cubiertas de cuero sobre Livingstone y Stanley que le había regalado ella en su reciente cumpleaños. Un marcador señalaba que ya había leído un tercio.

Con un nudo en la garganta, tomó el libro, se lo llevó al pecho y se dejó caer al suelo con un gemido que no supo de dónde le brotó y lloró por el hombre que le había mentado a ella y a todo el mundo durante años, pero que había hecho tantas cosas buenas por la humanidad.

Pietro no terminaría nunca ese libro y tampoco vería el hospital que sus hermanos iban a construir en su recuerdo. Nunca iría a recoger el coche que había pedido el día anterior a que muriera. Nunca tendría la oportunidad de decirle a su familia quién había sido en realidad.

–Pietro... –susurró ella entre lágrimas–. Allá donde estés, espero que por fin hayas encontrado la paz contigo mismo.

Oyó el timbre de la puerta. Se hizo un ovillo y se tapó las orejas. Fuera quien fuese, siguió llamando hasta que no pudo rehuirlo más. Se secó las lágrimas, se levantó del suelo del despacho y bajó las escaleras sujetándose al pasamanos mientras se preparaba para lo que tendría que decirle al inesperado visitante para deshacerse de él.

Rezó para que no fuesen sus padres.

Giró la llave y entreabrió la puerta para mirar afuera. Convencida de que estaba alucinando, la abrió del todo.

El corazón se le paró y volvió a ponerse en marcha con un estruendo.

Allí estaba Matteo, como una aparición bajo el resplandor de la luna. Se había quitado la corbata negra y la camisa blanca se le abría en el cuello. Tenía la respiración entrecortada y los dientes apretados, y la desolación se le reflejaba en los ojos.

Se miraron, pero ninguno de los dos dijo nada.

Natasha sintió una opresión en el pecho que le bloqueó los pulmones y el tiempo se paró.

Se quedaron así una eternidad, hablándose solo con los ojos. Ella vio un centenar de cosas en los de él: distintas formas de dolor, desdicha, rabia y algo más, algo que no había vuelto a ver desde el segundo anterior a que la abrazara y le diera el único beso que se habían dado en sus vidas, hacía siete años.

Esa era la primera vez que lo veía a solas desde aquel beso.

Nunca olvidaría la expresión en sus ojos cuando, solo dos horas después, aceptó la petición de Pietro y sus miradas se encontraron a través de la carpa. La llevaría grabada en el corazón hasta el día de su muerte, y siempre arrastraría el arrepentimiento por todo lo que se había perdido.

Un pie se movió como si tuviese voluntad propia, dio un paso y le puso una mano en la cálida mejilla.

Él no se inmutó, no movió ni un músculo.

Matteo vio unos ojos hinchados de tanto llorar, pero que lo miraban con un brillo casi

suplicante, y se olvidó de todo lo que tenía pensado decir. Ni siquiera se acordaba de cómo se había bajado del coche.

Notaba su mano delicada y temblorosa en la mejilla, su calidez le penetraba en la piel y solo pudo quedarse embelesado con la cara que había soñado tener al lado al despertarse.

Una fuerza irresistible se adueñó de él y le atenazó las entrañas sin contemplaciones. De repente, no pudo recordar por qué la odiaba, todos los pensamientos se habían esfumado y solo podía verla a ella, a Natasha. Hacía casi ocho años, cuando la había visto por primera vez supo que su vida no volvería a ser igual.

## Capítulo 2

QUEDARON aislados del mundo y Matteo, sin haber dicho ni una palabra, entró, cerró la puerta con un pie y la tomó en brazos.

Ella introdujo los dedos entre el pelo de su nuca sin dejar de mirarlo a los ojos mientras subía las escaleras y la llevaba al dormitorio. Una vez allí, la tumbó en la cama, con el corazón retumbándole en los oídos, cerró los ojos y la besó en los labios.

Ese sabor...

Cuando ella separó los labios y él se apoderó de su boca con la lengua, le dominó el sabor dulce y embriagador que no había olvidado en ningún momento y supo que estaba perdido.

Se desvistieron el uno a otro con manos apremiantes y entre besos embriagadores, tiraron las prendas sin importarles donde cayeran, anhelaban estar desnudos y que sus cuerpos estuviesen pegados. Matteo le extendió el pelo con las manos y la devoró con la boca, los dientes y lenguas chocaban en un duelo sensual.

No pensaban ni hablaban, solo estaban dominados por esa locura incontrolable.

Le tomó entre las manos los pechos pequeños y perfectos y se los llevó a la boca. Su gemido de placer hizo que le bullera la sangre. Le acarició el abdomen primero con las manos y luego con la lengua, se deleitó con ella, no dejó intacto ni un milímetro de su piel blanca y sedosa. Jamás había vivido algo así, algo tan devastador y primitivo, esa necesidad de paladearla y de dejarla marcada, de venerarla.

Natasha se sentía a la deriva en un mundo donde no había estado antes. Matteo era su ancla y se aferró a él como si fuese lo único a lo que podía agarrarse y acariciaba toda la piel que podía alcanzar con las ávidas manos. Cada caricia la abrasaba y cada beso la calcinaba.

Su primer beso, el de hacía siete años, había despertado algo en ella, un calor que había hervido brevemente, hasta que la dirección de su vida lo había sofocado. En ese momento, él había vuelto a encenderlo y las llamas le llegaban hasta el último rincón de su cuerpo, el anhelo era tan intenso que no sabía dónde acababa el placer y empezaba el dolor. Podía llorar de emoción, todos esos años viviendo sin eso...

Y no era suficiente, necesitaba más, lo necesitaba todo.

Matteo, como si lo hubiese percibido, le recorrió el abdomen con la lengua, llegó a los pechos y siguió hasta la boca. La besó con tanta pasión que la dejó sin respiración. Le separó un muslo con una mano, ella separó el otro y lo rodeó con las piernas. La erección le rozó los pliegues de su sexo y ella contuvo la respiración ante el tamaño y la dureza. Luego, soltó el aire y volvió a contener la respiración cuando se abrió paso dentro de ella.

No sintió dolor, solo sintió el fuego que la abrasaba por dentro y una leve incomodidad mientras el cuerpo se adaptaba a esa novedad vertiginosa. Entonces, Matteo se quedó inmóvil y

fue como una pausa en el frenesí.

Ella, aterrada de que hubiese notado algo raro, lo agarró de la cabeza y lo besó con voracidad. Entonces, se olvidó de todo menos de ese momento y de que estaba haciéndole al amor, de la sensación de tenerlo dentro, del placer que se adueñaba de ella cada vez más, hasta que las palpitations le desgarraron todo su ser.

Mientras asimilaba esas sensaciones maravillosas, Matteo aceleró los movimientos, la besó en la boca, gimió entre sus labios y se estremeció antes de desmoronarse encima de ella.

Se quedaron así un rato, sin decir nada, con la respiración entrecortada, con los latidos de los corazones que latían al mismo ritmo y abrazados con fuerza.

Entonces, como si todas las sensaciones se hubiesen apagado y el fuego sofocado, algo fue ocupando su lugar, el espanto.

Oyó que Matteo tragaba saliva, que se separaba de ella, se daba la vuelta, se sentaba en el borde de la cama y soltaba una ristra de improperios, primero en italiano y luego en inglés.

Se quedó helada.

Se alegró de estar tumbada, porque, si hubiese estado de pie, se le habrían doblado las rodillas. ¿Qué habían hecho? ¿Cómo había pasado?

No podía explicarlo y dudaba mucho que él pudiera. Miró fijamente al techo y tomó aire para contener una náusea. Si pudiese descongelar las cuerdas vocales, seguramente también soltaría más de un improperio.

Matteo tomó un par de bocanadas de aire para dominarse, se levantó y empezó a buscar su ropa. Tenía que salir de esa casa en ese preciso instante. Encontró la camisa debajo del vestido de ella y un calcetín enredado con su sujetador.

Una náusea le subió por la garganta.

¿Qué había hecho? ¿Por qué había salido de su maldito coche? ¿Por qué no se había largado?

Se puso los pantalones negros, sin molestarse en abotonárselos, y también se puso la camisa sin importarle que estuviera al revés.

El otro calcetín había rodado hasta quedarse debajo del pequeño tocador con un florero con flores secas. Que, evidentemente, fuese un cuarto de invitados, era el único consuelo que podía encontrar.

Se metió los calcetines en los bolsillos de la chaqueta, se calzó los mocasines y fue hasta la puerta. Entonces, cuando iba a salir corriendo, pensó en algo que fue como un martillazo en el cerebro. Apretó los puños mientras no paraba de insultarse por su total y absoluta estupidez, se dio la vuelta lentamente y la miró.

Ella no se había movido ni un centímetro, estaba agarrando con fuerza las sábanas y tenía la mirada clavada en el techo. Entonces, como si hubiese notado el peso de su mirada, giró la cara hacia él con los ojos desorbitados por el espanto.

Esa expresión lo confirmaba todo y no hacía falta decir nada.

Natasha sabía tan bien como él que la locura que se había adueñado de ellos había sido incontrolable, y que no habían usado un preservativo.

Él también sabía que Natasha no tomaba la píldora. Pietro en persona le había contado que estaban intentando tener un bebé.

Matteo, abrumado por mil sentimientos, se marchó sin decir ni una palabra, cruzó la calle con cuatro zancadas y se montó en el coche.

Una vez dentro, dio rienda suelta a toda la rabia que había acumulado, golpeó el volante con todas sus fuerzas y luego se agarró la cabeza con los dedos clavados en el cráneo.

Pasaron unos veinte minutos hasta que se sintió lo bastante tranquilo como para poder conducir y ni siquiera volvió a mirar la casa.

### *Dos semanas después*

Natasha tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no morderse las uñas, pero todavía le costaba más no descorchar una de las botellas de vino blanco que tenía en la nevera desde el entierro de Pietro. No había bebido ni una gota de alcohol desde el velatorio y, si empezaba, le daba miedo que no volviera a parar.

Francesca, en cualquier momento, iba a presentarle los planes para el hospital que iban a construir en recuerdo de Pietro. Como cabía esperar, su cuñada había tardado solo una semana en comprar el solar y en conseguir todos los permisos necesarios. Seguramente, su cuñada era una de las mujeres más resolutivas que había conocido. Ya le gustaría a ella tener la cuarta parte de su energía y tenacidad.

Le parecía como si hubiese perdido toda la energía que había podido tener alguna vez. Se sentía muy cansada, como si pudiera dormir toda la vida.

No sabía de dónde había salido ese letargo y tenía que dar por supuesto que era una de esas fases del duelo que le habían contado que tenía que pasar. Al parecer, todo el mundo era experto en duelos, todo el mundo la observaba y todo el mundo estaba esperando a que se desmoronara.

Además, y a pesar de todo, ella estaba dolida, pero no por el motivo que todo el mundo creía. Su dolor no era por el porvenir que había perdido, le dolían los siete años que Matteo y ella habían desperdiciado... y también se mezclaban las náuseas que sentía cada vez que se acordaba de cómo había acabado la noche del funeral. No quería pensar en eso, pero lo tenía presente por mucho que intentara bloquear los recuerdos.

Sonó el timbre.

Resopló e intentó recomponerse antes de que la empleada doméstica le abriera la puerta a Francesca. Oyó los pasos en el suelo de la enorme casa donde había vivido con Pietro y Francesca entró en el despacho acompañada de su hermano Daniele. Sin embargo, la figura que apareció detrás de su cuñado estuvo a punto de descomponerla.

Como era costumbre entre su familia política italiana, se besaron y abrazaron efusivamente entre palabras de consuelo susurradas... hasta que le tocó saludar a Matteo.

Se preparó, le puso una mano en el hombro mientras él le ponía otra en la cadera y representaron un gesto inevitable si no querían despertar sospechas.

Cuando notó su barba incipiente en la mejilla, tuvo que cerrar los ojos con todas sus fuerzas para intentar no ver el recuerdo de esa misma barba rozándole el interior del muslo, algo que tenía que olvidar. Sin embargo, podía oler su piel y su colonia, podía notar la fuerza de su cuerpo, podía sentir los rizos morenos debajo de los dedos...

Había sido un error garrafal, algo que no hacía falta que ninguno de los dos dijera con palabras.

No sabía si era posible que alguien se detestara a sí mismo como ella se detestaba a sí misma. No le debía nada a Pietro, pero...

Sencillamente, no podía creerse que hubiese pasado, no podía creerse que hubiese perdido el dominio de sí misma, no podía llegar a entender cómo o por qué había pasado.

Era como si una especie de locura se hubiese adueñado de los dos.

Durante una hora, había dejado de ser la niña que había hecho cualquier cosa para agradar a sus

padres, que había llegado a renunciar a la vida que había anhelado, y había sacado a relucir a la mujer que nunca le habían permitido que existiera.

En lo que menos habían pensado había sido en la... protección, habían sido así de necios e irreflexivos.

Francesca no le había dicho que iría con su hermano y su primo, y a ella no se le había ocurrido preguntárselo. Daniele y Matteo dirigían unas empresas increíblemente prósperas que los llevaban por todo el mundo y ella había supuesto que su aportación al hospital, sobre todo la de Matteo, llegaría más tarde.

Entonces, miró mejor a Francesca y comprendió por qué Daniele, al menos, se había quedado en Pisa. Su cuñada parecía más consumida que en el funeral, mejor dicho, parecía como si se hubiese apagado la luz que siempre la había iluminado por dentro. Daniele nunca abandonaría a su hermana en ese estado.

Francesca, a su vez, también la miró a ella con detenimiento.

—¿Qué tal estás? Estás pálida.

Natasha se encogió de hombros con resignación.

—Solo estoy cansada.

—Te sujetas la espalda, ¿te duele?

—Un poco.

La empleada llegó con una bandeja de café con *biscotti* y dejaron de hablar de la salud de Natasha. Se sentaron alrededor de la mesa de comedor donde Francesca había dejado los documentos. Natasha ya ni siquiera se acordaba de para qué se habían reunido. Estar con Matteo bajo el mismo techo hacía que su cerebro fuese un colador.

¿Por qué había ido? ¿Para torturarla?

Ella había aceptado esa tortura cada vez que lo había visto durante los últimos siete años. Había dejado que la besara y luego, unas horas más tarde, había aceptado casarse con otro hombre, y lo había hecho delante de él y de todo el mundo. No había sido con cualquiera, había sido con su primo y mejor amigo. En aquel momento, debería haberle dicho que iba a casarse con Pietro, pero se le fue el santo al cielo con el beso.

¿Habrían cambiado las cosas si se lo hubiese dicho, tanto en ese momento o semanas antes, cuando las intenciones de Pietro fueron claras, o el resultado habría sido el mismo?

Había llamado y había dejado docenas de mensajes, pero Matteo no había contestado ni había reaccionado. La había sacado de su vida como si lo hubiese hecho con un bisturí.

Sin embargo, si las cosas hubiesen sido de otra manera, ¿habría sido ella más feliz? No lo creía desde hacía mucho tiempo. Matteo no era el hombre que ella había creído que era, ninguna mujer con la más mínima cordura querría pasar la vida con ese hombre, a no ser que fuese masoquista. No solo se había convertido en un hombre que adoraba el dinero desde que ella creyó haber estado enamorada de él, también le había salido un aspecto voluptuoso. Ningún hombre que cada semana tenía a una mujer distinta entre los brazos querría sentar la cabeza con solo una.

Daniele tomó las riendas de la reunión y le explicó por dónde iba el proyecto y que Matteo y él tenían pensado viajar a Caballeros durante las próximas dos semanas. Se esperaba que la construcción empezara poco después.

—¿Tan pronto? —consiguió preguntar ella.

—Es Caballeros, no Europa —contestó Daniele encogiéndose de hombros—. La burocracia no es como aquí.

—¿Has tenido alguna idea para la publicidad? —le preguntó Francesca como recordándole el

papel que había aceptado en el proyecto.

–Lo siento, pero no –Natasha, avergonzada, miró la superficie de la mesa. Solo se había dejado arrastrar durante las dos semanas pasadas–. Me pondré a pensar y os mandaré algunas ideas un día de estos.

Se frotó la cabeza con la esperanza de no estar prometiendo algo que no iba a poder cumplir. Cuanta más publicidad, más donaciones recibirían y, cuantas más donaciones recibieran, más personal podrían contratar.

Notó unas palpitaciones en los ojos. Ella, como familiar más cercano de Pietro, era la responsable. Todo lo relativo a la fundación de su marido recaía sobre sus hombros y, hasta la fecha, había eludido cualquier responsabilidad... y eludiría todas las responsabilidades si dependiera de ella.

En algún momento, pronto, tendría que pensar las cosas con claridad, pero en ese momento tenía la cabeza tan llena y dispersa a la vez que no podría decidir ni lo que quería desayunar.

No podía seguir así. No sabía si era por la impresión de la muerte de Pietro o por lo que había pasado con Matteo, pero tenía que recuperar la entereza.

Tenía todo un porvenir por delante y, antes o después, tendría que decidir qué quería hacer con él. Hasta el momento, y que ella supiera, lo pasaría sola. No volvería a casarse, no volvería a permitir que nadie, ni un hombre ni sus padres, tuvieran el control de su vida otra vez.

–No hay prisa –Francesca hizo un gesto de cierto cansancio–. A finales de la semana que viene estaría bien.

El suplicio terminó por fin. Su familia política se levantó y ella también fue a levantarse, pero se mareó tanto que tuvo que agarrarse al borde de la mesa.

Francesca, que había estado sentada a su lado, fue la primera en darse cuenta y la agarró de la muñeca.

–¿Te pasa algo?

Natasha negó con la cabeza, aunque le pasaban muchas cosas.

–Solo estoy cansada. Seguramente, debería comer algo.

Francesca la miró un buen rato antes de ceder.

–Ya sabes dónde estoy si necesitas algo.

Era una oferta risible si se tenía en cuenta que Francesca tenía tan mal aspecto como debía de tener, pero su cuñada se la había hecho de todo corazón y no se reiría aunque tuviera las fuerzas necesarias.

Sintió que se abrasaba con la mirada, igual de penetrante, de Matteo, y solo pudo respirar con tranquilidad cuando todos se habían marchado.

Mandó a la empleada doméstica que fuera a hacer unos recados. Necesitaba estar sola y le dio gracias a Pietro por haber accedido a que el resto de los empleados fueran externos, como le había pedido ella. Qué triste era que hubiese tenido que pedir esas cosas, como un niño que le pedía un favor a un padre...

Todo había sido triste en su matrimonio, y su duración había sido la menor de las tristezas. Ella no había tenido ninguna autonomía.

Ya se le había pasado el mareo y se dio cuenta de que tenía hambre. Había tenido alguna náusea al despertarse y se había saltado el desayuno, lo que le había ahorrado tener que tomar la decisión de qué desayunar, y, además, había conseguido olvidarse de almorzar algo.

Abrió la nevera e intentó pensar qué le apetecía comer. La empleada la había dejado bien surtida y podía elegir, podía elegir demasiadas cosas. Después de mucho deliberar, sacó un trozo



de queso y buscó unas galletas para acompañarlo.

El estómago le rugía cuando por fin desenvolvió el queso, pero tuvo una arcada espantosa al olerlo. Tiró el trozo de queso a la basura. Se llevó una mano al abdomen, se tapó la boca con la otra y tomó aire con la esperanza de que se la pasaran las náuseas.

Acababan de pasar cuando sonó el timbre de la puerta.

Se quedó inmóvil y pensó si debería abrirla o no. Su casa había sido como la plaza mayor durante las últimas dos semanas y solo quería estar sola.

Volvió a sonar.

Podría ser su suegra... Vanessa, la madre de Pietro, les había visitado muchas veces desde que se habían casado y la había visitado o llamado todos los días desde que su hijo había muerto. Lo que estaba pasando ella no podía compararse con lo que estaba sobrellevando Vanessa.

Aun así, aunque seguía intentando convencerse de que iba a encontrar a su adorable suegra en la puerta, no pudo sorprenderse ni lo más mínimo cuando se encontró con Matteo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Natasha agarrándose al marco de la puerta.

—Quiero darte esto.

Él le entregó una caja larga y estrecha, una prueba de embarazo.

## Capítulo 3

EL rostro que le había abierto la puerta palideció más de lo que ya estaba.

–No estoy embarazada.

–Hazte la prueba y demuéstralo. No voy a marcharme hasta que te la hagas.

Ella desvió la mirada por encima de su hombro.

–¿Esperas a alguien? –le preguntó él en tono cortante–. ¿A otro amante quizá?

Ella apretó los dientes, pero se mantuvo firme.

–A Vanessa le gusta pasar por aquí.

–¿La madre desconsolada que va a ver a la viuda afligida? Qué bonito...

Le asqueaba que su tía, como todos los Pellegrini, creyera que todo empezaba y acababa con Natasha. Había sido la preocupación y compasión de Francesca hacia la joven viuda lo que había puesto en marcha toda la serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí ese día.

–Si no quieres que me encuentre aquí y tenga que explicarle por qué tengo esto en la mano, te recomiendo que me dejes entrar –siguió Matteo.

Ella dejó escapar una bocanada de aire y se apartó.

Él, por segunda vez ese día, entró en casa de Pietro con el mismo reparo y desprecio por sí mismo que la primera vez. Solo había estado una vez en esa casa antes de que Pietro se muriera, y había sido mientras Natasha había estado en Inglaterra visitando a sus padres.

–¿Has tenido el periodo desde...?

Él no pudo terminar la pregunta, pero ella se sonrojó ante lo íntima que era.

–No –susurró Natasha.

–¿Cuándo deberías tenerlo?

–Hace un par de días –contestó ella tragando saliva–, pero nunca he sido regular. No significa nada.

–Estás cansada, te duele la espalda y has ido tres veces al cuarto de baño durante la reunión de dos horas –él enumeró los síntomas desapasionadamente, aunque la cabeza le palpitaba otra vez. Habían hecho el amor en el momento más fértil–. Mi vuelo de vuelta a Miami sale dentro de tres horas. Hazte la prueba. Si el resultado es negativo, podré marcharme de Pisa y los dos nos olvidaremos de todo lo que ha pasado.

Ninguno de los dos dijo qué pasaría si el resultado era positivo.

Natasha miró un rato la caja antes de arrebatársela y de marcharse del recibidor. Él oyó que subía la escalera y que cerraba una puerta.

Matteo, una vez solo, fue a la sala, se sentó en el sofá y se tomó la cabeza con las manos mientras esperaba. En el cuarto contiguo había un mueble bar muy bien surtido y Pietro y él habían bebido juntos. Estuvo muy tentado de servirse una copa, pero el rechazo fue más fuerte. Ya se

había servido de la esposa de su primo y amigo y no quería beberse además su alcohol.

Había leído las instrucciones y sabía que el resultado de la prueba se conocía al cabo de unos tres minutos. Miró el reloj y comprobó que Natasha llevaba diez minutos en el piso de arriba. El tiempo se le hacía eterno y solo podía ocuparlo mirando los muebles que había elegido el hombre que había sido como un hermano para él. No podía ver el más mínimo indicio de que Natasha hubiese influido en la decoración.

Se acordó de que una vez, durante una conversación por teléfono que tuvieron cuando él había vuelto a casa después de un turno de dieciocho horas, ella le contó que quería ser diseñadora de interiores.

Matteo había creído que nunca llegaría a odiarse tanto a sí mismo como cuando tenía diez años y arruinó la vida de su hermano pequeño por su negligencia. El odio que sentía en ese momento era muy parecido, era como una sensación de podredumbre que le impregnaba las entrañas... y el que sentía hacia Natasha no se quedaba atrás. Maldita fuese. Había sido la esposa de Pietro y horas después de haberlo enterrado se había arrojado en sus brazos, y él...

Maldito fuese, él le había dejado.

Le encantaría borrar todos los recuerdos de esa noche, pero tenía cada segundo grabado en la cabeza. Esa mañana se había despertado con la sensación de que había sido el primero en poseerla y de que algo había salido mal. Era una sensación que le atosigaba y que crecía a medida que pasaba el tiempo.

Se frotó la nuca con una mano y maldijo su engañosa memoria.

Natasha no era virgen. ¡Había estado casada y había intentado tener un hijo con su marido!

Pasaron cinco minutos más antes de que oyera movimientos y ella apareciera en la puerta.

Supo la respuesta con solo mirarla a la cara.

–Tiene que haber... algún error –balbució Natasha agarrándose al marco de la puerta–. Tengo que hacerme otra prueba.

Se había quedado tanto tiempo mirando el resultado positivo que los ojos se le habían nublado con la bruma gélida que le había invadido la cabeza.

Durante dos semanas, se había negado a creer que eso podía pasar, se había negado a planteárselo siquiera.

Habían sido inconcebiblemente insensatos, pero la naturaleza no podía ser tan despiadada con ellos. ¿Acaso no era bastante castigo el remordimiento y el desprecio por sí mismos con los que tendrían que vivir toda la vida?

Unos ojos verdes e inflexibles se clavaron en ella y pasó un rato antes de que él hablara.

–Esa prueba es la más fiable del mercado. Si ha dado positiva, es que estás embarazada. Eso solo deja un enigma por resolver, ¿quién es el padre?

Ella, con miedo a desmayarse, se sentó en el suelo y se abrazó a las rodillas.

–¿Cuándo fue la última vez que Pietro y tú...?

El desagrado que se reflejaba en su voz aunque no hubiese terminado la frase fue como una oleada abrasadora en su cabeza helada y, por primera vez en su vida, no supo qué decir o hacer. Siempre, cuando se le había planteado un dilema, la respuesta había sido muy clara, tenía que hacer lo que quisieran sus padres. Por eso se había casado con Pietro. Sin embargo, en ese momento, lo que menos tenía presente era a sus padres.

–¿Tengo que interpretar por tu silencio que Pietro y tú fuisteis... activos hasta su muerte?

¿Cómo podía contestar a eso? No podía.

–Si tu último periodo fue hace un mes, parece lógico pensar que tú y yo estuvimos juntos

cuando eras más fértil. No obstante, todas las mujeres tienen ciclos algo distintos y si Pietro y tú... intimasteis hasta su muerte, existe la posibilidad de que él sea el padre. ¿Quién más está en la lista? La cabeza le daba vueltas porque él, como médico, entendía mucho mejor que ella cómo le funcionaba el cuerpo, y no entendió qué quería decir.

—¿Qué...?

—No te hagas la tonta. ¿Con quién más te has acostado en el último mes?

—Eso es insultante —contestó ella encogiéndose más.

Él dejó escapar una risotada que fue como un disparo entre los dos.

—No me interpretes mal, estás representando muy bien el papel de viuda desconsolada, pero, cuando estuviste conmigo, parecía que estabas en celo, y no sería de extrañar que hubieses estado con otros.

¿En celo? Natasha se tapó los oídos y se clavó las uñas en el cuero cabelludo. ¿Cómo era posible que él, un médico, no se hubiese dado cuenta?

Hubo un momento, nada más entrar él, que se quedó parado, pero solo duró un instante, porque lo besó con avidez para que siguiera con lo que había empezado... y aterrada de que pudiera averiguar la verdad.

—Estoy esperando la respuesta —su tono tajante la sacó del ensimismamiento—. ¿Cuántos más?

Natasha se acordó de que hubo un tiempo, muy lejano, en el que el leve acento italiano de su inglés impecable era como un bálsamo para ella. Supuso que eso era lo que pasaba cuando se creaba, desde la nada, una empresa que valía miles de millones, que la humanidad más elemental se iba por el sumidero con los principios.

—Ni uno —ella levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos—. No ha habido nadie.

Él aguantó la mirada un buen rato antes de asentir con la cabeza y levantarse.

—Una ecografía nos dirá con precisión la fecha de la concepción y así podremos saber quién es el padre.

El tono cortante de Matteo la atravesó de lado a lado.

La idea de una ecografía, de ver ese ser diminuto que crecía dentro de ella... De repente, cayó en la cuenta de que estaba embarazada, de que iba a ser madre.

Se llevó una mano al abdomen, borró de su vista el rostro crispado de Matteo y se imaginó la vida que estaba gestándose dentro de ella. Saludó en silencio al bebé y sintió una felicidad abrumadora que se extendía hasta el rincón más recóndito de su ser.

Llevaba mucho tiempo queriendo tener un hijo. Después de todo lo que había pasado con Pietro, había pensado que llegar a tenerlo sería un camino largo y tortuoso, si llegaba a tenerlo y si ella aceptaba tomar el camino que él quería para tenerlo. Sin embargo, había sucedido como por arte de magia.

Iba a tener un bebé.

—¿Cómo puedes estar sonriendo en este momento? —le preguntó Matteo con acritud—. ¿Te parece divertido?

Dejó de sonreír, aunque no sabía que estaba sonriendo, y se puso más recta. Fuera lo que fuese lo que le deparara el futuro, aunque solo fuese la humillación, tenía que pensar en esa pequeña semilla. No podía caer en el desánimo, sería fuerte, sería una madre.

—Estoy embarazada —contestó ella mirándolo fijamente—. No puedes saber cuánto tiempo llevo anhelándolo y sí, voy a sonreír y a alegrarme por la concepción de mi hijo porque es un milagro.

Matteo apretó los dientes y la miró con rabia.

—Entonces, ¿piensas tenerlo y quedártelo?

De todo lo que le había arrojado a la cara, eso era, con mucha diferencia, lo más desalmado.

–¿Cómo puedes preguntarme algo así?

Él se acercó, le puso una mano en la nuca y la miró a la cara como si estuviese examinándola.

–Porque te conozco, Natasha –contestó él con una tranquilidad gélida–. Eres egoísta, solo piensas en ti y en lo que te conviene.

Natasha, atónita, se quedó en silencio por su cercanía, por la calidez de su piel, por las caricias casi distraídas de sus dedos, por los recuerdos de la única vez que habían estado juntos. Parpadeó varias veces, para que el cerebro se pusiera en marcha otra vez, tomó aire sin dejar de mirarlo a los ojos, levantó una mano, agarró la mano de él, le clavó las uñas y la retiró del cuello. Se puso todo lo recta que pudo, aunque era casi treinta centímetros más baja que el metro ochenta y tantos de él.

–No me conoces lo más mínimo –replicó ella con frialdad–. Si me conocieras, no habrías tenido que preguntarme si iba a quedármelo. Haré algo más que quedármelo, lo querré y lo criaré.

Ya lo había anhelado una vez. Si le hubiesen dicho, cuando tenía dieciocho años, que siete años más tarde iba a estar esperando un hijo de Matteo, se habría puesto a dar saltos de alegría. Sin embargo, no podía decírselo porque no la creería.

Él se frotó la mano donde le había clavado las uñas.

–Espero, por el bien de tu hijo, que tus palabras no sean tan vanas como suelen ser, pero el tiempo lo dirá. Tengo una amiga en Florencia que dirige una clínica al lado de la mía y que tiene los escáneres más modernos y precisos. Te llevaré allí. Ella podrá fijar la fecha de la concepción para que podamos determinar si existe la posibilidad de yo sea el padre. Su discreción está garantizada y los dos estaremos de acuerdo en que la discreción es imprescindible.

Natasha hizo un esfuerzo para respirar.

Todo estaba pasando muy deprisa. No podía permitir que él la dirigiera, pero también era verdad que tenía que hacer lo que fuese mejor para su bebé y necesitaba toda la discreción que pudiera conseguir hasta que decidiera lo que iba a hacer.

Las repercusiones eran espantosas y no quería pensar en ellas. ¿Cuántas vidas quedarían arruinadas cuando se supiera la verdad?

Lo peor de todo era que nunca podría decir toda la verdad, nadie podía llegar a saberla. Como Matteo no podía saber que ella ya conocía una clínica excelente en París y que también garantizaba la discreción. Tampoco podía saber que era el único hombre que podía ser padre del bebé.

Ella dominó otro mareo y asintió con la cabeza.

–¿Cuándo?

–Dentro de un par de semanas. Para entonces, los latidos del bebé ya deberían captarse.

–¿Tan pronto?

Hacía veinte minutos que sabía que estaba embarazada y él ya estaba diciéndole que el corazón estaba formándose. Era increíble.

–El embarazo se cuenta desde tu último periodo y dentro de un par de semanas llevarás seis semanas embarazada. Solo la ecografía nos dará una fecha precisa de la concepción.

–¿Y podré oír los latidos?

–Los dos podremos –él, con un gesto inexpresivo, se dirigió hacia la puerta–. Estaré en contacto.

Entonces, cuando oyó que se cerraba la puerta, se dejó caer en el sofá con la cabeza entre las rodillas. Haría mucho daño a muchas personas, a Vanessa, a Francesca... Sabía que le miraban el

vientre desde que se casó con Pietro para ver indicios de que estaba gestando una vida, y las miradas habían sido más evidentes todavía desde que él murió. Sabía lo mucho que ansiaban que estuviese esperando un hijo de Pietro, y Francesca ya sospechaba.

Se dejó caer contra el respaldo y se frotó las sienes.

No sabía cómo resolverlo. Todo el mundo resultaría herido hiciera lo que hiciese. Se harían unas ilusiones que machacaría más tarde. Además, estaba el patrimonio de los Pellegrini...

Era demasiado para ella.

Natasha, abrumada, empezó a llorar.

Tenía que ser así. Se rodeó el abdomen con los brazos como si quisiera proteger la pequeña y ya fuerte simiente, aunque fuese de las lágrimas.

La cruda realidad iba a destrozar a todo el mundo, y a Matteo entre ellos.

Sería mejor apechugar y que todo el mundo, incluidos sus padres, la consideraran una pérdida a que eso ocurriera. Casi no podía ni soportar imaginarse el desprecio y decepción que vería en sus ojos cuando se enteraran de que estaba embarazada y de que Pietro no era el padre.

Lo único que había hecho en sus veinticinco años de vida que había complacido a sus padres había sido casarse con Pietro. Les había permitido presumir de que el gran Pietro Pellegrini era su yerno y lo habían hecho siempre que habían podido.

Natasha se secó las lágrimas y resopló con fuerza.

Nada iba a cambiar por mucho que llorara. Iba a ser madre y eso significaba que tenía que ser fuerte por su hijo. Además, por mucho que llorara, era preferible que todo el mundo la considerara una pérdida a que todo el mundo supiera que Matteo era el único candidato para ser el padre.

Nadie podía saber que había sido virgen hasta la noche que siguió al entierro de su marido.

La clínica donde la llevó Matteo estaba en un precioso edificio medieval en el centro de Florencia y podía parecer uno de los muchos museos que daban fama a la ciudad.

El interior era todo lo contrario. Nadie podría dudar que había entrado en un centro médico de vanguardia. La fría recepcionista hizo una llamada y, un momento después, Julianna, la directora, salió por una puerta para saludarlos.

Matteo había conocido a Julianna, una mujer alta y esbelta de cuarenta y tantos años, porque habían coincidido en muchas conferencias. Se saludaron como viejos amigos y se dieron un par de besos. Luego, presentó a Natasha y les llevaron a la impoluta sala donde todo estaba preparado para la ecografía.

—¿Te parece bien que se quede el doctor Manaserro mientras la hago? —le preguntó Julianna a Natasha en inglés.

Ella desvió la mirada hacia él con cierta sorpresa antes de encogerse de hombros. Él no creía que ella hubiese oído jamás que lo llamaran con ese título.

—Vas a quedar un poco... expuesta —la avisó Julianna.

—Puede quedarse si quiere —contestó ella inexpresivamente y encogiéndose de hombros otra vez.

Matteo sintió una punzada de remordimiento tan inesperada como desagradable.

Esa era la primera vez que había visto a Natasha desde hacía dos semanas. En ese tiempo, aparte de organizar esa ecografía, había hecho todo lo que había podido para olvidarse de ella y de su embarazo.

Se repetía una y otra vez que había muy pocas posibilidades de que fuese el padre, de que era improbable aunque la ecografía confirmase que podía serlo. Solo habían intimado una vez mientras que Pietro y ella...

Sintió que se le retorcían las entrañas solo de pensar en todas las veces que habrían estado juntos en esos años. Pietro y Natasha habían intentado tener un hijo, Pietro se lo había contado la última vez que lo vio.

Además, ella estaba contenta de estar embarazada, había dicho que era un milagro. ¿Era porque anhelaba tener un hijo o porque le gustaba que una parte de Pietro pudiera estar gestándose dentro de ella? Tenía que haber sentido algo por su marido, independientemente de lo que hiciera la noche del día de su entierro. ¿Habría reaccionado así si hubiese creído que él podría ser el padre?

No podía pensar eso. Había borrado a Natasha de la cabeza desde que aceptó la petición de Pietro unas horas después de que se hubiesen besado, no pensaba nunca en ella, no pensaba nunca en Pietro y ella juntos. Solo la detestaba cuando tenían que coincidir en algún sitio y había aprendido a disimularlo evitándola todo lo que podía. Había pasado página enseguida y, además, Pietro era un amigo y un primo demasiado íntimo como para que una mujer se interpusiera entre ellos.

Pietro no había sabido que Natasha y él habían estado logrando cierta cercanía en la distancia, algo que, pensándolo en ese momento, había sido raro, porque Pietro y él se habían contado muchas historias sobre mujeres. En su momento, le había parecido demasiado especial para hablar de ella, algo que, a posteriori, había resultado cómico. Debió ser un arrebato de sentimentalismo, y se había ocupado de no volver a pensar algo tan ridículo nunca más en su vida.

Si resultaba ser el hijo de Pietro, él también se alegraría de que una parte de su mejor amigo permaneciera viva, aunque su madre fuese una maldita farsante.

Tenía que ser de Pietro. Si no lo destruiría todo.

La dejaría en paz y dominaría las ganas de llamarla cada cinco minutos para cerciorarse de que estaba comiendo y durmiendo bien. Al verla en ese momento, le parecía que no había comido decentemente desde la última vez que la vio.

—Muy bien, Natasha, quieres una ecografía para fijar la fecha, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te ha visto un médico o una comadrona?

Ella negó con la cabeza.

—¿Vas a tener el hijo aquí o en Inglaterra?

Ella volvió a mirar a Matteo y Julianna sonrió tranquilizadamente.

—No pasa nada, no hay respuestas acertadas o equivocadas.

—No he pensado en eso todavía —susurró Natasha.

—Tienes mucho tiempo para decidirlo, pero hay que hacerte un seguimiento. Nuestro ginecólogo es el mejor de Florencia, pero puedo recomendarte una mujer si lo prefieres.

Matteo notó que sudaba por la espalda y tuvo que morderse la lengua para no intervenir. Una vez allí, con la pantalla del ultrasonido encendida, quería acabar con todo aquello.

—¿Preparada...?

—Sí.

Había contestado en el tono más animado que él la había oído desde que le abrió la puerta.

—Tumbate, levántate el top y bájate la falda para dejar al aire las caderas y el abdomen.

Matteo dirigió la mirada a la pantalla. Una vez preparada Natasha, Julianna se sentó. Aunque no estaba mirándola directamente, vio el respingo de Natasha cuando le aplicaron el gel en el

abdomen.

Entonces, Julianna tomó la sonda y la pasó por encima del gel con las tres miradas clavadas en la pantalla.

–¡Ahí está! –exclamó Julianna encantada–. ¿Lo ves, Natasha? Ese es tu bebé.

–¿Dónde? –preguntó Natasha estirando el cuello para intentar verlo.

–Ahí –Julianna puso un dedo en la pantalla–. ¿Lo ves?

Natasha no sabía qué había esperado ver, ni siquiera su imaginación desbocada había visto un bebé en miniatura, pero sí había esperado algo más que una masa informe. Entonces, Julianna tocó algunas teclas y enfocó mejor la masa informe. Seguía siendo un pegote, pero tenía algo más definido que hizo que el corazón, ya bastante acelerado, estuviera a punto de estallar.

–¿Quieres oír los latidos?

Un instante después, el sonido más maravilloso que había oído en su vida resonó por la habitación.

No se atrevió a mirar a Matteo. Si veía algo en su rostro que no fuera felicidad, le estropearía para siempre ese momento tan especial. Siguió mirando a su pequeña avellana y escuchando los latidos, hasta que Julianna se levantó y le limpió el abdomen con una delicada toallita.

–Todo parece ir como la seda por el momento.

–¿Por el momento?

–Soy doctora y nunca hablamos en términos absolutos –Julianna sonrió–. Lo que sí puedo decir con sinceridad es que, en este momento, tu hijo está evolucionando bien y que deberías estar contenta por eso. En cuanto a la fecha del parto...

Julianna dijo una fecha a finales de junio y Natasha cerró los ojos. A juzgar por el movimiento de Matteo en su silla, él había hecho la misma cuenta. Él sabía que según esa fecha de nacimiento, Pietro no podía ser el padre, que la fecha de concepción tenía que haber sido después de su muerte.

Él sabía que era el padre del bebé.



## Capítulo 4

NATASHA tuvo que esperar hasta que estuvieron otra vez en el coche para saber, aproximadamente, lo que estaba pensando Matteo.

–Esto lo cambia todo –comentó él después de un prolongado silencio.

–No tanto –replicó ella sin alterarse–. Ya sabías que podía ser tuyo.

–Sí, pero estaba rezando para que no lo fuera.

Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos. Había tenido dos semanas para prepararse para ese momento y había investigado todo lo que había podido sobre el embarazo mientras disimulaba las náuseas y el dolor de espalda al flujo constante de visitas.

Si el positivo de la prueba de embarazo no la hubiese desconcertado tanto, ¿quién iba a esperar que se quedara embarazada después de que hubiesen hecho al amor una sola vez? Habría podido reaccionar mucho más deprisa y no habría hecho que Matteo pasara por la agitación que había tenido que pasar durante la última quincena. Cuando le preguntó cuándo había sido la última vez que había estado con Pietro, el cerebro se le bloqueó y no pudo pensar una buena mentira.

Le verdad lo habría dejado hecho añicos, como a todo el mundo.

Si existía el infierno, ella acabaría allí por todas las mentiras por omisión que había tenido que decir y que tendría que seguir diciendo.

–¿Sabes la pesadilla en la que me has metido? –le preguntó él con rabia mientras se dirigía hacia las colinas de la Toscana.

–¿La pesadilla en la que yo te he metido? Si no recuerdo mal, tú también estabas allí. Reconozco que no estuve muy acertada, pero tú tampoco lo estuviste, así que ni se te ocurra echarme la culpa de todo.

Él cambió de marcha con tanta fuerza que ella creyó que iba a arrancar la palanca de cambios.

Siguió conduciendo en silencio y con los dientes apretados.

A Natasha le encantaba la Toscana. Le encantaban los viñedos y los olivos, le encantaban los monasterios antiguos que aparecían de repente, unos en ruinas y otros restaurados, pero preciosos todos. Entraron en un pueblo que no habían cruzado cuando fueron a Florencia y se dio cuenta de que estaban volviendo por otro camino.

Se le cayó el alma a los pies cuando supo adónde estaba llevándola.

Poco después, vio el *castello* Miniato, el elemento principal del patrimonio de los Pellegrini que Pietro había heredado de su padre cuando murió a las pocas semanas de su boda, el patrimonio por el que Pietro se había casado con ella.

Matteo detuvo el coche fuera del muro que rodeaba el castillo.

–¿Qué ves? –le preguntó él en tono áspero.

–¿Es una pregunta con trampa?

—No.

—El castillo.

Se había casado con Pietro allí, y con el corazón como si estuviese muerto, aunque, afortunadamente, no se habían casado en la capilla del castillo porque eso habría hecho que su matrimonio hubiese sido más una farsa todavía. Había visto la expectación reflejada en el rostro de su madre y había sentido la presión de los dedos de su padre en el brazo. Había pensado en la cantidad de dinero que Pietro había dado a sus padres durante el largo noviazgo y había arrastrado los pies hacia él.

Pietro había estado esperándola debajo del arco de flores con un gesto inexpresivo. Podría haber sido ella o cualquier otra la que se dirigía hacia él, y a ella le habría gustado tener el valor de darse media vuelta y salir corriendo.

El castillo que ella había adorado tanto tiempo, el castillo que había despertado en su joven imaginación fantasías de caballeros andantes y doncellas, ese castillo había sido el motivo principal por el que Pietro se había casado con ella. Solo habían pasado unas cuantas noches allí, pero había llegado a detestarlo, a considerarlo la expresión de la desesperación en la que se encontraba atrapada.

—¿Por qué estamos aquí?

—Para recordarte con lo que te casaste. La herencia de este patrimonio está en suspenso hasta que no haya ninguna posibilidad de que estés esperando un hijo de Pietro. Sin embargo, es algo más; todos están esperando a ver si llevas una parte de él en tu vientre, todos, Vanessa, Daniele y Francesca, están esperándolo, y ahora estás embarazada, pero es médicamente imposible que sea de él, así que voy a preguntártelo otra vez y quiero que lo medites con cuidado antes de que me contestes. ¿Con cuántos hombres te has acostado antes y después de que nos acostáramos nosotros?

Natasha, con la sangre hirviéndole por la humillación, hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Con ninguno.

—¿Estás segura? ¿No hubo ninguno tres días antes o después de que estuviésemos juntos? Es muy importante, Natasha.

—Sé muy bien lo importante que es y estoy diciéndote que no hubo ninguno. Tú eres el padre.

Él suspiró e inclinó la cabeza sobre el volante. La cruda realidad se hizo patente. Durante dos semanas, había intentado convencerse de que las posibilidades de que fuese el padre eran muy remotas, pero la vehemencia de Natasha al negar que hubiese habido alguien más le daba verosimilitud.

—Pediré una prueba de ADN cuando haya nacido el bebé, aunque solo sea para quedarme tranquilo.

Ella se rio con desdén y él dio rienda suelta a toda la rabia que había estado conteniendo.

—¿Te haces una idea de toda la destrucción que va a suponer esto? No se trata solo de tu vida, también es la mía. Vanessa me acogió cuando yo tenía trece años y me trató como si fuera su hijo, no el sobrino de su marido. Daniele y Francesca me trataron como a un hermano. Esto va a costarme mi familia y puedes estar segura de que voy a exigir pruebas concretas de mi paternidad si voy a perder a todos mis seres queridos por eso.

—Basta ya —replicó ella en tono tajante—. Sé lo mucho que los quieres, y yo también los quiero, pero eres el padre, por mucho que escondas la cabeza debajo del ala.

Tenía los pulmones tan cerrados que Matteo tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. Le vibró el teléfono, agradeció la distracción y lo sacó del bolsillo de la chaqueta. Era un correo

electrónico de Julianna. Adjuntaba una foto de la ecografía y un mensaje pidiéndole que se la reenviara a Natasha. Abrió el archivo adjunto y notó que se le disipaba parte de la rabia al mirar esa vida tan diminuta que no se distinguía casi.

Todas las discusiones y recriminaciones no cambiaban nada. Estaba embarazada, y él era el padre.

Algo se despertó dentro de él, algo que se le extendió por el pecho, le subió por la garganta y le llegó al cerebro, algo que lo llenó con un sentimiento que no había sentido jamás porque jamás había tenido sentimientos.

Iba a ser padre. ¿Cómo podía negarlo? No podía.

¡Iba a ser padre!

El bebé que se gestaba en el vientre de ella era suyo y de nadie más.

Había llegado el momento de aceptar la responsabilidad porque era indiscutible que el bebé era inocente y que se merecía toda la protección que pudieran darle sus padres, y, también, porque Natasha tenía razón, esconder la cabeza haría más daño a Vanessa y a sus primos a largo plazo.

—No podremos mantener el secreto durante mucho tiempo —comentó él como si estuviera pensando en voz alta—. Pronto se notará el embarazo. La gente, Vanessa y la familia, darán por supuesto que es de Pietro y se harán ilusiones.

—Les dolerá mucho, me odiarán.

—Nos odiarán a los dos, pero podemos ahorrarles lo peor.

—¿Cómo?

—Ven conmigo a Miami. Mañana volaré a Caballeros con Daniele, pero estaremos un par de días. Cuando vuelva, te llevaré conmigo. Podemos decir que necesitas descansar de todo y dentro de un mes o así les diremos que estás esperando un hijo mío. Ellos aceptarán más fácilmente que empezamos consolándonos mutuamente y que la relación fue haciéndose más intensa de forma natural. Les costaría mucho aceptar cómo se concibió el bebé de verdad.

—¿Quieres que mintamos?

—No, no quiero que mintamos, aborrezco las mentiras, pero ¿qué alternativa tenemos? ¿Quieres volver a Inglaterra con tus padres y...?

—¡No!

—Entonces, solo puedes venir conmigo. Si te quedas en Pisa y Vanessa y los demás creen que existe la posibilidad de que estés esperando un hijo de Pietro... —sería despiadado que se hiciesen ilusiones para chafárselas después—. Tenemos que mostrarnos unidos desde este momento.

—Entonces, ¿aceptas que el bebé es tuyo?

—Sí, acepto que es mío y lo reconoceré como mío. Ven conmigo y os protegeré a los dos. Además, así podremos aliviar un poco el dolor a la familia que solo nos ha dado amor y aceptación. Ya han sufrido bastante.

Ella apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. Él no soportaba que siguiera siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida aunque pareciera que no había dormido en un mes.

—De acuerdo —aceptó ella al cabo de un rato—. Iré contigo a Miami, pero solo un tiempo. Podemos fingir una relación cada vez más intensa, puedo quedarme embarazada y luego podemos romper.

—Estaremos juntos hasta que nazca.

Natasha abrió los ojos y lo miró con incredulidad.

—Faltan siete meses y medio.

—Es tu primer embarazo y necesitas mi ayuda.

Se acordó de cuando empezó en el hospital como médico residente. Había tratado a muchas mujeres embarazadas que ingresaban con complicaciones y sabía que el embarazo era impredecible.

—¿Ayuda? Hace unos minutos estabas hablando de la prueba de ADN. Si esa es la idea que tienes de ayuda, prefiero hacerlo sola.

—Maldita sea, Natasha. ¡Me había convencido de que era imposible que el hijo fuese mío! Quería que fuese de Pietro, no quería que fuese mío. Quería lavarme las manos, pero no puedo. Acepto que estás esperando un hijo mío, pero no va a ser fácil para ninguno de los dos. No voy a dejar que pases el embarazo sola, así que quítate esa idea de la cabeza.

—¿Qué pasará cuando haya nacido? —preguntó ella—. ¿Hasta qué punto vas a implicarte?

—¡No lo sé!

Matteo dio un puñetazo en el volante. Eso no podía estar pasando. Natasha iba a tener un hijo suyo, iba a destrozarlo todo y a todos, pero él no iba a permitir que destrozara a su hijo.

Iba a ser padre y podía notar la magnitud de lo que significaba eso. Hacía muchos años que no se planteaba siquiera la posibilidad de ser padre. Hacía mucho tiempo, cuando había conocido a una mujer que le había dejado sin respiración, había querido tener una esposa y una familia.

Hasta ese momento, había estado tan centrado en su profesión de cirujano que no había prestado atención a las relaciones sentimentales. Sus relaciones con el otro sexo habían sido breves y algunas veces agradables, pero nunca lo habían descentrado.

Los Rawling eran grandes amigos de su tío y de su tía, pero la primera vez que los vio fue una Navidad, cuando él estaba en un hospital de Florida haciendo el tercer año de residencia.

Había dejado Italia cuando tenía dieciocho años para estudiar Medicina allí porque era la mejor facultad de Medicina del mundo, pero había viajado a Pisa siempre que había podido.

Había llegado tarde en Nochebuena y la fiesta que Vanessa y Fabio daban todos los años en su villa de Pisa ya había empezado. Había mirado a la sofisticada y hermosa mujer que charlaba junto al enorme árbol de Navidad y se había enamorado al instante. Sin embargo, también se había enterado de que ella tenía diecisiete años y había reulado. ¿Diecisiete años? Él habría dicho que tenía veintitantos.

Aun así, había querido conocerla un poco mejor. Era tímida en apariencia, pero después de indagar un poco había descubierto una inteligencia penetrante, un sentido del humor irónico y una madurez impropia de su edad.

Había vuelto a Estados Unidos poco después y no había podido dejar de pensar en ella.

En Semana Santa, cuando había vuelto a Italia, los Rawling también estaban allí. Esa vez, la sintonía fue innegable. Se marchó con su número de teléfono y después de prometerle que la llamaría cuando llegase a Florida para que supiera que había llegado bien. A nadie le había preocupado que llegara bien a algún sitio y le había emocionado mucho.

La llamó y fue la primera de muchas llamadas. Enseguida adoptó la costumbre de llamarla cuando terminaba los turnos en el hospital. Se escribían correos electrónicos y mensajes de texto, vivían en continentes distintos, pero la separación solo era física. Él le contaba cosas de sí mismo que no le había contado a nadie. Se abrió y se mostró en carne viva, como no se había mostrado nunca.

Se conformaba con una relación en la distancia. Sabía que ella no tardaría mucho en ser mayor de edad y podrían estar juntos como era debido. A ella le pasaba lo mismo y había llegado a buscar una universidad en Estados Unidos para que pudieran estar juntos.

Después de más de diez años estudiando y trabajando para llegar a la meta de ser cirujano

había aprendido lo que costaba conseguir todo lo que merecía la pena y que no se podía tener prisa. Para él, Natasha se merecía que esperara, era algo más que deseo, era una sintonía de mentes y corazones que no podía explicarle a nadie porque tampoco podía explicársela a sí mismo. Ella había despertado algo en él que no había sabido que tenía, la necesidad de formar una familia. Además, había visto algo en él que no había visto nadie, algo bueno. Sabía que en su infancia había habido un incendio y que su hermano Roberto había quedado tan desfigurado que se había recluso para siempre.

Él sabía que jamás operaría a Roberto aunque fuese cirujano plástico. Además de no ser ético, ni siquiera había soportado estar en las salas de espera de las muchas operaciones e injertos de piel que había necesitado a lo largo de los años. Los cirujanos, para ser efectivos, necesitaban distancia, y nunca habría podido tener esa distancia si operaba a su hermano. Por eso, había investigado técnicas nuevas para que las pusieran en práctica los mejores cirujanos y también había investigado remedios cutáneos para las cicatrices de quemaduras, había estado empeñado en encontrar algo práctico que ayudara a su hermano. Natasha no tenía conocimientos médicos, pero lo había escuchado y lo había animado.

Cuando se dio cuenta de que él le había abierto el corazón y se había mostrado en carne viva y que ella había estado jugando con él, fue como un puñetazo en la boca del estómago. Sin embargo, se había repuesto, había blindado el corazón contra ella y se había considerado afortunado por haberse salvado de milagro. Desde entonces, había estado muy ocupado. Primero se había titulado como cirujano y luego había levantado sus empresas, no había podido perder el tiempo pensando en ella y la idea de formar una familia había quedado relegada. La vida era corta y él pensaba disfrutarla, que se pudiera la mujer que lo había tomado por tonto.

Sin embargo, tampoco podía negar que se había regocijado imaginándose que ella leía en la prensa sobre su éxito y su fortuna y que se daba de cabezazos contra la pared por haber elegido al primo equivocado.

La ironía de que, después de todo, iba a ser la madre de su hijo sería cómica si toda la situación no fuese trágica.

Tomó otra bocanada de aire para controlar el tono antes de hablar.

—Mejor dicho, sí lo sé. Voy a querer participar plenamente, es nuestro hijo y lo criaremos juntos.

—¿Juntos? —sus ojos azules dejaron escapar un destello—. Me alegro de que vayamos a criarlo como un equipo porque sé que es lo mejor para el bebé, pero no te hagas ilusiones de que vaya a vivir o a casarme contigo después de que haya nacido.

—No te preocupes, ni se me ocurriría casarme contigo.

—Me alegro porque no ocurrirá jamás.

Matteo tomó aire para intentar contener el genio.

—Llegaremos a un acuerdo sobre la custodia y la manutención que nos parezca bien a los dos y que sea provechoso para nuestro hijo, pero eso está muy lejos. En este momento, la prioridad para ti y para mí es que finjamos que somos una pareja que está enamorándose.

La incredulidad de Natasha dio paso a una carcajada amarga.

—¿Tú? ¿Enamorado? Como si alguien en su sano juicio fuese a creérselo. Cada semana apareces en una foto con una mujer distinta.

—Haré lo que haga falta para proteger a mi familia y si tengo que abstenerme mientras fingimos una relación, estoy dispuesto a hacer ese sacrificio. Tiene que resultar convincente.

Su tía y su tío lo habían acogido cuando estaba en su punto más bajo, cuando la tensión entre su

padre y él se había convertido en algo envenenado. Vanessa y Fabio lo habían querido como si hubiese nacido de sus entrañas. No podría evitar a Vanessa el espanto del embarazo de Natasha, pero sí podría ahorrarles, a ella y a sus primos, la verdad de cómo se produjo y la ilusión de que ella llevara una parte de Pietro dentro de sí.

–Yo estoy dispuesto a hacer algunos sacrificios, pero ¿tú? ¿Puedes hacer que la gente crea que la desconsolada viuda puede volver a encontrar el amor al poco tiempo de haber enterrado a su querido marido?

Natasha se llevó una mano a la frente en vez de descargar toda su indignación sobre él.

–Créeme, soy una especialista en fingir cosas.

Natasha se sentó en la sala y esperó a que llamaran a la puerta. Tenía hecho el equipaje, sus asuntos resueltos y el pasaporte en regla, tenía todo preparado para cambiar de vida durante el futuro inmediato.

La solución de Matteo, por mucho que le angustiara la idea de vivir bajo su mismo techo, era la mejor manera de salir del paso. En realidad, era la única. La inesperada visita de Francesca quince minutos después de que Matteo la hubiese dejado en casa al volver de la ecografía lo había demostrado.

Francesca había ido para decirle en persona que iba a casarse. A pesar de sus problemas y del remordimiento que le producía estar con su cuñada, la noticia la había dejado atónita. Según el plan de vida que se había hecho Francesca, no se casaría hasta dentro de unos diez años. Sin embargo, tampoco había planeado enamorarse y, aunque intentaba atenuar la felicidad, resplandecía tanto como el pedrusco que llevaba en el dedo.

Su comprensible embeleso hizo que Francesca no se fijara en ella con su interés habitual y que se hubiera marchado sin preguntarle si había tenido alguna idea para la publicidad del hospital y sin observarla con detenimiento para ver si tenía algún cambio físico, algo que ella había agradecido.

Por primera vez en su vida, le habían salido un par de pechos considerables. Si esos cambios ya eran visibles, ¿qué llegaría después? Francesca estaba formándose para ser abogada y, para ella, indagar era tan natural como respirar. La próxima vez, no pasaría inadvertido a su mirada penetrante.

Lo mejor era marcharse de Pisa y tampoco podía ir a Inglaterra, era impensable. Le aterraba tanto la reacción de sus padres cuando se enteraran de que estaba embarazada y de quién era el padre como la de su familia política.

Sus padres la habían obligado a casarse con Pietro, no les había importado lo que sentía por otro hombre ni los sueños y esperanzas de un porvenir con él. Tampoco les había importado que Pietro hubiese alargado el noviazgo durante seis largos años. Jamás le habían preguntado si era feliz con ese matrimonio y si les hubiese contado la verdad, les habría dado igual. Les habría dado igual que hubiese estado atrapada sin poder abandonarlo. Ellos no la habrían ayudado.

Cuando llamó a su padre para comunicarle la muerte de Pietro, lo primero que le preguntó, después de los tópicos de rigor, fue si existía la posibilidad de que estuviese embarazada. Su madre le había preguntado lo mismo en el entierro.

Ni siquiera su suegra había sido tan insensible como para preguntarle eso, y quien había muerto era su hijo.

Las esperanzas de sus padres con el embarazo no tenían nada que ver con las ganas de tener un

nieto. Para ellos, todo giraba alrededor del dinero.

Efectivamente, la idea de Matteo era la única sensata. Sensata y acertada para el bebé. Además, no estaba eludiendo su responsabilidad pese a la hostilidad y las repercusiones que iba a tener que apechugar. Después de lo que habían parecido unos inicios esperanzadores para ellos, habían vivido al margen el uno del otro durante casi ocho años, hasta que pasaron una noche increíble juntos. Los dos lamentaban amargamente esa noche. No se conocían ni confiaban el uno en el otro. Necesitaban ese tiempo para crear algún tipo de relación que les permitiera criar a su hijo con cierto espíritu de unidad, no como enemigos.

Todo parecía racional, sensato. Tenía que intentarlo por todos los medios, como siempre le decía su madre, como si fuese la cabecilla de un grupo de chicas que estaban de excursión y no una madre que hacía lo mejor para su hija. Sus padres nunca habían hecho lo mejor para ella, siempre habían hecho lo mejor para ellos y ella ya no podía seguir viviendo así.

Había vivido toda su vida como una marioneta, primero de sus padres y después de su marido, nunca había estado a la altura, había sido una chica desafortunada que se desvivía por complacer.

Cuando naciera el bebé, pensaría y haría solo lo que fuese mejor para él, y lo haría como quisiera ella, no los demás. Sin embargo, hasta entonces...

Tenía que intentarlo por todos los medios, no pensar en lo que le afectaría sentimentalmente tener que vivir con Matteo bajo el mismo techo. Esa debería ser la menor de sus preocupaciones, pero se le aceleró el pulso cuando oyó el timbre y supo que podía llegar a ser el mayor de los peligros.

## Capítulo 5

EL avión de Matteo, con *Manaserro* escrito con letras rojas a los costados, estaba preparado para despegar en cuanto hubiesen pasado los controles de seguridad, y estuvieron en el aire al cabo de unos minutos.

Matteo, después de haberle enseñado el interior a Francesca, incluido el dormitorio, se sentó a su mesa y encendió su tableta electrónica. Arqueó las cejas cuando ella se sentó enfrente.

—¿No quieres descansar? Pareces cansada.

Eso era verdad. Estaba agotada por las hormonas del embarazo, pero había estado tan alterada por el remordimiento de los planes y de todo lo que pesaba sobre su conciencia que no podía desconectar el cerebro para dormirse.

—Más tarde. Ahora cuéntame qué tal fue todo en Caballeros.

Él se encogió de hombros y dejó la tableta.

—Puedo decir con toda sinceridad que no había estado nunca en un país tan atroz.

—¿Es para tanto?

—Peor. El novio de Francesca... —Matteo se detuvo—. ¿Te había contado que Francesca pasó allí una semana y se enamoró de su guardaespaldas? Van a casarse.

—Me lo contó ella.

—Su novio es de armas tomar y el solar del hospital es seguro. Tendrá hombres permanentemente apostados ahí mientras dure la construcción, pero el Gobierno de Caballeros es la corrupción en estado puro.

Eso no le sorprendió. Caballeros estaba considerado el sexto país más peligroso del mundo y las drogas, como todo tipo de delitos, estaban por todos lados. Daniele había exigido a Francesca, que se había empeñado en conseguir como fuera el solar para el hospital en honor a Pietro, que fuese fuertemente protegida.

Natasha, al pensar en Daniele, se mordió el labio inferior por el peso del remordimiento.

—¿Le has contado lo nuestro a Daniele? —preguntó ella en voz baja.

Él volvió a hacer una mueca de disgusto y suspiró sonoramente.

—He sembrado la semilla y le he contado que ibas a ir a Miami para descansar un poco. No pareció importarle —entonces, de repente, él dio un puñetazo en la mesa con un gesto de rabia—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué...?

—Mentir. Daniele confía en mí. Ni se le pasó por la cabeza que estuviese contándole una sarta de mentiras. ¿Cómo lo haces con tanta naturalidad?

—No lo hago —contestó ella dolida—. No soporto mentir, me parece aborrecible.

—No me cuentes cuentos. Mientes con la misma naturalidad que respiras. Tú misma me dijiste



que eres especialista en fingir cosas.

Ella apretó los dientes al darse cuenta de que se lo merecía. Efectivamente, le había dicho eso, pero él no podía saber que estaba refiriéndose a su matrimonio y al montón de mentiras sobre él que había estado sustentado.

–Tú tuviste la idea de que hiciéramos esto –le recordó ella con frialdad–. Además, no irás a decirme que nunca has dicho una mentira.

–En mi vida personal, no.

–¿Mientes en tu vida profesional?

–No hay ni un solo médico vivo que no haya dicho una mentira piadosa.

–¿En qué consisten tus mentiras? ¿Les dices que tienen una nariz enorme, que se la reducirás y que les cobrarás un dineral? Aunque, por lo que he oído, estás tan ocupado pavoneándote por todo el mundo para extender tu imperio que no puedes preocuparte con las menudencias de la cirugía en sí.

–No me pavoneo –replicó él con los ojos como hielos verdes–. Empleo a los mejores cirujanos de las mejores facultades de Medicina y operamos con un código ético muy estricto. La primera obligación de un médico es no perjudicar y me parece insultante que insinúes lo contrario. No he mentido nunca a un paciente, pero sí he mentido a un familiar, por petición del paciente, cuando era médico residente, como la madre que no quería que su hijo supiera el diagnóstico de un cáncer que estaba devorándole el cerebro hasta que el chico pudiera sobrellevarlo. Son mentiras que se dicen para evitar sufrimientos mayores.

Ella miró su rostro tenso por la rabia. Por primera vez en siete años, había vislumbrado al hombre que había sido antes, al hombre apasionado y entregado a su trabajo, un hombre que ella creía que ya no existía.

–¿Por qué le has dado la espalda? –preguntó ella sin poder disimular la perplejidad.

–No le ha dado la espalda, me he hecho empresario además de...

–Ibas a ser cirujano reconstructivo, hiciste todo lo que pudiste...

–Y soy cirujano reconstructivo. Opero lo bastante como para conservar la destreza, pero los cirujanos que empleo retocan a las personas que no están contentas con su aspecto. Es lo que siempre quise hacer.

–No. Querías ayudar a los mutilados o desfigurados. Nunca hablaste de abrir clínicas. La crema para la piel que querías crear era para ayudar a tu hermano.

–Mi hermano murió –le interrumpió él con un brillo peligroso en los ojos.

–Lo sé y lo siento.

Sabía que cuando Matteo tenía diez años y su hermano Roberto ocho, Roberto sufrió unas quemaduras espantosas en un incendio y que le quedaron unas cicatrices atroces tanto por dentro como por fuera. Había sido un milagro que hubiese vivido veinte años más. Cuando se enteró de que había muerto, supo que Matteo estaría destrozado.

Pobre Matteo. Había estado completamente feliz, había llegado a ser cirujano después de tantos años de arduo trabajo y entonces, solo tres meses después, cuando no había tenido casi tiempo para saborear el éxito, había muerto el hermano al que adoraba y al que había anhelado mejorar la vida. Ella había querido ponerse en contacto con él, pero había sabido que él no habría querido sus condolencias, como tampoco las querría en ese momento.

–Es que me acuerdo de todas las conversaciones que teníamos –siguió ella en un tono más suave–. Me acuerdo de los ideales que tenías entonces.

–¿Aquellos? –preguntó él en tono de burla–. Era un médico joven que intentaba impresionar a

una joven guapa con su humanidad.

Ella sintió cierta calidez por dentro por el halago con doble intención.

–Entonces, eres un mentiroso.

Él esbozó una sonrisa con los sensuales labios, pero los ojos no cambiaron, siguieron mirándola con un brillo amenazador y seductor a la vez.

–No es mentira, es que decidí variar el sendero que estaba tomando. Esa es la belleza de la vida, está llena de posibilidades, y estoy seguro de que tú lo sabes muy bien. Al fin y al cabo, decidiste casarte con Pietro, el heredero del patrimonio de los Pellegrini, cuando tenías otras posibilidades. Ahora que eres una viuda adinerada, podrás elegir a tu segundo marido entre un montón de hombres –la sonrisa se hizo despiadada–. Aunque a lo mejor ya tienes un hombre pensado, *bella*. Podría ser un rico cirujano que puede mantener el ritmo de vida al que te has acostumbrado.

–Ya te he dicho que no quiero casarme contigo. No quiero casarme con nadie.

–No me creo ni una palabra de lo que dices, ¿por qué iba a creerme eso? Si crees que mi invitación a que vivas conmigo durante el embarazo significa que todavía siento algo por ti, estás muy equivocada. Sentí algo por ti, pero lo aniquilaste cuando aceptaste la petición de Pietro y me di cuenta de que habías estado jugando conmigo. Si me caso alguna vez, tendré que confiar en mi esposa. Exigiré cierta fidelidad y lealtad y los dos sabemos que tú eres incapaz.

Natasha notó que se le revolvía el estómago por su crueldad, pero se negó a amedrentarse.

–No has vivido mi vida ni sabes nada de mí. Además, ¿cómo te atreves a hablar de lealtad como si fuese algo que tú tienes cuando te acostaste con la esposa de tu mejor amigo el día de su entierro?

El brillo burlón desapareció y Matteo se levantó con un rostro sombrío y amenazante.

–Eso es algo que lamentaré el resto de mi vida. Eres una cazafortunas. Elegiste a Pietro porque tenía dinero y yo, entonces, tenía muy poco. ¿Lo ves, *bella*? Sí te conozco. Sé que provienes de una familia codiciosa que se gastó el dinero de mi primo a manos llenas y que su muerte significa que se les ha acabado el chollo. Tú solo heredas su fortuna personal, que es considerable, pero que no es nada en comparación con los ingresos que recibías del patrimonio de los Pellegrini cuando él estaba vivo. ¿Por eso me aceptas ahora, cuando ya no soy un médico abrumado por el trabajo?

Matteo vio que se quedaba pálida, pero no sintió ningún remordimiento. Solo decía la verdad. Pietro le había contado más de una vez que había... ayudado a los padres de Natasha y los había calificado de sanguijuelas.

–¡Tú acudiste a mí! –exclamó Natasha levantándose también con los ojos azules como ascuas–. Puedes opinar lo que quieras de mí y ya sé que no puedo cambiar esa opinión, pero no puedes negar lo que hiciste. Tú te presentaste en mi puerta, no al revés. Estuvimos los dos y los dos sabemos que pasó lo que pasó. No fue algo planeado, pero tampoco voy a dejar que tergiverses las cosas para librarte de toda culpa. El hijo lo engendramos entre los dos y ya puedes dejar de echarme toda la culpa a mí.

Matteo apretó los dientes y echó la cabeza hacia atrás antes de mirarla. Era preciosa aunque estuviese furiosa. Solo llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta azul marino que le dejaba un hombro al aire, pero un anhelo inexplicable le atenazaba las entrañas.

Le encantaría poder borrar de su memoria la noche que habían pasado juntos.

Ni siquiera había sido una noche. No había sido más de una hora, la hora más explosiva y satisfactoria de su vida. Había sido una erupción de deseo tan intensa y devastadora que debería

haberse consumido en ese momento y lugar, que no debería haberse quedado bulléndole en la sangre.

Natasha tenía la capacidad de volverle loco. Era como la mítica Pandora, era hermosa y cautivadora e irradiaba inocencia, pero también era falsa por dentro. Natasha tenía la caja que, cuando la abriera, dejaría escapar todos los males de su mundo.

Sin embargo, tenía razón cuando decía que no era justo que le echara toda la culpa a ella.

¿Acaso no era eso lo que había estado haciendo su padre durante veinticinco años? ¿No le había culpado a él por el incendio en vez de aceptar su responsabilidad?

No sería como su padre. Efectivamente, él había acudido a ella. Él había estado llamando al telefonillo hasta que ella abrió la puerta. Incluso en ese momento, un mes después, todavía no sabía por qué lo hizo, todavía no podía entender qué había hecho que saliera del coche y cruzara la calle para ir a su casa. Sin embargo, fuera cual fuese el motivo oculto, el resultado era el mismo, iban a tener un hijo.

–Tienes razón –reconoció él sentándose otra vez con un suspiro–. Los dos tenemos la culpa, no puedo echártela solo a ti –Matteo se frotó la frente intentando aliviar la presión–. Mira, los próximos siete u ocho meses no van a ser fáciles para ninguno de los dos.

–No, claro que no –concedió ella en un tono algo más tranquilo.

–Nos guste o no, el bebé nos ata. He visto lo destructivos que pueden ser unos padres que se pelean. Lo vi infinidad de veces cuando era médico residente, padres que no podían estar juntos en la misma habitación aunque su hijo estuviese gravemente enfermo. No quiero que nuestro hijo sufra por nosotros. Estoy dispuesto, por el bien de nuestro hijo, a intentar dejar atrás lo que pasó entre nosotros hace tiempo y a tener una relación que no se base en el rencor.

–¿De verdad? –preguntó ella parpadeando–. ¿Puedes dejar de reprocharme el pasado?

–Puedo intentarlo. Nunca confiaré en ti, pero, por suerte o por desgracia, siempre vamos estar implicados el uno en la vida del otro. Yo estoy dispuesto a intentarlo, ¿y tú?

Ella no dejó de mirarlo a los ojos, pero su mirada se suavizó y frunció levemente el ceño como si estuviese pensando. Se quedó así un rato, hasta que apretó los labios y asintió con la cabeza.

–Sí –susurró Natasha–. Estoy dispuesta a intentarlo.

Matteo estuvo a punto de tenderle la mano para rubricar la tregua, pero se contuvo antes de que los dedos llegaran a moverse unos centímetros. No eran solo los dedos los que la anhelaban, era todo él. Se aclaró la garganta.

–Una vez aclarado eso, ¿quieres que te pida algo de comer?

Ella negó con la cabeza y miró hacia otra parte. Se había sofocado todo el fuego que había echado por los ojos hacía un momento y parecía perdida.

–No tengo hambre. Creo que voy a seguir tu consejo de antes y voy a descansar un poco.

–Como quieras.

Natasha fue a su dormitorio y volvió a mirarlo cuando llegó a la puerta. Él, a pesar de la distancia, pudo ver que seguía teniendo el ceño un poco fruncido y algo parecido al dolor en los ojos.

–Sé que no vas a creerme, pero no he querido que pasara nada de todo esto. No he querido hacerte daño. Yo... –dijo ella.

Ella tragó saliva y se mordió el labio. A él le brotó algo del pecho y le atenazó la garganta. Sintió que iba a asfixiarse y sacudió una mano para quitarle importancia.

–No me has hecho daño.

Natasha entró, cerró la puerta y se llevó una mano al pecho y la otra a la boca mientras

parpadeaba para contener unas lágrimas abrasadoras. Aunque él lo negara, ella sabía que le había hecho daño todos esos años, les había hecho daño a los dos.

Agotada, con la cabeza palpitándole, bajó las persianas, se quitó los zapatos y se tumbó en la inmensa cama de Matteo.

Ese batiburrillo de sentimientos que le daba vueltas por dentro se aplacaría enseguida y podría respirar. Las sábanas eran suaves y tenían un olor a recién lavadas que le resultaba tranquilizador.

Matteo había dormido allí muchas veces. ¿Cuántas mujeres habrían dormido con él?

Cerró los ojos con todas sus fuerzas.

No podía importarle. Matteo era el padre de su hijo, pero nunca sería nada más. Ese tren ya había pasado. Además, aunque no hubiese pasado, aunque no estuviese decidida a ser libre y a vivir sin cadenas de nadie, Matteo no sería ese alguien.

Si el matrimonio con Pietro le había parecido un calvario, podía imaginarse el infierno al que la sometería Matteo. Él había dicho que unos meses de abstinencia serían un sacrificio. ¿Cuántas veces la engañaría si se casaba con él? Cambiaba de mujer como la mayoría de las personas cambiaban de camisa.

No era el hombre que había creído que era todos esos años. Había creído que era un hombre íntegro, lo había creído cuando dijo que quería ser el cirujano reconstructivo más destacado del mundo. No obstante, la vida que había elegido era la antítesis de aquellos sueños.

No, rotundamente, no era el hombre que había creído que era, y estaba atada a él para el resto de su vida.

Las dos primeras semanas en Miami pasaron mucho mejor de lo que había esperado Natasha, y fue, en parte, porque le habían dado la casa de invitados que había detrás de su casa en el paseo marítimo. Había esperado tener que vivir bajo el mismo techo que él, pero, en cambio, tenía su propia vivienda con su propia piscina. No había entrado en su casa, más allá de la cocina y el lavadero, y se veían muy pocas veces, pero cuando se veían, hacían todo lo posible por ser corteses el uno con el otro. Por el momento, se mantenía la *entente cordiale*.

Matteo trabajaba mucho. Sus oficinas y la clínica donde operaba estaban a kilómetro y medio de su casa en Cayo Vizcaíno, pero viajaba mucho por Estados Unidos para visitar las otras clínicas.

El único momento en el que estuvieron juntos de verdad fue cuando visitaron a un ginecólogo amigo suyo que le había hecho miles de preguntas y la había examinado con tanta delicadeza que se sintió muy tranquila. Estaría en muy buenas manos tuviera el hijo allí o en Pisa.

Pisa...

Volverían allí en un futuro próximo. La idea era que Matteo volviera a Caballeros con Daniele cuando la estructura del hospital estuviese terminada, y habían decidido que ese sería el mejor momento para confesar el embarazo.

Estaba pensando todo eso con los pies en la piscina de la casa de invitados, disfrutando de los últimos rayos de sol del día, oyendo música *soul* en los auriculares y bebiendo un zumo de naranja que le había llevado un amable empleado sin que se lo pidiera. Estaba tan absorta que no se enteró de que había otra persona hasta que una sombra le pasó por encima.

Giró la cabeza y vio a Matteo encima de ella. Se quitó los auriculares de los oídos y se derramó zumo en la mano.

—Perdóneme si te he asustado.

–No esperaba que hubieses vuelto todavía.

–He terminado antes de lo previsto.

Había ido a Los Ángeles para abrir otra tienda que vendiera sus cremas. Las dos que ya tenía allí estaban a reventar de clientes que querían conseguir el milagro de hacer desaparecer las patas de gallo.

Ella no podía creerse todavía que el ungüento que había querido crear hacía tantos años para reducir las cicatrices de las quemaduras de su hermano se hubiese convertido en un fenómeno así.

Matteo pudo ejercer como cirujano dos años después de que ella se hubiese comprometido con Pietro. Durante esos dos años había encontrado la fórmula porque lanzó el producto, como hidratante de la piel, seis meses después de titularse y solo dos meses después de la muerte de Roberto. No solo había ayudado a reducir las cicatrices de quemaduras, sino que también las del acné y las arrugas. Se había difundido de boca en boca y se había convertido en viral en las redes sociales en cuestión de días. La había vendido al principio por Internet en vez de venderla en las clínicas que había abierto a un ritmo endiablado y luego había abierto sus propias tiendas.

Si bien admiraba la energía y el tesón que había necesitado para llegar tan lejos en un tiempo relativamente corto, nunca olvidaría al médico humilde que había sido cuando solo quería ayudar a su hermano y ser el mejor cirujano que pudiera ser. Durante sus largas conversaciones, él nunca había dicho que el dinero fuese un factor que tenía en cuenta al tomar sus decisiones vitales. De todas las decisiones que había tomado desde la muerte de Roberto, esa era la que le parecía más triste, y le parecía evidente que la muerte de su hermano era el detonante de esa vida que había elegido.

El sacó del bolsillo de la chaqueta una servilleta de papel de una famosa cadena de cafeterías. Se agachó a su lado, le tomó la mano, manchada de zumo y se la limpió. Natasha, atónita, no tuvo tiempo de retirar la mano y se sonrojó, tanto por su inesperado contacto como por darse cuenta de que estaba delante de él y solo llevaba un traje de baño.

–Gracias...

–¿Qué tal...?

Matteo se quitó los zapatos, se remangó los pantalones y se sentó a su lado con los grandes pies en el agua templada.

–Bien, gracias.

–¿No tienes mareos?

–No.

–¿Duermes bien?

–Sí.

Asombrosamente bien.

–Estupendo. Si tienes alguna preocupación, ¿me la contarás?

–Ya lo he prometido diez veces como mínimo.

Eso era algo que tampoco había previsto, que Matteo fuera a tomarse tanto interés por el embarazo. Aunque se habían visto poco, le había mandado mensajes a todas horas para comprobar que estaba bien y había ordenado a sus empleados que fueran de vez en cuando a ver cómo estaba. La casa de invitados estaba unida a la casa principal mediante un pasadizo acristalado y todas las habitaciones tenían intercomunicadores conectados directamente a la jefa de los empleados domésticos. Había tenido privacidad, pero no se había sentido sola o abandonada y eso era algo que también le sorprendía. En Pisa le había espantado vivir con empleados. Los empleados de Matteo no le parecían indiscretos, le parecían mucho más relajados y desenfadados que los que

había empleado Pietro.

–Solo estoy reforzando el mensaje.

–Considéralo reforzado.

Se miraron a los ojos con un fugaz brillo burlón antes de que ella girase la cara para mirar los pies en el agua. Ella no había dudado en ningún momento que todas sus preocupaciones eran por la salud del bebé que estaba gestando.

–Ya se han terminado los cimientos del hospital –comentó él.

–¿Ya? ¡Qué deprisa!

–La burocracia no existe en Caballeros. El gobernador de San Pedro también participa en el proyecto y todo va sobre ruedas. Daniele ha ido por allí otra vez. Está pagando el triple a sus empleados para que trabajen por la noche.

Natasha se acordó de que se había acordado que la fundación de Pietro pagaría el solar y que Daniele pagaría la construcción con sus propios empleados. Debería estar costándole una fortuna.

–¿Has hablado con él?

–Unas cuantas veces. Espera que la estructura de edificio se termine dentro de un mes. Quiere que entonces vuelva con él, antes de que empiece el proceso final y sea demasiado tarde para hacer algún cambio desde el punto de vista médico.

Matteo se apoyó en los brazos y tomó aire para intentar aliviar la tensión que se había adueñado permanentemente de él y que aumentaba cuando hablaban de Daniele o de cualquier otro miembro de la familia.

–¿Se ha dicho algo sobre nosotros? –preguntó ella en voz baja.

–Preguntó qué tal estabas y me dijo que Vanessa te echa de menos.

Natasha bajó la cabeza y se encorvó un poco.

–No para de escribirme mensajes –susurró ella antes de tragar saliva mientras se secaba una lágrima que le había caído por la mejilla–. No sé qué responder. Me pasa lo mismo con Francesca. Me ha llamado tres veces. Intento parecer despreocupada y ambigua, pero siento mucho remordimiento. Han sido muy buenos conmigo y me desgarran saber que voy a romperles el corazón.

Él clavó los dedos en la hierba para contener las ganas de rodearle los hombros con un brazo. Natasha le despertaba sentimientos que no podía llegar a entender, y lo había hecho siempre.

No podía dominar las reacciones de su cuerpo e, incluso en ese momento, tenía que intentar olvidarse de que solo llevaba un precioso traje de baño a rayas y de que antes había vislumbrado unos pechos algo más abundantes que la última vez que la vio, hacía tres días.

Las últimas semanas, solo para resistir la tentación, había viajado más y había trabajado como no había trabajado desde que era un médico residente. Estar con ella era excesivo, era una batalla constante entre las ganas de gritarle y zarandearla y las ganas de agarrarla y hacerle el amor otra vez. Había prometido que intentaría olvidarse del pasado, pero no era fácil.

Sin embargo, lo había prometido y sabía que, por mucho que le costara, ella sufriría más, era quien llevaba su hijo dentro.

Mantener cierta distancia entre ellos quizá le viniera bien a él, pero ella sufría un estrés enorme. Quizá le viniera mejor todavía considerarla alguien sin sentimientos, pero eso no era verdad ni mucho menos. Sus clínicas en Los Ángeles le habían permitido conocer a muchas actrices, buenas y malas, y podía distinguir a una farsante de lejos. La angustia de Natasha por la reacción de los Pellegrini a su embarazo era sincera. Él la había llevado a Miami, en parte, para apoyarla con el embarazo. Era el momento de que empezara a cumplir su parte del trato.

–¿Cuándo fue la última vez que saliste de aquí?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella con los ojos como platos.

–Según mis empleados, no sales casi nunca.

–¿Haces que me espíen...? –preguntó ella con media sonrisa.

–No, pero sí te vigilan un poco. Tienes demasiado tiempo para pensar y te preocupas por algo que ninguno de los dos puede controlar. Tienes que estar ocupada, *bella*. Podemos empezar saliendo a cenar. ¿Tienes alguna comida favorita?

Él, mientras lo preguntaba, se acordó de una conversación que habían tenido hacía mucho tiempo sobre lo mucho que le gustaba a ella la comida especiada. Dejó a un lado esa conversación en la que no había pensado desde hacía casi ocho años.

–Como de todo...

Él sacó los pies del agua y se levantó.

–Pensaré en algún restaurante aceptable. Pásate por la casa principal cuando estés preparada.

Matteo tomó sus zapatos y se fue descalzo a su casa.

## Capítulo 6

LOS nervios le atenazaban las entrañas mientras subía los escalones de mármol de la enorme casa de Matteo. Era la primera vez que pasaba de la habitación que sabía que utilizaban de lavadero, aunque parecía una galería de arte, y de una de las cocinas, que le parecía lo mismo. Si alguien no sabía para qué se utilizaba, podría imaginarse cualquier cosa. La primera vez que entró allí, el cocinero le había comentado, con toda naturalidad, que era la cocina más pequeña. Resultaba que Matteo tenía tres.

Apareció un empleado muy sonriente y la acompañó por la casa. Mientras andaba, ella miraba alrededor sin salir de su asombro por la belleza y singularidad de todo. El exterior ya era una obra de arte hecha con cristal y estuco, pero el interior... Todo era fluido y las muchas escaleras daban la sensación de que estaba flotando, era increíble, como una obra de arte con vida. No le extrañaba que Daniele, el arquitecto, hubiese ganado premios por ella. Hacía un año, cuando se terminó, se valoró como la casa más cara de Miami.

La llevaron a una habitación inmensa con un techo de dos pisos de alto y sofás y butacas color crema donde podían sentarse cómodamente dos docenas de personas. Una vez sola, miró la impresionante vista de la bahía y los tonos rosados del sol al ponerse por el horizonte. La habitación parecía sobresalir, como si tocara la propia bahía.

Se dio la vuelta y miró hacia arriba, a lo que parecía una terraza colgante, aunque enseguida comprendió que era un pasadizo del segundo piso. ¿Cuántas más sorpresas le quedarían por descubrir?

Una pared de cristal que llegaba hasta esa extraña y preciosa terraza interior resultó ser un armario, pero lo que le llamó más la atención fue un enorme lienzo impreso que había al lado. Se acercó para verlo mejor y comprobó que era la impresión de una fotografía de dos chicos sonrientes, el mayor no tendría más de diez años y el pequeño sería un par de años más joven. Estaban sentados en un banco con los brazos por los hombros, las mejillas pegadas y el mismo pelo moreno y rizado que casi formaba una masa informe.

—Perdona que te haya hecho esperar.

Natasha oyó la voz grave de Matteo y se dio la vuelta, pero no pudo verlo.

—Aquí arriba.

Estiró el cuello y lo vio mirándola desde la terraza flotante. Recorrió la terraza con una sonrisa irónica hasta que desapareció y volvió a aparecer al cabo de un rato al otro lado de la habitación.

Debía de haber bajado por una escalera oculta y se había puesto unos impecables pantalones azul marino y una camisa gris claro abierta en el cuello, le recordó a uno de esos anuncios de perfumes en Navidad en los que siempre salían hombres y mujeres muy elegantes e impresionantes. Los rizos de pelo que se le entreveían por la camisa abierta hicieron que el



corazón le retumbara en el pecho. Recordaba con toda claridad cuando le pasó los dedos por ese vello...

Tragó saliva y se acercó a ella, quien volvió a dirigir la atención hacia el lienzo y señaló con un dedo tembloroso al chico mayor.

—¿Eres tú?

Él llegó a su lado y lo miró. Ella pudo captar toda la intensidad de su colonia.

—Sí. Tenía nueve años cuando la tomaron.

—¿El otro chico es tu hermano?

En realidad, la pregunta era absurda porque, aparte del tamaño, podrían haber sido gemelos.

—Sí.

Se hizo un silencio.

—Lo sentí mucho cuando me enteré de que Roberto había muerto. Sé cuánto lo querías.

Habían hablado por encima de la muerte de Roberto en el avión de Matteo, pero él había dado rienda suelta a toda su amargura y ella no había vuelto a decir nada sobre el asunto.

Si Matteo tenía nueve años en la foto, el incendio que había destrozado sus vidas tuvo que ocurrir un año después de que la tomaran. Parpadeó para contener las lágrimas abrasadoras por esa vida echada a perder.

Se había hablado mucho después del entierro de Roberto, los familiares habían comentado en todos los tonos la impresionante discusión que habían tenido Matteo y su padre. Natasha sabía que la relación entre padre e hijo había sido muy tensa después del incendio, sabía que su padre le echaba la culpa, algo que a ella siempre le había encogido el corazón y había hecho que le bullera la sangre.

Ella no había sabido nunca por qué habían discutido después del entierro, pero había sido lo bastante grave como para que Matteo se cambiase legalmente el apellido al cabo de unas semanas. Solo podía interpretarse como un desaire a sus padres porque Manaserro era el apellido de soltera de Vanessa Pellegrini. Había elegido el apellido de la esposa de su tío. Que ella supiera, Matteo y sus padres no habían vuelto a hablarse.

Mientras miraba la última foto que habían tomado de su hermano contento, sabía que Natasha estaba pensando en el incendio. Se lo había contado durante alguna de las muchas y maratónicas llamadas telefónicas. Se lo había contado todo, que él solo tenía diez años cuando sus padres salieron a almorzar y lo dejaron a cargo de Roberto, que tenía ocho; que Roberto había tomado una caja de cerillas de la cocina y había ido al granero que había detrás de la casa, sin que él se enterara, y había encendido todas las cerillas, una a una, para comprobar cuánto tiempo podía mantenerlas encendidas. Había sido un día caluroso después de varias semanas sin que lloviera. El granero era como un barril de pólvora y Roberto tuvo suerte de salir con vida.

A él no le había pasado nada, solo le habían quedado las pesadillas por los gritos de su hermano, que parecían llegar del mismísimo infierno, y de sus propios gritos cuando salió corriendo de la casa y lo vio. La imagen del cuerpecito de su hermano envuelto en llamas lo perseguiría toda su vida. Si el jardinero no hubiera reaccionado con rapidez y no hubiese apagado el incendio, Roberto habría muerto delante de sus ojos.

Era algo que solo se lo había contado a Natasha. Ni siquiera a Pietro le había contado el espanto que había pasado Roberto ni lo que él había visto.

A ella no le había ocultado nada, ni el rechazo de su padre, ni el convencimiento de que sus padres lo culpaban del incendio, ni las discusiones cada vez más acaloradas, ni la hostilidad que había acabado con él abandonando la casa familiar cuando tenía trece años para irse a vivir con la

familia de su tío, ni que solo volvía a visitar a su hermano cuando no estaba su padre, ni las muchas intervenciones que había sufrido Roberto a lo largo de su vida y que él siempre había estado en una sala de espera distinta a la de sus padres.

Había confiado en ella, había confiado plenamente.

Lo peor había sido que ella lo había consolado, que él había pensado que ella había creído en él, que su voz delicada lo había apaciguado.

Hasta que le arrebató la confianza y la hizo mil pedazos.

Se quedaron un rato delante de la foto y Matteo suspiró profundamente. Todo sucedió hacía mucho tiempo, pero en algunos momentos como ese era como si hubiera sucedido el día anterior.

–Vamos a comer algo.

La llevó a un embarcadero que había al lado de la casa donde un yate reluciente los esperaba.

–¿Es tuyo? –le preguntó ella sin disimular la sorpresa.

Él asintió con la cabeza y saludó con la mano al capitán, que los esperaba en la cubierta.

–No lo había visto...

–¿Habías estado en este lado de la casa? –preguntó él con ironía.

–No –reconoció ella.

–Eso lo explica todo.

–¿Adónde vamos a ir?

Él señaló la isla que estaba en la bahía a cierta distancia de ellos.

–Cayo Vizcaíno. Es más rápido y agradable ir en barco que en coche. ¿Qué tal se te da ir en barco?

–Creo que vamos a comprobarlo enseguida.

Unos minutos después, ya estaban apoyados en la barandilla de la proa del yate, que se abría paso entre las aguas del mar.

–¿Te gusta?

Ella asintió con la cabeza y con una sonrisa de oreja a oreja. Era el primer gesto de alegría que había visto en su hermoso rostro desde hacía mucho tiempo y sintió una punzada en el pecho. Desvió la mirada para dirigirla hacia Cayo Vizcaíno.

–¿Por qué no has visitado Miami desde que has llegado?

–No sé cómo ir...

–Ya te dije cuando llegaste que algún empleado estará encantado de llevarte o acompañarte adonde quieras ir. No eres mi prisionera, *bella*.

–Ya lo sé.

–Entonces, ¿por qué te quedas en casa todo el rato? Miami es una de las ciudades más animadas del mundo.

Ella se encogió de hombros y se llevó una mano a la cara.

–¿Adónde iba a ir?

–No lo sé. A la playa, a un café, a un museo, a un club nocturno... Hay muchos...

–Me imagino embarazada y bailando toda la noche en un club abarrotado de gente –replicó ella con una sonrisa cautelosa.

Él también podía imaginársela con toda claridad, con esa melena color miel, con ese vestido de rayas azules y blancas ceñido a ese cuerpo esbelto, moviéndose al ritmo de la música, agarrada a él...

Parpadeó para borrar la imagen y tomó aire para sosegar las entrañas.

–Estás embarazada, no muerta. Hay muchos clubs exclusivos que no son esos sitios agobiantes

que estás imaginándote.

–¿Voy a ir sola?

–No te lo tomes al pie de la letra. Quiero decir que deberías hacer todo lo que puedas mientras puedas. Dentro de unos meses andarás como un pato y tendrás la tripa como una sandía.

–Haces que parezca muy apetecible, estoy deseando andar como un pato.

Él sonrió por la ironía. Él no creía ni por un minuto que fuese a andar como un pato, era demasiado elegante. Entonces, cayó en la cuenta de que estaría allí para ver los cambios, para ver cómo iban creciéndole la tripa y los pechos. Estaría y no se lo perdería por nada del mundo. Se preguntó qué cambios se habrían producido ya y qué él no podía ver, qué notaría Natasha por dentro.

–¿De verdad quieres pasarte todo el embarazo metida en mi pequeño trocito de tierra? – preguntó él en un tono burlón que se contradecía con los sentimientos que lo dominaban.

–No tiene nada de pequeño...

–Ya sabes lo que quiero decir.

–Sí, lo sé –Natasha suspiró–. Hay muchos motivos, pero el motivo principal es que quiero ahorrar.

–¿Estás mal de dinero?

–Lo estaré si gasto a lo loco. No tengo empleo. Estoy embarazada y no tengo experiencia laboral, no creo que vaya a conseguir un empleo en un futuro cercano.

–Ya sé que no vas a heredar el castillo y el resto del patrimonio familiar, pero sí vas a heredar la fortuna personal de Pietro.

–No la quiero, no estaría bien.

–No seas ridícula. Eras su esposa y te corresponde.

–Podría aceptarlo si hubiese contribuido de alguna manera, pero todo lo que ganó era suyo y lo ganó sin mi ayuda.

–Le diste una casa...

Ella sacudió la cabeza y el pelo se le arremolinó alrededor de los hombros.

–La casa era suya, los empleados eran suyos, los muebles eran suyos y de su gusto, todo era suyo.

Ella lo dijo en un tono que hizo que él entrecerrara los ojos.

–Estuvisteis siete años juntos... –comentó él lentamente mientras se preguntaba qué indicaría ese tono y por qué su intuición le decía que le hiciese caso.

–Pero solo uno casados. No vivimos juntos hasta que nos casamos. En conciencia, no puedo quedarme el dinero, y menos ahora que estoy esperando un hijo tuyo. No me lo perdonaría a mí misma.

Su incredulidad fue en aumento. ¿Se había casado con Pietro por su dinero y pensaba rechazarlo? Se le ocurrieron una docena más de preguntas, pero habían llegado al embarcadero del restaurante donde había reservado una mesa y tendría que esperar a que estuviesen sentados para hacerle esas preguntas y la siguiente docena que ya se le estaban ocurriendo.

Los acompañaron a una mesa con vistas al mar y al perfil de Miami que iba iluminándose a medida que se oscurecía el cielo.

–Es un sitio muy glamuroso –comentó ella mientras miraba alrededor–. ¿Has comido aquí alguna vez?

–Traje a mis empleados para celebrar la cena de Navidad.

–Qué empleados tan afortunados. La última vez que salí a cenar fue en la residencia de un

embajador muy estirado.

–¿No era glamurosa?

–Si te gusta el glamour anticuado...

–¿A ti no?

Matteo pensó en su casa de Pisa. Pietro había sido coleccionista de antigüedades y su gusto se reflejaba en cada uno de los objetos. Si lo pensaba bien, en esa casa no había habido nada de la Natasha que había conocido hacia todos aquellos años. Era como si la personalidad de su marido hubiese anulado la de ella.

–No especialmente –contestó ella después de pensárselo un poco–. Soy más bien moderna. ¿Qué me recomiendas para comer?

–La langosta es buena.

–La langosta es aburrida –replicó ella haciendo una mueca.

–¿De verdad...?

–Demasiado dulce –ella miró la carta e hizo otra mueca–. ¿Qué son las patatas peruanas?

–¿Patatas de Perú? –contestó él con ironía.

Natasha lo miró a los ojos y se rio disimuladamente.

–A lo mejor vienen envueltas en una llama.

–Deberías probarlas.

–Desde luego. Fletán con corteza crujiente, patatas peruanas, setas silvestres y *coulis* de pimienta roja. Perfecto.

Una vez pedida la comida y con la bebida delante de ellos, Matteo se dejó caer sobre el respaldo y observó a Natasha, quien seguía admirando la decoración del restaurante.

–¿Sabes una cosa que no entiendo? –preguntó él.

–¿Qué?

–Por qué renunciaste a ser diseñadora de interiores.

El tono burlón se esfumó y dejó paso a la cautela.

–Es que no llegué a serlo nunca.

–¿Por qué? Te sacaste el título que querías sacarte, ¿no?

Él supo, por la expresión en los ojos de ella, que estaba acordándose de lo seriamente que se había planteado ir a Estados Unidos para estudiar en el Art Institute de Tampa. Ella le había mandado los prospectos y él le había buscado sitios para vivir que estuviesen bien comunicados para los dos.

–Sí, acabé graduándome en arquitectura y diseño de interiores.

–¿En Inglaterra?

Matteo había intentado no hablar de Natasha con nadie y había limitado los viajes a Europa todo lo que había podido, pero había sido imposible no oír hablar de ella. Al aceptar la petición de Pietro, había entrado en el seno de la familia Pellegrini y a ellos les había parecido natural tenerlo informado sobre la prometida de Pietro. Habían dado por supuesto que estaría tan interesado como lo estaban ellos y todos habían dado por supuesto que se casarían en cuanto ella se graduara. Se habían necesitado otros tres años, aunque Pietro le había comprado un piso en Pisa, cerca del piso de su hermana.

Pietro le había hablado poco de ella y cuando lo había hecho había sido por cuestiones prácticas, no amorosas.

Ella volvió a asentir con la cabeza.

–¿Por qué no seguiste cuando te graduaste? ¿No te gustaba?

–Me encantaba –contestó ella con una sonrisa abatida–. Además, creo que se me daba bien.

–Entonces, ¿por qué renunciaste? Estabas prometida con un hombre conocido y con muchos contactos por todo el mundo. Te habría resultado fácil hacerte una lista de clientes.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué no lo hiciste? –insistió él–. ¿Preferías ser una mujer ociosa?

Sus ojos dejaron escapar un destello antes de que se desviarán hacia otro lado.

–No estoy buscando pelea, solo intento entender.

Él intentaba mantener un tono de voz ecuánime, pero podía notar la rabia enquistada mientras hacía la pregunta. Era una prolongación de la conversación anterior y de la insistencia de Natasha en no aceptar la herencia que le correspondía. Ella había sido tan sincera que tenía que recordarse a sí mismo que tenía que andar con pies de plomo. Sería muy fácil tomarse sus palabras al pie de la letra, y no podía olvidarse de que ya se había enamorado una vez por su sinceridad.

¿Le había contado la verdad en el barco o estaba intentando darse una buena imagen a sus ojos? Si era así, ¿para qué?

Se había pasado siete años diciéndose a sí mismo que ella le importaba un comino, pero la verdad era que su traición no había dejado de amargarlo y lo notaba en ese momento, cuando los recuerdos de su fe y su confianza mal depositadas lo corroían por dentro.

Se había inclinado hacia delante y había bajado la voz para intentar interpretar el sentimiento que había detrás de esos ojos azules que lo miraban fijamente.

–¿Por qué lo elegiste a él en vez de a mí, Natasha? Siempre pensé que había sido por el dinero. ¿Fue el dinero y su forma de vida?

Ella había cerrado los puños, pero no había agresividad en su mirada, no reflejaban absolutamente nada. Matteo dio un sorbo de vino y miró con detenimiento la angustia de su rostro. Debería haber pedido algo más fuerte.

–Necesito saber el motivo. Quiero dejar atrás el pasado, pero cada vez que creo que lo he conseguido, hay algo que me lo recuerda. Me diste falsas esperanzas durante meses.

Ella sacudió la cabeza, pero mantuvo los labios tercamente pegados.

–Háblame –Matteo se dio cuenta de que había elevado el tono y volvió a bajarlo–. Cuéntamelo, Natasha. Explícamelo.

–Mira...

Ella abrió las manos y dio un sorbo de zumo de uvas, pero les llevaron la comida antes de que pudiera decir lo que había pensado decir. Natasha miró el llamativo plato. Había perdido completamente el apetito en cuestión de un minuto.

Matteo tampoco parecía tener prisa en comerse su plato. No tocó los cubiertos y se quedó con los ojos clavados en ella, esperando a que hablara y se explicara.

Ella no podía reprochárselo, esa conversación debería haberse producido hacía mucho tiempo. Dio otro sorbo de zumo. Le habría encantado que las uvas hubiesen estado fermentadas y fuese vino, todo habría sido más fácil.

–Ya sé que tú no te lo crees, pero yo decía de verdad todo lo que hablamos y planeamos.

Natasha supo que era la táctica equivocada antes de que las palabras terminasen de salir de su boca. Él entrecerró los ojos amenazadoramente.

–Si lo decías de verdad, ¿por qué estabas viendo a Pietro al mismo tiempo? ¿Decidiste darnos falsas esperanzas a los dos hasta que comprobaras cuál sería un esposo mejor y te daría una mejor vida?

–¿Quieres oír mi versión o no?

Él abrió los orificios nasales antes de asentir con la cabeza.

—No os di falsas esperanzas durante meses. La primera vez que Pietro mostró algún interés por mí fue durante la fiesta de mi dieciocho cumpleaños. Yo ni siquiera creí que fuese a ir, pensé que una fiesta así sería poca cosa para él.

A ella se le había caído el alma a los pies cuando Matteo le llamó para decirle que había perdido el avión y que no podría llegar. Ella había sabido que no había sido culpa de él y que no podía abandonar su trabajo. Su trabajo, entonces, había sido una cuestión de vida o muerte. Por eso, se tragó la decepción y pasó la página del calendario al mes siguiente, cuando estarían juntos en Pisa, en la fiesta para celebrar el aniversario de boda del tío y la tía de Matteo, y había dibujado un pequeño corazón en un rincón de esa fecha.

—¿Me diste falsas esperanzas tanto tiempo? —preguntó él con los dientes apretados.

—No. Creía que él estaba siendo amable.

—¿Amable?

Él no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí, era mucho mayor que yo...

—Pietro tiene... tenía mi edad.

A ella se le encogió el corazón al ver el dolor que le producía decir el nombre de su mejor amigo.

—Nunca me pareció que la edad nos separase. Pietro era muy serio, parecía mayor de lo que era. El día de mi cumpleaños, como regalo, me llevó al teatro para ver una obra política. No soporto la política, pero tampoco tuve valor para decirle que habían sido las dos horas más aburridas que había pasado en mi vida. Es posible que si le hubiese dicho la verdad, él me habría visto de forma distinta y todo hubiese salido de forma también distinta, pero no se lo dije y las cosas fueron cobrando vida propia. Él estaba por trabajo en Inglaterra y me llevó a cenar un par de veces, pero te juro que no se me ocurrió que pudieran significar algo...

—Si no significaban algo, ¿por qué no me lo contaste?

—Porque fue durante aquella semana, cuando fuiste a esa conferencia en Washington. Esa semana no hablamos casi, ¿no te acuerdas?

Él apretó los labios y se le contrajeron los músculos de las mandíbulas.

—Pietro me llevó a esos maravillosos restaurantes de personas mayores y me habló de política y de su trabajo humanitario. Tengo que reconocer que estaba deslumbrada. Él era un hombre importante que recorría el mundo por su trabajo filantrópico. Me tenía impresionada y él lo sabía, pero te juro que esas salidas nunca me parecieron que significaran que salía con él. La primera vez que supe que tenía una intención... amorosa fue cuando le pidió permiso a mi padre para casarse conmigo. Fue un viernes, dos semanas antes de la fiesta de aniversario de sus padres.

—¿Se lo pidió a tu padre?

—Así era Pietro, ¿no? —Natasha sonrió con tristeza—. Se tomaba muy en serio sus responsabilidades. No se le ocurrió preguntarme primero mi opinión a mí. Me veía tan boquiabierto que lo interpretó como enamoramiento.

—¿Tu padre aceptó?

—Claro. No tuvo que pensarlo siquiera. Eso era exactamente lo que él quería. Pietro era rico, tenía contactos y también tenía sangre azul. Era el yerno ideal para presumir en el club de golf.

—Puedo entender que tu padre estuviese emocionado, pero eso no quiere decir que lo estuvieses tú. Podrías haberte negado.

—Me negué —ella cerró los ojos con todas sus fuerzas al recordar la furia de sus padres—. Mis

padres sabían que iba en serio contigo...

–¿De verdad? –preguntó él en tono sarcástico mientras se terminaba el vino.

–¡Sí! Te recuerdo que vivía con ellos. Sabían lo que sentía, pero les daba igual. Me dijeron que no hablara de ti porque lo estropearía todo. Me dijeron que así podrían sentirse orgullosos de mí después de haberlos decepcionado durante toda mi vida.

–¿Dijeron eso...? –preguntó él ablandándose un poco.

–Eso entre otras muchas cosas. Tú también tenías sangre azul, pero ellos se fijaron en la fortuna que estaba acumulando y en el patrimonio que iba a heredar y supieron que si me casaba con él, se acabarían sus problemas económicos. Estaban espantosamente endeudados. Pietro debió de prometerles algo porque sus deudas se saldaron a los pocos meses de habernos prometido y les pagó una ampliación de la casa.

–¿Aceptaste casarte con él por una ampliación de la casa?

Matteo había tomado el tenedor y estaba pasando el pulgar por las púas.

–¡No! Eso fue más tarde. Seguí el juego porque no sabía qué hacer. No estaba dándote falsas esperanzas, ¿no lo entiendes? Estaba ganando tiempo hasta que llegaras a Pisa para la fiesta y pudiera decírtelo cara a cara porque no se me ocurría ninguna salida.

–Deberías habérmelo dicho en cuanto le pidió permiso a tu padre.

–Eso lo sé ahora, pero entonces me pareció que empeoraría las cosas. ¿Cómo iba a decirte por teléfono, cuando estabas a miles de kilómetros de distancia, que tu primo y mejor amigo quería casarse conmigo? Tenía un lío espantoso en la cabeza. Solo tenía dieciocho años. No era una mujer cosmopolita con años de experiencia. Era débil y pusilánime, me arrinconaron y no supe cómo salir de allí. Quería agradar a mis padres como fuera, pero también quería estar contigo. Estaba esperando que llegaras porque estaba convencida de que se te ocurriría alguna manera de salir del embrollo.

Natasha tomó aire y miró fijamente el plato. Matteo clavó una chalota con el tenedor, pero no hizo nada para comérsela. Tenía los ojos tan inflexibles como el tono de voz.

–Podrías habérmelo dicho, pero no lo intentaste siquiera. Sin embargo, me dejaste que te besara.

Ella cerró los ojos al acordarse de cuando lo vio en el castillo y el corazón se le aceleró de tal manera que no pudo respirar. Después de meses de llamadas telefónicas y correspondencia cada vez más íntimas y de solo tener una foto en el teléfono para mirarlo, verlo otra vez en carne y hueso...

Entonces la besó, fue el primer beso de los dos, fue el primer beso de ella, y se quedó sin el poco aire que le quedaba. Hasta que Francesca apareció por el pasillo e interrumpió el momento.

Lo que no había sabido ella en ese momento era que había sido la última ocasión que había tenido para decirle la verdad a Matteo.

## Capítulo 7

NATASHA abrió los ojos e hizo un esfuerzo para mirarlo.

–Lo siento. Creí que podría decírtelo esa noche, creía que tenía más tiempo, pero ya era demasiado tarde. Me he reprochado mil veces no haber previsto que él me lo pediría públicamente, como hizo, pero te juro que no sabía que iba a hacerlo.

–¿Por qué iba a creerte? –preguntó él con la mirada igual de implacable.

Ella se encogió de hombros con impotencia.

–Aquella noche fui a tu habitación del castillo. Todavía esperaba que no fuese demasiado tarde y que tú pudieras elaborar un plan, pero no estabas. Te llamé, pero habías bloqueado mi número, lo bloqueaste aquella misma noche. ¿Cómo iba a saberlo si no hubiese intentado llamarte?

Él recordaba que, efectivamente, había bloqueado su número en aquel preciso instante. Se había despedido de su familia, había conseguido felicitar a Pietro, había salido al patio del castillo, se había montado en el taxi que estaba esperándolo y había bloqueado todas las maneras posibles de ponerse en contacto con él. ¿Estaría diciendo la verdad?

–Incluso, llegué a esperar que tú le dijese a Pietro lo que había entre nosotros –añadió ella con un susurro.

–¿Después de que él te lo hubiese pedido públicamente y tú lo hubieses aceptado? Jamás lo habría humillado de esa manera.

Él dejó escapar una risa amarga por todo lo que ella había confesado y le daba vueltas en la cabeza. Miró los ojos azules que lo miraban y captó el brillo de súplica. Sin embargo, ¿qué le suplicaban? ¿Perdón o que la creyera? En ese momento, no sabía qué pensar o creer.

–Estuvisteis prometidos durante seis años. Dejaste la casa de tus padres y fuiste a la universidad. Tuviste seis años para romper con él.

–Cuando comprendí que no podría volver contigo, decidí resignarme y aceptarlo. Aceptarlo implicaba complacer a mis padres. Ya te lo he dicho, entonces era débil y pusilánime.

–¿Ya no lo eres?

–No –él captó el tono desafiante–. He aprendido a tener entereza. La he necesitado y me alegro de haberla conseguido, porque así seré mejor madre –Natasha bajó la cabeza y se frotó las sienes antes de mirarlo otra vez–. Por favor, solo te pido que me creas cuando te digo que lo que sentía por ti era sincero.

Él asintió con la cabeza y con el corazón rebosante, como no lo había tenido nunca.

–¿Pietro sospechó que no sentías por él lo que él creía?

–¿Por qué das por supuesto que los sentimientos de él eran más sinceros que los míos? –preguntó Natasha antes de que pudiera evitarlo.

–Porque siempre me dijo que cuando conociera a la mujer perfecta para casarse con ella, la



reconocería.

Natasha tuvo que hacer un esfuerzo para contener la carcajada amarga que quiso soltar. Como si su marido la hubiese mirado alguna vez como otra cosa que no fuese la fachada que quería mostrar a todo el mundo y el patrimonio que quería heredar. Había dado igual lo mucho que lo hubiese intentado, no había sido lo bastante para nadie, ni para sus padres ni, desde luego, para su marido.

Sin embargo, lo sería para su hijo y haría todo lo que hiciese falta para que nunca se sintiera acomplejado, para que nunca creyera que no estaba a la altura. Aplaudiría todo lo que pudiera hacer y lo amaría independientemente de lo que no pudiera hacer. En resumen, sería la madre exactamente opuesta a lo que habían sido sus padres.

Miró a Matteo sin inmutarse.

–Hice un esfuerzo muy grande para ser la mejor prometida y la mejor esposa posible. ¿Crees de verdad que se hubiese casado conmigo si hubiese tenido alguna duda?

La camarera llegó antes de que ella pudiera contestar y miró los platos con preocupación.

–¿Le pasa algo a la comida?

Matteo esbozó una sonrisa resplandeciente como si hubiesen dado a un interruptor.

–Todo está perfecto, gracias.

Ella también se retiró con una sonrisa, y la interrupción había sido providencial. Cuando Natasha lo miró, él suspiró sonoramente y también la miró, pero sin la animadversión de antes.

–Deberíamos comer antes de que se enfríe.

Matteo por fin se metió en la boca la chalota y dejó muy claro, por el tono, que había dado por terminada la conversación. Había encontrado las respuestas que estaba buscando y, las creyera o no, ella no podía hacer nada. Además, ¿qué importaba? Hubieran sentido lo que hubiesen sentido el uno por el otro, era cosa del pasado, y allí tenía que quedarse.

Matteo llamó a la puerta de la casa de invitados y Natasha abrió un minuto después. Llevaba unos pantalones de pijama rojos y una camiseta de tirantes negra. Su pelo moreno, siempre impecable, estaba algo despeinado.

Lo saludó con una de sus sonrisas, que siempre lo atravesaban por algún motivo.

–No esperaba verte hoy –comentó ella apartándose de la puerta.

–Tenía una videoconferencia con los directores de las clínicas. Hemos terminado antes de lo que había previsto. ¿Te he despertado?

Era casi mediodía.

–Estaba leyendo.

Le enseñó el libro. Era un libro sobre el embarazo que le había dado el ginecólogo.

–Creía que ya lo habías leído.

–No pasa nada por leerlo otra vez, y tampoco tengo mucho más que hacer –comentó ella.

–Por eso he venido.

–Ah...

–¿Has comido?

–¿Qué te pasa con mis costumbres alimenticias? –preguntó ella con media sonrisa.

–Quiero cerciorarme de que te cuidas. ¿Has comido?

–Desayuné hace un par de horas.

–Entonces, vístete, voy a llevarte a almorzar.

–Dame veinte minutos –le pidió ella con un brillo muy claro en los ojos–. Tengo que ducharme.

Matteo tuvo que morderse la lengua para contener las ganas de decirle que la acompañaba y, en cambio, se sentó a la mesa del comedor y siguió con la mirada su figura mientras se alejaba. Los pantalones de pijama resaltaban su redondeado trasero.

Cerró los ojos y se frotó las sienes.

Las cosas habían cambiado entre ellos desde hacía diez días, desde que estuvieron en el restaurante de Cayo Vizcaíno. Había sido un cambio leve, pero él lo notaba en lo más profundo de su ser.

Había repasado muchas veces lo que ella dijo aquella noche. Era muy complicado borrar siete años detestándola, pero cuanto más lo pensaba, más la creía, y lo que más le desasosegaba era que quería creerla de verdad, y no solo porque estuviera esperando un hijo.

La miró en ese momento, siete años mayor, y vio todo lo que le había faltado antes. Había sido madura para su edad, pero él no se había dado cuenta hasta ese momento, cuando estaba con la Natasha adulta, que la madurez de entonces no había sido la de una mujer con experiencia. Había sido una inocente deslumbrada, que florecía como mujer, que estaba emocionada por el porvenir y lo que le deparaba. También había sido alguien deseoso de agradar, casi necesitado de agradar, y que nunca llevaba la contraria a una opinión o una idea. Se acordaba de lo encantado que había estado por haber encontrado a alguien tan parecido a él, pero en ese momento se daba cuenta de que habría estado de acuerdo con sus gustos y opiniones hubieran sido los que hubiesen sido.

Esos diez días habían pasado más tiempo juntos. Ella ya no tenía reparos en decir lo que pensaba y si bien sus gustos coincidían bastante, no lo dudaba un segundo si tenía que discrepar con él.

La había llevado varias veces a cenar y una vez la llevó al teatro a ver la adaptación musical de una película muy conocida. Había aplaudido sin parar, pero a la salida, cuando le preguntó qué le había parecido, había dicho que le había encantado, pero que le habría gustado amordazar a la protagonista porque tenía una voz insoportable.

Era mucho más interesante en ese momento y, por eso, más deseable también, cosa que le había parecido imposible. Miraba su piel blanca y recordaba lo que había sentido al acariciarla, miraba su melena color miel y recordaba lo que había sentido cuando le rozaba los hombros, miraba sus ojos azules y recordaba su expresión cuando llegó al clímax con él profundamente dentro de ella.

Además, también recordaba esa ligera resistencia que notó en su cuerpo cuando entró la primera vez y que se le había encendido una luz roja en la cabeza, que se le había apagado inmediatamente por la pasión de los besos de ella y el ardor de su reacción. Si no hubiese sabido que era imposible, habría dicho que esa resistencia era la resistencia natural de un cuerpo que no había hecho el amor, pero, efectivamente, eso era imposible.

Sin embargo, seguía dándole vueltas en la cabeza como algo remoto y cercano a la vez, y aunque los dos habían hecho un esfuerzo para no hablar de Pietro o del pasado desde la primera vez que salieron a comer, también era algo que se cernía sobre los dos como un nubarrón.

Antes de que hubiera llevado a Natasha a Miami, todo había sido claro y conciso. Él sabía quién era ella y lo que había hecho, como sabía quién era él mismo y lo que había hecho.

En ese momento, se daba cuenta de que todas las certezas se tambaleaban y de que lo único inamovible era el deseo que sentía por ella. Lo sentía todo el rato, como si le bullera la sangre incesantemente, como una descarga constante en la piel.

Cuando reapareció media hora más tarde con un veraniego vestido blanco de tirantes, con sandalias planas y con el pelo húmedo alrededor de los hombros, cuando el olor de su perfume llenó la habitación con la misma intensidad que su presencia, él notó que los pulmones se le

quedaban sin aire. ¿Había algo que él no quisiera arrancarle cuando lo llevaba ella?

Se levantó y consiguió dominar la erección por los pelos.

–¿Lista?

–¿Adónde vamos?

–Al centro.

Natasha se montó en el pequeño deportivo que había elegido Matteo de entre su amplia colección. Pulsó un botón para descapotarlo, encendió el motor mediante otro botón y empezó a sonar la música mientras sacaba el coche del garaje, de su residencia y de la exclusiva urbanización donde vivía. Poco a poco, fueron desapareciendo los frondosos árboles de las cunetas, las mansiones medio ocultas fueron dejando paso a los edificios cada vez más altos y la carretera fue llenándose de tráfico.

El centro resultó ser una metrópolis próspera, con mucha personalidad, color y todo tipo de aromas. El pelo se le arremolinaba alrededor de la cara y el sol actuaba como un secador de pelo.

Matteo rodeó un rascacielos resplandeciente que daba al puerto, entró en el aparcamiento subterráneo y aparcó en una plaza con su nombre.

–Muy oportuno –comentó ella–. ¿Es tu oficina?

–Tengo que firmar unos documentos antes de que vayamos a comer –contestó él con una sonrisa.

Fueron a un ascensor que estaba muy cerca, Matteo introdujo una clave y las puertas se abrieron. Una vez dentro, pulsó el botón con el número treinta.

–¿Por qué has utilizado una clave? –le preguntó ella.

–Es una medida de seguridad. Si no sabes ese número, los ascensores no funcionarán. Es un ascensor exclusivo para mis empleados y pacientes.

Llegaron al piso antes de que ella se hubiese dado cuenta de que estaban moviéndose y percibió el olor a centro médico en cuanto se abrieron las puertas.

–¿Operas aquí? –preguntó ella sin disimular la sorpresa.

–¿Dónde creías que operaba?

–No en lo más alto de un rascacielos. Creía que eran unas oficinas administrativas.

–Están en los dos pisos de encima.

–¿Tienes la clínica en un rascacielos?

–Te aseguro que las instalaciones no tienen rival –contestó él entre risas.

Tres recepcionistas con uniforme blanco estaban al mando de una habitación impoluta con unas vistas impresionantes del mar. Matteo habló un minuto con ellas mientras Natasha miraba alrededor y no salía de su asombro por el buen gusto de los muebles y las obras de arte. Era como estar en una mezcla de hospital y hotel de cinco estrellas.

–Puedo enseñártelo si quieres...

–Mientras no intentes venderme un retoque del trasero o una nariz nueva...

–Eres la persona que menos necesita algo así –replicó él sin rastro de tono burlón y con una mirada indescifrable.

Ella, al captar ese tono sobrio, sintió una oleada ardiente por dentro y que el pecho se le llenaba con un anhelo, con unas ganas casi incontenibles de tocarlo. Parecía como si eso fuese lo único que quería hacer: tocarlo y olerlo.

Ella estuvo a punto de creerse que lo decía en serio, a punto, pero sabía muy bien que sí tenía que arreglarse algo. Si no, ¿por qué nunca había agradado a sus padres independientemente de lo

que hubiese hecho? Si no, ¿por qué la había elegido Pietro? Había sido la persona equivocada para él en todos los sentidos posibles, pero, aun así, la había elegido a ella para que fuese su esposa, la había atrapado a ella para que se quedara con él incluso después de que los dos hubiesen sabido la verdad.

No quería pensar en Pietro.

Las cosas habían ido mejor entre Matteo y ella después de la conversación de hacía diez días. Los dos habían intentado tender puentes sin decirlo con palabras. No hacía falta decirlo, como pasaba con muchas cosas entre ellos.

Lo que tampoco hacía falta decir era que se había reavivado la química que siempre había habido entre ellos, y que estaba ganando una intensidad que a ella le costaba más resistir.

Aunque tenía que resistir. Era muy peligroso.

Se había obsesionado con Matteo cuando era una jovencita, pero ya no era una jovencita, era una adulta que estaba gestando un bebé que necesitaba protección. Le había costado aprender a decir lo que quería decir y a encontrar la entereza y el valor para mantenerse en pie. No podía permitirse perderlo. No quería volver a ser tan vulnerable, no podía serlo. Ni por ella ni, sobre todo, por su hijo.

Se tragó todo lo que le rebosaba el pecho y le subía por la garganta ante la mirada de Matteo e hizo un esfuerzo para hablar con desenfado.

–Gracias por el piropo, pero siempre me habría gustado tener otra nariz.

–Tu nariz es perfecta.

–No exageres. ¿Y los pechos? Podríamos hacer un trato, te pago uno bien grande y me regalas el otro.

Le expresión de él cambió y se hizo más irónica, como si él también estuviese dominándose.

–Me parece que el embarazo me ha ahorrado ese trabajo.

Una vez roto ese momento casi melancólico, la llevó por un pasillo muy ancho.

–No puedo enseñártelo todo porque tenemos pacientes ingresados y están operando, pero sí puedo enseñarte lo bastante como para que te hagas una idea de lo que hacemos. Al fin y al cabo, nuestro hijo acabará heredándolo algún día.

–No lo había pensado.

–Cuando la familia lo sepa todo, redactaré un testamento nuevo.

–¿De verdad? ¿Tan pronto?

–La muerte no tiene contemplaciones. Puede llegarle a cualquiera en cualquier momento –ella supo por la mirada que le dirigió que estaba pensando en Pietro–. Como no estamos casados, quiero tener la tranquilidad de saber que si me pasa algo, nuestro hijo lo heredará automáticamente, sin necesidad de trámites legales interminables. Tú también deberías hacerlo. Los dos deberíamos hacer todo lo que podamos para proteger a nuestro hijo.

–De acuerdo –concedió ella, que sabía que tenía razón y estaba emocionada por lo que pensaba hacer él.

Había dicho, desde la ecografía, que aceptaba la paternidad, pero lo que dijo sobre la prueba de ADN, aunque lo dijo en un momento de acaloramiento y lo retiró enseguida, había hecho que ella dudara.

Sin embargo, eso le aclaraba todas las dudas y le daba un alivio que no podía creérselo. Si eso no demostraba que aceptaba la paternidad, nada lo demostraría.

Él la creía.

–Tendríamos que prever unos tutores por si nos pasa algo –añadió él.

–Lo has pensado a conciencia...

–No estoy dispuesto a dejar que el porvenir de nuestro hijo quede en el aire –Matteo sacó una tableta electrónica del bolsillo y presionó un botón–. Estas son las habitaciones privadas de nuestros pacientes, donde se quedan para el posoperatorio –se guardó la tableta otra vez y entreabrió una puerta–. Esta está vacía.

Natasha miró dentro. No había visto ninguna habitación de un hospital como esa. Era la habitación de un hotel lujoso, pero más aséptica.

–¿Alguna idea sobre los tutores? –le preguntó él mientras cerraba la puerta y se dirigía hacia el final del pasillo.

Matteo pulsó una clave en una caja plateada junto a la puerta del fondo, que se abrió de par en par y les dio paso a otro pasillo, aunque muy distinto al anterior. La tupida moqueta había dado paso a un suelo duro y brillante y los tonos suaves de las paredes se habían convertido en un blanco resplandeciente.

–No lo sé. Si no creyera que Francesca va a renegar de nosotros dos, pensaría en ella –contestó Natasha antes de que se le quebrara la voz.

–Podría sorprendernos...

–¿De verdad lo crees?

–No.

–Yo tampoco –ella suspiró–. Tendremos que ver cómo salen las cosas y decidir después, pero, desde luego, mis padres, no.

Él hizo una mueca que le indicó a Natasha que opinaba exactamente lo mismo.

–¿Saben que estás aquí?

–No. No he hablado con ellos desde el entierro. Saben cómo ponerse en contacto conmigo si quieren algo.

–¿No te han llamado? –le preguntó él parándose en seco.

–No. Estoy segura de que aparecerán de la nada cuando crean que se ha repartido la herencia de Pietro. Para ser justa, yo tampoco les he llamado.

Matteo apretó los dientes y resopló.

–Al infierno con la justicia. No les debes nada.

–Les debo haber nacido.

Se le encogió el corazón al ver esa rabia protectora en el rostro de Matteo. Quiso acariciársela, quiso volver a sentir esos labios sobre los de ella, lo quería tanto que estaba convirtiéndose en una droga.

Algunas veces, cuando hablaban, vislumbraba otra vez el hombre del que se había enamorado hacía tantos años. El deseo que había sentido por él había sido puro e inocente, un anhelo de estar con él, de que la abrazara.

–Cualquiera puede concebir a un ser –replicó él en voz baja y acercando la cara a la de ella–. Lo hemos demostrado nosotros. Lo que demuestra la persona que eres es lo que haces con ese ser cuando lo has tenido.

Natasha, casi hipnotizada por la intensidad de la mirada de él, también acercó la cara a la de Matteo con un cosquilleo en la piel. Ese deseo no tenía nada de puro y había perdido la inocencia mucho antes de haber perdido la virginidad. En ese momento, el deseo era algo vivo dentro de ella que se nutría con la presencia de él, una batalla que tenía que librar con más fuerza cada día que pasaba.

Lo deseaba, lo anhelaba. No podía soportar la idea de acostarse con él otra vez y que cuando

hubiesen terminado, él se diese la vuelta y maldijera por el espanto de lo que habían hecho. Tenía que contener los sentimientos para mantener la cordura, pero estaba costándole cada vez más.

Sin embargo, tenía que recordarse que no tenían ningún porvenir juntos, aparte de ser los padres de su hijo. Ella ya había pasado por un matrimonio catastrófico y no podía plantearse otra relación, y Matteo tampoco quería una relación con ella más que lo que ella la quería con él. Aunque eso no impedía que la química entre ellos fuese tomando forma, eso no impedía que ella separara los labios y cerrara los ojos cuando sentía su aliento en la piel y olía su olor...

Se sobresaltó y volvió a la realidad cuando las puertas oscilantes que tenían delante se abrieron de golpe. Retrocedió, tragó saliva y consiguió esbozar una sonrisa a los dos enfermeros que pasaron junto a ellos y saludaron ruidosamente a Matteo.

Él se pasó una mano por el pelo corto y moreno y titubeó un instante antes de pasar por la puerta que acababa de abrirse.

—Esta es la zona de quirófanos.

Matteo sacó otra vez la tableta y ella se dio cuenta, a pesar de la neblina que tenía en la cabeza por el beso que casi se habían dado, que él tenía entre las manos toda la información que necesitaba sobre lo que estaba pasando en la clínica.

—Tenemos quirófanos y salas de recuperación, todo lo que podrías esperar de un hospital normal.

Una enfermera, con la vestimenta del quirófano, pasó hablando por teléfono y les saludó con la mano.

—No dejamos nada al azar —siguió Matteo—. La sala siete está vacía. Puedes mirar desde la puerta, pero no vas a poder entrar, nadie puede entrar sin la vestimenta adecuada.

Él abrió la puerta. Natasha miró y se quedó boquiabierta. Era un quirófano de verdad, como los que había visto en la televisión pero más grande y reluciente.

—Tengo que firmar unos documentos en mi despacho y luego iremos a comer. ¿Te gusta la idea de comer en los muelles?

Ella intentó emplear el mismo tono despreocupado que había empleado él, como si no hubiesen estado a punto de besarse en los labios. Intentó fingir que no sentía un hormigueo en los labios y que no se le habían aflojado las extremidades por el anhelo que sentía.

—Mientras una gaviota no quiera comerse mis patatas fritas...

—¿Quieres patatas fritas?

—Sí, una bolsa muy grande de patatas fritas —quería pensar en cualquier cosa menos en las manos de él recorriéndole el cuerpo—. Y un sándwich club también muy grande.

—Entonces, eso será lo que comerás.

Volvieron a la recepción por otro pasillo. La puerta que había al fondo tenía el nombre de Matteo. La abrió y ella entró detrás de él. El despacho, como el resto de la clínica, estaba escrupulosamente limpio.

—¿Recibes aquí a tus clientes?

Ella miró alrededor para no mirarle a él cuando el corazón todavía se le quería salir del pecho.

—Sí, a los que atiendo personalmente.

—¿Operas a mucha gente?

—No a tanta como antes. La empresa ya es tan grande que me absorbe casi todo el tiempo, pero me ocupo de operar lo suficiente para no perder práctica.

Matteo se sentó detrás de la mesa y sacó un montón de papeles de una bandeja.

—No tardaré más de diez minutos. Sírvete un café, hay descafeinado si quieres.

Natasha notaba que él evitaba su mirada tanto como ella evitaba la de él.

–Estoy bien, gracias.

Ella, para no mirarlo, se dedicó a mirar alrededor, a las baldas rebosantes de textos médicos y a las paredes llenas de diplomas. El diploma de la facultad de Medicina todavía llevaba el nombre de Matteo Pellegrini. Titubeó antes de preguntarle algo que sabía que había sido una decisión trascendente en su vida.

–¿Por qué te cambiaste el apellido?

## Capítulo 8

NATASHA vio por el rabillo del ojo que Matteo se quedaba un instante con el bolígrafo en el aire antes de firmar el documento y de dejarlo en otro montón que estaba formando.

–Porque dejé de querer que me conocieran como el hijo de mi padre.

–¿Hasta ese punto llegó?

–No finjas que no lo sabes, *bella*. Estoy seguro de que te han contado todos los detalles.

–¿Te refieres a la discusión que tuvisteis en el entierro de tu hermano?

Él asintió bruscamente con la cabeza y firmó otro documento.

Pietro le había pedido que lo acompañase al entierro de Roberto, y había sido una de las muy pocas veces que le había negado algo que le había pedido, pero se había mantenido en sus trece, le había explicado que no había conocido a Roberto, que iba a ser un entierro muy íntimo y que sería inadecuado que ella estuviese allí.

Pietro no había querido que fuese para apoyarlo, no había visto a Roberto desde hacía años, había querido que fuese por las apariencias. Ella lo había sabido incluso entonces, y pensó que al infierno con las apariencias, que no iba a hacer que Matteo pasara ese trago. A él le habría espantado verla allí, habría conseguido que un día atroz para él fuese peor todavía.

Pensándolo bien, aquella negativa hizo que descubriera que tenía entereza, y lo había hecho por Matteo.

–Sé que los dos tuvisteis una pelea muy acalorada y que te cambiaste el apellido dos semanas después, pero nunca he sabido el motivo de la pelea, aunque di por supuesto que las dos cosas estaban relacionadas.

–¿Diste por supuesto? ¿No se lo preguntaste a Pietro?

–Nunca pregunté nada sobre ti, ni a él ni a nadie. Todo lo que supe de ti fue por conversaciones generales.

Él giró lentamente la cabeza para mirarla y entrecerró los ojos verdes. Ella se encogió de hombros y arrugó un poco los labios antes de hablar.

–Me daba miedo que se dieran cuenta si hablaba de ti.

–¿De qué iban a darse cuenta?

–De la verdad de nuestro pasado.

Y de que lo que sentía por él era mucho más profundo que lo que intentaba sentir por Pietro.

–Al final –añadió ella–, dejó de importar, pero no hablar de ti se había convertido en una costumbre.

Él la miró fijamente durante un rato, como si estuviese intentando entrar en su cabeza. Hasta que suspiró y se pasó una mano por la cara.

–En el entierro, mi padre dijo que debería estar enterrándome a mí, no a Roberto.



Natasha se quedó boquiabierta, sin poder creerse lo que acababa de oír.

—¿De verdad? ¿Te dijo eso?

—Sí.

—Es inconcebible. Lo siento, Matteo. Tuvo que ser por el dolor, no pudo decirlo de verdad.

¿Cómo iba a decirle eso un padre a su hijo? Los padres de ella la habían manipulado y le habían retorcido los sentimientos para salirse con la suya, pero no habían deseado que se muriera.

Algo muy penetrante le atenazó el pecho, como si una zarpa le desgarrara el corazón al imaginarse lo que tendría que haber sido para Matteo enterrar a su adorado hermano y que, acto seguido, su padre le dijera que le gustaría que estuviese muerto.

¿Cómo podía alguien ser tan desalmado?

—Lo dijo de verdad. No me perdonó nunca el incendio, siempre supe que me culpaba de él y lo confirmó en el entierro.

Matteo todavía podía oír las palabras de su padre y podía sentir el salivazo que le había salido de la boca mientras soltaba esas palabras cargadas de odio.

Habían enterrado a Roberto un día soleado y cálido, uno de esos días que le habían encantado a su hermano los primeros ocho años de su vida, y que había rehuido los últimos veinte. Le espantaba que alguien viera las horribles cicatrices que le cubrían el cuerpo. No se miraba en los espejos y no entraba en una habitación que tuviese superficies pulidas donde pudiera reflejarse. Rehuía a cualquiera que no fuese un familiar directo y solo salía de casa por motivos médicos. Había perdido todo el amor por la vida y se había convertido en un eremita.

Matteo se había despedido de su hermano con el corazón henchido porque el último viaje de Roberto sería con un tiempo tan maravilloso, se había aferrado a cualquier cosa para aliviar el dolor que lo dominaba.

Entonces, mientras se retiraba de la tumba, su padre lo había agarrado del brazo y le había soltado todo el veneno que llevaba dentro.

—¡Eso es una sandez! —exclamó Natasha pálida y con los ojos brillantes como si fuese a llorar—. ¿Cómo iba a ser tu culpa?

—Yo estaba cuidándolo cuando sucedió.

—Tenías diez años...

Por algún motivo, la indignación de Natasha daba cierta calidez a ese frío gélido que lo dominaba por dentro siempre que recordaba ese día aterrador.

—Ya sé lo pequeño que era, y he tardado mucho tiempo en aceptar que no tuve la culpa. En el fondo, sabía que mi padre también me culpaba y que por eso estábamos distanciados. Pasé veinte años esperando que me perdonara, siempre esperé que viera lo que estaba haciendo con la medicina y que se sintiera orgulloso de mí, siempre soñé con el día en que me recibiría otra vez en el redil —Matteo dejó escapar una risa amarga—. En el entierro de Roberto constaté que eso no ocurriría nunca.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Cómo podía echarte la culpa? Eras un niño.

Unos lagrimones resplandecieron en sus ojos, eran unas lágrimas por él. Matteo tomó aire.

—Dejaron a un niño tozudo de diez años al cuidado de un niño tozudo de ocho. Mis padres dejaron solos a sus hijos para poder disfrutar de una comida larga y agradable con sus amigos. Perdonarme significaba que él aceptara su parte de culpa en el incendio. Se miente a sí mismo todos y cada uno de los días. Lleva veinticinco años mintiéndose. Preferiría perder a sus dos hijos antes que aceptar su parte de culpa, y si me prefiere muerto, que se pudra. Cuando me dijo lo que me dijo junto a la tumba, algo se aclaró dentro de mí. Roberto ya no estaba y no había nada que me

retuviera allí más tiempo, había desaparecido el último vínculo con mis padres. Decidí que si no era su hijo, que si deseaba que estuviese muerto, él tampoco se merecía que llevara su apellido.

–¿Y tu madre? –preguntó ella con perplejidad y bajando la voz–. ¿No le molestó que te cambiaras de apellido?

–Para mí, mi tía Vanessa era más una madre que mi propia madre, y ni siquiera era de mi familia. Mi madre no era mejor que mi padre. Me dejaba que fuese a ver a Roberto cuando mi padre no estaba en casa por trabajo, pero nunca me defendió ni se empeñó, como podría haber hecho, en que se me permitiera volver a vivir en la casa familiar. Era su hijo mayor y se lavó las manos como hizo él. Ella, como mi padre, me echó la culpa a mí en vez de aceptar su parte de culpa. Por eso acepté el apellido de soltera de mi tía, me pareció lo más indicado.

Natasha derramó lágrimas con los hombros temblorosos. Le tomó la cara con las manos. Lo besó en los labios con fuerza, pero no con pasión, sino con cierta desesperación y mojándole las mejillas con las lágrimas.

Se apartó antes de que él pudiera reaccionar y le dio un puñetazo en el hombro, como si mezclara la rabia con la angustia.

–¿Cómo pudiste renunciar a todo?

–¿Qué...?

Él no entendía ese repentino cambio de conversación y de estado de ánimo.

–Tus sueños –ella se secó con furia las lágrimas que seguían cayéndole por la cara–. Tus planes de hacer cirugía reconstructiva. No parabas de decir que no ibas a renunciar, que solo ibas a reconducir tu carrera profesional, pero sí renunciaste. Renunciaste a todo por lo que habías trabajado. Sé que no habrías podido ayudar a tu hermano quirúrgicamente, pero sí querías ayudar a otros en su misma situación. Lo hiciste. Era vocacional y estabas entregado, nunca fue una cuestión de dinero para ti –Natasha levantó las manos con un gesto para abarcar la lujosa decoración y las vistas increíbles–. Nunca se trató de esto.

Matteo no supo qué le llegó más adentro, si las palabras despectivas o la angustia que dejaban traslucir. Las dos cosas lo dejaron tan atónito como sus lágrimas, pero consiguió dominar el genio.

–Quería ser cirujano y soy cirujano.

–Un cirujano con avión privado, un yate y la casa más cara de todo Miami. Buscaste el dinero. ¿Fue para darle en las narices a tu padre cuando ser el médico más brillante de su generación no era suficiente? Habrías sido muy brillante, lo sé. Lo tenías todo para serlo y lo cambiaste por el dinero.

–No cambié nada por nada –replicó él levantándose y apartando la silla de una patada–. Me partí el lomo, sabes todo lo que trabajé para acabar la facultad y la residencia. Me pasé diez años trabajando tanto que algunos días ni siquiera veía la luz del sol. Jamás eludí la responsabilidad, ni siquiera cuando no podía sentir los pies de todo el tiempo que llevaba de pie o cuando tenía que beber litros de café solo para mantener los ojos abiertos. Efectivamente, busqué el dinero, ¿y qué? Solo un necio no lo habría hecho. Encontré la loción para Roberto, pero era demasiado tarde para él. Sus pulmones maltrechos lo traicionaron. Todo lo que hice fue para él, pero murió. ¿Qué sentido tenía haber trabajado sin parar cuando no tenías nada que mostrar aparte de los diplomas que colgaban de la pared? Esa loción me dio la oportunidad de crear una gama de cuidados para la piel y la aproveché. No tuve reparos. El dinero que gané me permitió abrir mis propias clínicas y eso me dio más dinero todavía. Me he deslomado durante años, ¿por qué no iba a poder sacarle provecho? Jamás había soñado ser tan rico y, efectivamente, me produce una satisfacción inmensa pensar que mi padre lo sabe y que no puede atribuirse ningún mérito porque me borré su apellido.

Se hizo un silencio sepulcral entre los dos.

Durante su vehemente réplica se habían quedado a unos treinta centímetros, tan cerca que Matteo podía ver cómo iba sonrojándose Natasha. Se le habían secado las lágrimas y lo miró fijamente con los ojos muy abiertos hasta que dejaron escapar un destello de dolor y tragó saliva.

–Lo siento –susurró ella–. No debería haber dicho nada de todo eso. No sé qué me ha pasado.

–No pidas perdón por haber dicho la verdad. Puede hacer daño, pero las mentiras siempre son peores, siempre.

Miró las pecas que tenía por encima de la nariz y bajó la cara, acordándose de lo que sintió al besarla. Jamás había sentido esa pasión. Había tenido una serie de mujeres fijas a lo largo de los años, unos paréntesis muy agradables en una vida atareada, un rostro hermoso con el que lo fotografiaban cuando inauguraba una clínica nueva y le servía de publicidad.

Natasha tenía razón y una parte de lo que le había motivado había sido darle en las narices a su padre, había hecho todo lo que había podido para conseguir la fortuna que su padre no había podido conseguir, pero no se había dado cuenta, hasta ese momento, de que había habido algo más que lo había motivado: ella.

Todas las fotos que se había sacado para aparecer en toda la prensa se las había sacado con la imagen de ella en la cabeza. Había estado con él cada minuto de cada día, había vivido en sus subconsciente, ella, la mujer que había tirado por la borda un porvenir que podría haber sido muy especial para los dos a cambio de quedarse con su primo más rico. Solo entonces, años más tarde, se daba cuenta él de que ya no se creía nada de todo eso.

La creía a ella, creía, en lo más profundo de su ser, que Natasha había dicho la verdad cuando había explicado cómo lo había vivido ella. Para ella, nunca se había tratado de dinero.

–No me dijiste la verdad hace siete años –Matteo le pasó el pulgar por el pómulo sin poder dejar de mirarla a los preciosos ojos azules–. ¿Quién sabe cómo habrían sido nuestras vidas si hubieses hablado antes de que fuese demasiado tarde? Quizá nos hubiésemos casado o quizá nos hubiésemos ido separando de una forma natural. No podemos saberlo –se inclinó para poner la punta de la nariz en la de ella–. Vamos a tener un hijo, *bella*. Es posible que no me haya gustado lo que acabas de decir, pero has hablado, has dicho lo que tenías que decir y no te imaginas lo bueno que es eso. Me he pasado demasiados años odiándote y desconfiando de ti, y no quiero volver a sentir algo así. Para bien o para mal, nuestro hijo va a tenernos unidos el resto de nuestras vidas y solo vamos a poder sobrellevarlo si siempre somos sinceros el uno con el otro. Discutiremos y discreparemos, pero tienes que decirme siempre la verdad.

Natasha intentaba mantenerse firme en el suelo y que no le flaquearan las piernas, pero era una batalla que estaba perdiendo. El aliento cálido de Matteo en la cara, el pulgar que le recorría con delicadeza la piel y se la abrasaba, el calor que irradiaba su cuerpo y que percibía ella a pesar de la ropa y que le derretía su rincón más íntimo. Su olor que la llenaba por completo y hacía que quisiera pasarle la nariz por el cuello.

Lo había besado sin pensárselo dos veces, llevada por un impulso incontenible para tocarlo y consolarlo, hasta que la furia se adueñó de ella de repente al darse cuenta de la dirección que había tomado su trayectoria profesional, al darse cuenta de que había traicionado todo para buscar la riqueza. Y en ese momento quería besarla otra vez.

Él, como si pudiera leerle el pensamiento, acercó la boca a la de ella, pero no se la tocó, fue la promesa de un beso.

–Voy a preguntarte una cosa y quiero que seas completamente sincera –susurró él rozándole los labios.

Cierto pánico se mezcló con el deseo compulsivo. A ella también le espantaban las mentiras, no quería volver a decir otra, y menos a él, pero tenía que mantener el aplomo porque había cosas que no podía contar. Aunque él dijera que las mentiras siempre eran peores, algunas veces la verdad podía destrozar una vida.

Sin embargo, ¿cómo iba a pensar con claridad cuando su contacto estaba convirtiéndole la cabeza en algodón de azúcar?

Le bajó la otra mano por la espalda hasta el trasero y la estrechó contra sí. Se le contrajo el abdomen al notar la erección en el vientre. Él siguió moviendo los labios por encima de los de ella, hipnotizándola con la perspectiva de un beso.

—¿Quieres que te suelte?

Ella había tenido los puños cerrados a los costados para no tocarlo también, pero abrió las manos y las llevó a sus caderas.

La mano que estaba acariciándole la mejilla le rodeó la cabeza y le apartó el pelo.

—Dímelo —Matteo le pasó los labios por el cuello—. ¿Quieres que pare?

—Matteo... —consiguió susurrar ella por fin.

—¿Qué, *bella*?

—No pares.

No necesitó nada más. Subió la boca por el cuello hasta que encontró sus labios separados y la besó con tanta avidez que se derritió entre sus brazos.

La mecha volvió a encenderse al instante, el anhelo la abrasó por dentro y perdió el control del deseo que había estado conteniendo por los pelos. Le rodeó la cintura con los brazos, lo agarró con fuerza y le devolvió el beso, introdujo la lengua en su boca y la entrelazó con la de él.

Él la abrazó con la misma fuerza, con una mano entre el pelo y la otra estrechándola contra sí, devorándola como si necesitara los besos de ella más que respirar.

Cuando dejó de besarla y se apartó, ella estuvo a punto de gritar, pero él le tomó la cara entre las manos, le acarició los pómulos con los pulgares y la miró fijamente a los ojos.

—No voy a hacer el amor contigo aquí...

¿El amor? Aunque Natasha sabía que no se refería al amor propiamente dicho, hubo algo que se le desató en el corazón y la dejó sin respiración.

—Entonces, llévame a casa... —consiguió susurrar ella cuando recuperó el aliento.

La vuelta a casa de Matteo fue vista y no vista. Lo que había sido un viaje relativamente corto al centro de la ciudad le pareció que se había reducido a la mitad. Matteo conducía su potente deportivo al límite, sorteaba otros coches con los dientes apretados y concentrado en la carretera que tenía por delante. Solo su mano derecha, que agarraba con fuerza la de ella mientras circulaba por la carretera, demostraba que la tenía presente.

Cuando aparcó en el garaje, después de lo que a ella le habían parecido unos minutos, sacudió la cabeza porque no recordaba nada del trayecto. Solo había podido reproducir el beso en su cabeza. Todavía sentía el hormigueo en los labios y su cuerpo pegado al de ella, como si se hubiese grabado en ella.

Matteo apagó el motor, se inclinó y volvió a besarla. Fue un beso tan profundo y embriagador que hizo que la cabeza le diera vueltas otra vez.

—Estás volviéndome loco —murmuró él sobre sus labios antes de apartarse para bajarse del coche.

Natasha, con las piernas temblorosas, también se bajó. Él apareció inmediatamente a su lado, le tomó una mano y subieron las escaleras del garaje para entrar en la casa vacía.

No había estado nunca allí y siempre había tenido mucha curiosidad por saber lo que encontraría, pero, en ese momento, le daba igual, aunque estuviese subiendo con él la escalera oculta. En ese momento, solo podía ver a Matteo y se negaba a pensar en nada más.

Sin embargo, entraron en su dormitorio y se quedó boquiabierta por la belleza y sencillez. Estaba impoluto, pero no era aséptico. Era enorme, pero no era opresivo y la luz que bañaba las altas paredes le daban un aire tan romántico que ella notó que volvía a derretirse por dentro.

Miró a Matteo y lo encontró con los ojos clavados en ella y con los dientes apretados, como cuando estaba conduciendo. Se acercó a él, le puso una mano en el pecho y miró la cara que había adorado durante tantos años que le parecía que siempre se había ido a la cama con ella en la cabeza.

Él tomó aire y le apartó un mechón de pelo que le tapaba los ojos. Entonces, en ese momento, Natasha se dio cuenta de que nunca había superado el haberlo perdido.

El dolor que sintió cuando oyó que su padre lo había rechazado y había deseado que hubiese sido el hijo muerto le llegó tan dentro como si se lo hubiesen dicho directamente a ella. Todas las decisiones que hubiese tomado Matteo desde que habían soñado con un porvenir juntos, hacía tantos años, no cambiaba que, en esencia, era el mejor hombre que había conocido en su vida. Era el padre de su hijo y no podría haber elegido un hombre mejor aunque le hubieran dado una lista con mil nombres.

¿Eso era el amor o eran las hormonas del embarazo y un caso de lujuria aguda? Fuera lo que fuese, lo necesitaba con tantas ganas que ni siquiera estaba dispuesta a resistirse más, sobre todo, cuando esos ojos verdes también estaban mirándola con un brillo de deseo inconfundible.

Entonces, le rodeó la cintura con un brazo, la estrechó contra sí y volvió a besarla como si pudieran alimentarse solo el uno del otro.

La noche que concibieron a su hijo se acostaron con una pasión fruto del dolor y la rabia, con un anhelo que se había mantenido reprimido durante mucho tiempo y que había estallado con ansias de venganza en cuanto había podido.

Esa vez, Matteo la tomó con sus poderosos brazos para llevarla a la cama. Las llamas había brotado con la misma virulencia que entonces, pero esa vez las acompañaban una sensación de asombro y la certeza de que hacían bien.

La tumbó entre un revoltijo de brazos y piernas, como la otra vez, pero con cariño además de pasión. Cuando la besó, fue con una avidez lenta y moderada que solo se desató cuando le levantó el vestido para quitárselo y le alisó el pelo antes de besarla otra vez.

Natasha, con los dedos entre su pelo corto y rizado, suspiró al sentir los labios de Matteo en el cuello y se estremeció cuando le recorrieron las clavículas.

Él siguió bajando hasta que llegó a los pechos, mucho más abundantes que la otra vez que habían hecho el amor. Los besó por encima del sujetador de encaje, apoyó la barbilla entre los dos y la miró.

–Eres preciosa, ¿lo sabías, *bella*?

Ella tragó saliva y no quiso pensar en todas esas bellezas con las que lo había visto fotografiado a lo largo de los años.

–De verdad –añadió él con una intensidad en la mirada solo comparable a la de su voz–. Nadie puede hacerte sombra.

Matteo vio que la duda se reflejaba en sus ojos y se preguntó qué vería Natasha cuando se

miraba a un espejo. Se acordó de las bromas sobre su físico que había hecho ella en la clínica y, aunque sabía que las había dicho para romper el hechizo que había brotado entre ellos, comprendió que había algo en el fondo. ¿Acaso no veía lo guapa que era? ¿De verdad no se daba cuenta de que se le endurecía la entrepierna solo de oír su voz?

Se incorporó, se bajó la cama y se quitó la camisa y el resto de la ropa sin que ella dejara de mirarlo.

Entonces, cuando estaba desnudo, volvió a la cama y bajó un dedo desde el cuello hasta el elástico de las bragas, y le encantó cómo se estremeció.

Sus reacciones eran tan inocentes que él no llegaba a comprenderlo. Por un lado, eran ardientes, su avidez por él era todo lo evidente que podía desear un hombre, pero por otro lado, en ese momento, miraba a la mujer casi desnuda con la que había soñado durante años y podía llegar a creer que era el primer hombre que la veía así.

La levantó con una mano en la espalda y le quitó el precioso sujetador que le ocultaba los pechos. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró mientras se soltaba la tela de encaje.

La primera vez que hicieron el amor fue a oscuras. En ese momento, podía verla claramente y era más perfecta todavía que lo que se había imaginado. ¿Sus pezones habían sido siempre así de oscuros o el embarazo estaba haciendo milagros en ella? Bajó la cabeza, le tomó uno con la boca y ella dejó escapar otro suspiro.

Como la primera vez, le besó cada centímetro del cuerpo, pero esa vez lo hizo despacio. Quería saborearla, aprender todo lo que pudiera de ella, encontrar los rincones que provocaban los gemidos más sonoros y que hacían que le clavara más la uñas en la piel. Cuando introdujo un dedo por la cinturilla de las bragas, ella se retorció un poco para ayudarle a quitárselas a lo largo de las piernas antes de tirarlas con el resto de ropa que estaba diseminada por el suelo.

Dejó de pensar ante la calidez que se encontró en su zona más femenina y cuando le acarició los delicados vellos y le pasó un pulgar por el centro de su placer, ella abrió los ojos y dejó escapar un gemido. Mantuvo la presión del pulgar e introdujo un dedo en su húmeda calidez. Ella volvió a gemir y arqueó la espalda, con el pelo cayéndole como una cascada sobre la almohada.

Jamás había vivido algo así, podría estar toda la vida haciendo el amor con ella.

Le besó con delicadeza el abdomen ligeramente redondeado, luego fue descendiendo y sustituyó el pulgar por la lengua mientras inhalaba ese olor que embotellaría para llevarlo siempre con él.

Sus leves suspiros de placer fueron siendo más sonoros y susurraba su nombre. Antes de que pudiera terminar lo que había empezado, ella se retorció, se incorporó, se abalanzó sobre él, lo montó a horcajadas con un brazo alrededor de su cuello y lo besó con una voracidad que lo dejó sin respiración.

Entonces, lo besó y acarició por todos lados, como había hecho él con ella, su boca dejó un rastro ardiente por sus hombros, sus brazos, su abdomen, sus muslos, su erección ávida, y a él le hirvió la sangre como nunca se había imaginado que podría hervirle. Además, lo acarició con cierta veneración, como si estuviera explorándolo con asombro en el corazón y dominada por la pasión que los arrastraba a los dos.

Notó que podría abrirse en canal para recibirla en el corazón.

La agarró de la cintura y la tumbó con las piernas de ella alrededor de su cintura. Con los labios pegados, le puso una mano en la espalda y la empujó un poco hasta que la punta de su erección ardiente quedó donde tenía que estar. Entonces, entró despacio, con cariño, hasta que estuvo completamente dentro de su acogedor seno. Estuvo a punto de llegar al clímax en ese instante por todas las sensaciones que se adueñaron de él y tuvo que apretar los dientes para

dominarse. Esperó a estar seguro de que podía controlarse para empezar a moverse.

Sin embargo, cada acometida elevaba la sensación a un nivel inimaginable, cada gemido y jadeo que dejaba escapar ella y cada vez que lo arañaba hacían que se dejara arrastrar por ese éxtasis que era Natasha.

Entonces, cuando los gemidos de ella fueron más profundos y cuando lo agarró con fuerza del trasero, cuando notó que se contraía alrededor de él, dejó escapar un gruñido que le salió de lo más profundo del pecho y entró tan dentro que no supo dónde empezaba uno y acababa el otro.

Cuando las palpitations galopantes se convirtieron en una agradable vibración, se movió un poco para no aplastarla. Ella lo abrazó con fuerza y levantó la cara para ponerla en su cuello.

–Si te arrepientes de lo que acabamos de hacer, dímelo ahora para que pueda prepararme antes de que tenga que mirarte otra vez –susurró ella contra su piel.

Sintió una opresión en el pecho al acordarse de cómo había reaccionado después de haber estado juntos la primera vez y la tomó entre los brazos, se tumbó de espaldas y la arrastró con él.

–Nada de arrepentimientos –susurró él acariciándole el pelo.

¿Cómo iba a arrepentirse? No podía arrepentirse de algo tan especial.

Ella le tomó una mano, se la apretó y le pasó la boca por el pecho con un suspiro.

–Yo tampoco me arrepiento.

–Perfecto –él se llevó su mano a los labios y la besó–. Nada de arrepentimientos.

–Nada de arrepentimientos –repitió ella.

## Capítulo 9

SE quedaron en la cama hasta que el sol empezó a ponerse. Habían hecho el amor otra vez y él le preguntó si tenía hambre justo cuando ella estaba apartándose. A Natasha le gruñó el estómago solo de oír la palabra «hambre» y le recordó que se habían saltado el almuerzo que él le había prometido.

Matteo se rio y se levantó de la cama. Lo que parecía una pared normal y corriente resultó ser un vestidor. Él desapareció dentro y reapareció con unos pantalones cortos de color tostado, se inclinó para darle un beso y le dijo que iba a llamar a un cocinero para que les hiciera algo.

Natasha, encantada de tener un rato para revivir cada maravilloso momento en la cabeza, hundió la cara en la almohada para buscar el olor de él.

La primera vez que hizo el amor con Matteo fue como una explosión que detonó sola. Esa vez había sido...

Había sido increíble. Él había sido muy apasionado y cariñoso a la vez. Había habido una conexión entre los dos que nunca podría explicar con palabras, pero que le llenaba el corazón de esperanza. Sin embargo, ¿esperanza de qué? ¿De un porvenir juntos? ¿De que el bebé y ellos dos formaran una familia?

Se tapó la cabeza con la almohada.

Una tarde increíble en la cama con él no significaba un porvenir, solo daba complicaciones y ya tenía bastantes complicaciones en su vida, aunque eso no evitaba que esperara impacientemente que volviera.

Después de veinte minutos, empezó a preocuparse. Rebuscó el vestido entre la ropa tirada y se lo puso por encima de la cabeza dispuesta a buscarle. Sin embargo, no había salido todavía de la habitación cuando el miedo se adueñó de ella.

¿Habría salido del dormitorio y habría caído en las recriminaciones otra vez? ¿Habría estado esperándolo en la cama mientras él estaba dominado por el arrepentimiento y estaba intentando encontrar la manera de mandarla a la casa de invitados otra vez? ¿Habría estado tumbada en la cama con la sensación de estar sumida en un sueño mientras él había llegado a la conclusión de que estaba sumido en una pesadilla?

Lo encontró en la amplia sala que tanto le gustó la primera vez que la vio. Estaba sentado a la mesa, con las piernas estiradas y hablando por teléfono. Esbozó una sonrisa como si le pidiera disculpas y le tendió una mano.

Ella sintió tal alivio que casi le dio vértigo, a la vez era aterrador.

Le tocó la mano con los dedos, se sentó al lado de Matteo con el corazón desbocado y las manos sudorosas.

Todo había cambiado al haber hecho el amor así.



Él, sin dejar de mirarla, continuó su conversación en un italiano tan rápido que ella no podía seguirlo. Nunca había dominado ese idioma y era otra cosa de las que se arrepentía. Cuando Matteo y ella habían planeado un porvenir juntos, se había imaginado que él le enseñaba su idioma.

Jamás se le había ocurrido pedírselo a Pietro.

Matteo terminó la llamada y dejó el teléfono en la mesa.

–Era Daniele. Quiere volver a Caballeros conmigo a finales de la semana que viene.

Ella cerró los ojos. Se esfumó toda la euforia por haber hecho el amor, que ni siquiera el pánico a que Matteo se hubiese arrepentido había conseguido apagar del todo.

–¿La semana que viene? ¿Iremos luego a Pisa?

–Sí, el viernes que viene. Te alquilaré un avión y nos encontraremos allí. Es más lógico eso que vuelva a Miami para recogerte.

Natasha notó que el pánico quería adueñarse de ella e hizo un esfuerzo para aplacarlo.

–Eso nos da dos semanas para prepararnos. ¿Crees que él sospecha algo de nosotros?

La palabra «nosotros» sonó distinta a todas las veces que la había dicho, esa vez parecía de verdad.

–Daniele se toma las cosas al pie de la letra y lo dudo.

–No llegué a conocerlo tan bien –Natasha consiguió esbozar una sonrisa–. No como conocí a Francesca y a Vanessa.

–Hablas de ellos en pasado –comentó él.

Ella lo miró a los ojos.

–Cuando sepan lo nuestro y que esperamos un hijo, mi relación con ellos será cosa del pasado.

–Sí, y la mía –Matteo lo reconoció como si fuese un suspiro y se inclinó hacia delante, le acarició la cara y la miró a los ojos–. Va a ser doloroso, pero lo sobrellevaremos juntos. No dejaré que te hagan daño.

–No me preocupo por mí.

–Ya lo sé –él acercó la cara a la de ella–. Todo saldrá bien.

La besó en los labios con una delicadeza que alivió algo de la angustia que la atenazaba por dentro por lo que les esperaba y la desolación que iban a causar. Las palabras de Matteo la ayudaban un poco, pero no le evitaban el remordimiento por lo que estaba pasando él y por todo a lo que estaba renunciando por ella.

Se oyó una tos que rompió la tensión del momento.

El cocinero más joven de Matteo entró con una bandeja con dos platos con tapas plateadas.

–Gracias, Leon –dijo Matteo–. Siento haberte estropeado la noche libre.

–No pasa nada. Me quedaré un rato por si necesita algo más.

–Si necesito algo, iré yo a por ello. Toma un par de cientos de la caja y vete por ahí con tu novia.

–¿De verdad? –preguntó Leon con el rostro iluminado.

–De verdad. También toma un taxi y cárgalo a la cuenta de empleados.

Leon se despidió y salió corriendo antes de que Matteo se arrepintiera.

–Has sido muy generoso –comentó Natasha sonriendo otra vez.

–Él estaba dispuesto a renunciar a su noche libre, él es el generoso. Veamos qué tenemos.

Matteo se inclinó sobre la mesa y destapó los platos, que estaban rebosantes con gruesas patatas fritas al estilo inglés y unos hermosos sándwiches club primorosamente presentados.

–Te acuerdas... –susurró ella con deleite.

–Soy como un elefante –Matteo guiñó un ojo–. En más de un sentido. Además, comer aquí en vez de en los muelles te asegura que las gaviotas no te robarán las patatas.

Ella no pudo evitar reírse.

–Así me gusta –comentó él antes de ponerse serio–. Ya sé que va a ser complicado, pero no tiene sentido que nos preocupemos por lo que pasará cuando se lo contemos. No podemos hacer nada y lo afrontaremos cuando llegue el momento.

Natasha comprendió que él tenía razón y tomó su sándwich para darle un mordisco.

–Delicioso –dijo ella cuando ya se había tragado el segundo mordisco.

Efectivamente, estaba delicioso, pero era natural. Él contrataba a cocineros de primera categoría que podían conseguir que un sándwich normal y corriente supiera como si fuese un manjar. Todo lo que tenía él era lo mejor.

Unos minutos después, Matteo ya había devorado su plato y la observaba comer, y ella, como si los ojos de él fuesen imanes, no podía dejar de mirarlo también.

Cuando no pudo más, apartó el plato a un lado y dio un sorbo del zumo que le había servido Matteo.

–¿Has terminado? –le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Quieres un postre?

–¿Sabes cocinar?

–No –él sonrió–. Puedo pedirlo a los restaurantes que llevan comida a domicilio.

–La verdad es que estoy llena –contestó ella entre risas.

El teléfono vibró sobre la resplandeciente superficie de la mesa justo cuando él iba a inclinarse para darle otro beso. Matteo pensó no contestar, pero supo que no podía hacerlo.

Eso era lo que pasaba por tener una empresa que se extendía por todo el mundo, se dijo a sí mismo con cierto cansancio mientras abría el mensaje. Rara vez podía disponer de su tiempo.

Ese día había sido una excepción que debería convertir en habitual. No solía trabajar hasta muy tarde, pero tenía los días rebosantes.

–Es de Francesca. Quiere saber cómo voy con el material y el personal del hospital –Matteo puso los ojos en blanco–. Esperaba que su novio la tuviera un poco distraída y que dejara de dar órdenes a todo el mundo.

Ella sonrió para indicar que sabía que el comentario sobre su prima mandona no tenía malicia.

–¿Y cómo lo llevas? –preguntó Natasha llenándoles los vasos con zumo.

–Ye he pedido casi todo el material, pero no consigo todo el personal que me gustaría.

Matteo había prometido que mandaría a sus propios empleados para que trabajaran durante un mes y pusieran el hospital en marcha mientras ganaban tiempo para encontrar personal médico permanente y formaban a trabajadores de Caballeros para que hicieran el trabajo auxiliar.

–¿Qué vas a hacer?

–No lo sé. Estoy ofreciendo incentivos, pero...

–Nadie quiere trabajar en un país tan peligroso aunque Aguadilla y la República Dominicana están lo bastante cerca como para ir y volver todos los días –acabó ella arrugando la nariz–. ¿De verdad esperabas otra cosa?

–¿Qué quieres decir?

–Tienes médicos y enfermeros que no cuidan enfermos, que no tienen sentido humanitario.

–Mis empleados sí curan –replicó él–. Son profesionales abnegados.

–Son profesionales –concedió ella–, pero si alguna vez tuvieron ideales, los han cambiado por

el dinero. Tus clínicas están hechas a la medida de los inmensamente ricos y tus cirujanos son algunos de los mejor pagados del mundo.

A él le fastidiaba que tuviese razón y que le metiera a él en el mismo saco y que también tuviese razón.

Sus cirujanos, como él, se habían curtido durante largos años como médicos residentes y, como él, habían entrado en la medicina por motivos nobles.

Ella inclinó la cabeza y entrecerró los ojos como si estuviese pensando.

—¿Qué incentivos ofreces? ¿Más dinero, como ha hecho Daniele con los empleados de la construcción?

—Sí. Le he ofrecido doblarles el sueldo.

—Olvídate del dinero. Tienes que ir a por su vanidad.

—¿Qué quieres decir?

Natasha tomó otra patata, ya fría, aunque hacía unos minutos había dicho que estaba llena.

—Diles que habrá muchos medios de comunicación en la inauguración del hospital, como cuando inauguras una clínica nueva, y que tendrán la oportunidad de que los entrevisten y de que el mundo entero los alabará por su sacrificio y humanidad. Me apuesto lo que quieras a que harán lo que sea para ir allí si así pueden salir en la portada de una revista.

Él sacudió la cabeza y tuvo que contener una carcajada.

—No puedo creerme que no se me haya ocurrido a mí.

—Entonces, ¿crees que podría ser un incentivo para ellos? —preguntó ella con cierta incredulidad, como si no hubiese esperado que fuera a aceptar la idea.

—Es una idea muy buena. Tengo muchos contactos en los medios de comunicación. Deberíamos ponernos en contacto con ellos para que vayan creando cierto interés.

—Puedo hacerlo. Le prometí a Francesca que me ocuparía de la publicidad y todavía no he pensado casi nada.

—Te daré una lista, pero te aviso, es una lista larga. Podrías trabajar en mi despacho...

—¿De verdad? —preguntó ella con los ojos muy abiertos—. ¿No te importa que trabaje ahí?

—¿Por qué iba a importarme? La mayoría de mis contactos son del mundo del cine o de la moda y es poco probable que les interese, pero podrían darte otros contactos para que les hables del hospital.

—¿Por qué tienes contactos del mundo de la moda y el cine?

—Porque la gente que viene a mis clínicas y usa mis cremas para la piel suelen ser personas que quieren emular lo que ven en la pasarela o en la pantalla, ya sea comprándose un bolso de quince mil dólares o mejorando el cutis —él vio que ella arrugaba la nariz con disgusto y siguió—. Eso no es lo único que hacemos, aunque comprendo que tú lo creas. Cuando abrí mi primera clínica, me dirigí intencionadamente a ese mercado, pero no nos limitamos a levantar pechos, a alisar barrigas o a cambiar narices por motivos estéticos. También tratamos a supervivientes de cáncer; a mujeres que han sufrido mastectomías y que acuden a nosotros porque saben que les reconstruiremos los pechos y nadie se dará cuenta, a personas que han perdido media nariz por un melanoma maligno; a todo tipo de personas. No todo es vanidad. Aun así, empleo a los mejores, les pago en consonancia y cobro a mis clientes también en consonancia. Hemos crecido deprisa y no hemos ganado la fama de ser los mejores por un motivo, porque somos los mejores en lo que hacemos. Efectivamente, mis empleados tienen unos egos enormes, pero se los han ganado. Trabajan tanto como trabajé yo para ser tan diestros como son y ahora están recogiendo los frutos de toda la dedicación y compromiso que han tenido durante años.

Ella no dejó de mirarlo mientras le explicaba la situación porque ella sentía la necesidad de entenderla. Cuando terminó, esbozó una sonrisa cautelosa.

–Lo siento si he sido crítica.

–No lo sientas –él le tomó una mano y se la besó–. Te lo dije en serio. Sé sincera siempre conmigo, dime siempre la verdad. No sé qué está pasando entre nosotros, ni siquiera sé si alguna vez seremos «nosotros» en el verdadero sentido de la palabra, pero sí sé que tenemos que comprobarlo y ver adónde lleva, por nosotros mismos y por nuestro hijo. Sin embargo, eso no podría pasar si no confiáramos el uno en el otro. Quiero confiar en ti, *bella*.

–Yo confío en ti –reconoció ella con un susurro y esos ojos azules muy abiertos.

A él le pareció captar miedo en sus ojos, pero ¿de qué iba a tener miedo?

–¿Y si no sale bien? –siguió ella en voz baja–. ¿Y si el pasado...?

–Entonces, lo afrontaremos –le interrumpió él–. El pasado, pasado está. Lo que importa es el futuro, nuestro futuro y el de nuestro hijo. Podríamos hacer una lista interminable de cosas que podrían pasar, pero ninguno de los dos sabemos lo que nos traerá el futuro.

Matteo tomó aire sin poder creerse que estuviera pensando eso y manteniendo esa conversación con la mujer a la que, hasta hacía poco tiempo, había despreciado con toda su alma.

Sin embargo, ya no la odiaba y era él quien exigía franqueza y sinceridad total. Tenía que ser sincero consigo mismo y reconocerse que los sentimientos hacia ella lo habían corroído desde el primer día que la vio. Ella había estado siempre con él, de una manera u otra.

–Vayamos día a día.

–¿Día a día?

–Día a día.

Ella se sentó en sus rodillas, lo rodeó con los brazos y lo besó.

Sintió algo delicioso en el abdomen y Natasha tardó un rato en darse cuenta de que no estaba soñando. Abrió los ojos lentamente y vio a Matteo apoyado en un codo que le pasaba los dedos por el abdomen desnudo.

Esbozó una sonrisa sensual y a ella le dio un vuelco el corazón antes de que él se inclinara un poco para rozarle los labios con los suyos.

–¿Qué hora es? –le preguntó ella en tono somnoliento.

El sol había salido, pero la luz que entraba en el dormitorio todavía era tenue.

–Las siete.

–¿No deberías haberte ido?

Tenía todo un día de operaciones en su clínica y luego iba a volar a Los Ángeles para hacer unas entrevistas para encontrar un director general para una de sus tiendas. Le había prometido que volvería a tiempo para sacarla a cenar la noche siguiente.

Sería la primera vez que dormiría sin él desde hacía una semana, desde que empezaron a ser amantes.

Dentro de cuatro días iría a Caballeros y dentro de cinco empezaría el jaleo.

–Sí, debería –él le dio otro beso–. Algo más importante me había captado la atención.

–Ah...

Él le pasó la punta de un dedo por uno de los pechos.

–Estaba mirando los cambios en tu cuerpo por el embarazo.

–¿Y...?

Estaba embarazada de algo menos de tres meses, pero los cambios ya se notaban.

–Son preciosos.

–¿Seguirás pensando lo mismo cuando ande como un pato y esté llena de estrías?

Ella intentó preguntarlo en un tono burlón porque no quería reconocer que le daba miedo que los cambios inevitables fuesen suficientes para que él se desprendiera de ella.

Matteo se puso encima de ella, con la erección justo en la unión de sus muslos, y la miró a los ojos.

–Sean los que sean, los cambios del embarazo solo te harán más hermosa. ¿Sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

–Porque cada estría o todo lo que te pase será la demostración visible de la vida que estás gestando. Además, te diré otra cosa... –él entró en ella y le gruñó al oído–. Sigues siendo la mujer más bella a mis ojos.

## Capítulo 10

SONÓ el teléfono de Natasha y ella, encantada por la distracción, rebuscó en el bolso que había dejado a sus pies.

Matteo iba a despegar dentro de veinte minutos rumbo a Caballeros. Leyó el mensaje y se mordió el labio.

–¿Quién es? –preguntó él sirviéndose una de todas las tostadas que les habían dejado de desayuno.

–Mi madre. Quiere saber si he sabido algo del abogado de Pietro –contestó ella mientras contestaba el mensaje.

–¿Está buscando dinero?

–Seguramente. Va a darles un ataque cuando les diga que no voy a aceptarlo.

–¿Sigues empeñada con eso?

–Más que nunca. Hablé con el abogado y le dije que quiero que vaya a la fundación.

–¿Cuándo lo hiciste?

–Ayer, cuando estabas trabajando.

Matteo había ido a Nueva York para asistir a una reunión que duraba todo el día y, en vez de quedarse en su piso de Manhattan, había volado otras seis horas de vuelta para dormir en casa.

–Lo siento, fue algo impulsivo. No tuve la ocasión de contártelo.

–No soy tu custodio, *bella*. Entonces, ¿quieres que toda la herencia vaya a la fundación?

–Hasta el último céntimo. Cuando pienso en lo que nos ha costado captar la atención de la prensa esta semana y cambiar la opinión de tus empleados sobre trabajar allí, entiendo mejor lo importante que es que la fundación tenga una economía saneada.

Matteo, al día siguiente de que se hiciesen amantes, había llegado a casa con una lista de todos sus contactos y Natasha se la había arrebatado encantada de tener algo que la absorbiera durante todo el tiempo que pasaba sola.

Además, como le había prometido, la instaló en su despacho para que pudiera trabajar. Incluso, le dio la contraseña de su ordenador. Al principio, se había sentido como una intrusa en el despacho y se había acordado del día que volvió de su breve luna de miel, cuando ya sabía que había cometido el mayor error de su vida. Su reciente marido le había dicho que su despacho era terreno vedado para ella. Ella sabía, después de un noviazgo tan largo, que Pietro era muy celoso de su intimidad, pero que le prohibiera entrar en un cuarto de la casa que, en teoría, era su hogar, era una afrenta más. Aunque no se había imaginado que la mayor afrenta estaba por llegar.

Matteo no había hecho nunca que se sintiera un incordio. Jamás había hecho que se sintiera como si estuviese metiéndose en su territorio, vivir con él resultaba natural.

Ella, con más confianza cada día, había hecho las llamadas y, como se había imaginado Matteo,

un hospital que iba a construirse en honor a una persona y en uno de los países más peligrosos del mundo no interesaba gran cosa a sus glamurosos contactos de los medios de comunicación. No obstante, habían sido lo bastante generosos como para orientarla hacia los directores de los medios de comunicación más intelectuales y ellos sí se habían mostrado receptivos a la idea de dar cobertura a la historia, hasta el punto de que Matteo había podido mandar una circular a sus empleados de todo el mundo para contarles qué medios estarían en Caballeros. Como resultado, más de dos docenas de cirujanos y enfermeras se habían ofrecido para pasar un mes allí cuando se inaugurara el hospital. No eran tantos como habían esperado, pero sí serían suficientes.

Le gustaba saber que pasara lo que pasase entre los Pellegrini y ellos, habrían participado en el homenaje a Pietro.

–Eso ya tenías que saberlo...

–La única relación que yo tenía con la fundación era asistir a las recaudaciones de fondos y a las comparecencias de prensa con Pietro.

Ella se había ofrecido para participar más. Si no podía trabajar, había querido poder hacer algo útil, pero Pietro se había opuesto siempre. Su reticencia a que ella trabajara se había extendido a su fundación y ella había tenido que esperar a que estuviesen casados para averiguar por qué no había querido que participara de otra manera que no fuese colgada de su brazo cuando él lo pidiera.

Volvió a guardar el teléfono en el bolso y miró a Matteo. Por primera vez en su vida, vivía con alguien que no le exigía nada o intentaba plegarla a su voluntad. Por primera vez en su vida, vivía con alguien que la trataba de igual a igual y como a una persona independiente. Por primera vez en su vida, vivía con alguien que quería complacerla.

Sin embargo, eso no impidió que el corazón se le acelerara antes de hablar.

–Quería pedirte un favor.

–Claro.

–Ni siquiera sabes qué voy a pedirte...

–Ni falta que hace.

Él se puso detrás de la butaca de ella y la rodeó con los brazos. Ella se dejó caer hacia atrás, hacia él, y pensó lo bien que estaba eso, lo bien que estaban los dos.

–¿Puedo redecorar la casa de invitados?

Él se quedó petrificado. Evidentemente, era lo que menos se había esperado que le pidiera.

–Por favor... Es un espacio precioso, pero está pidiendo a gritos que le den el mismo nivel que a esto.

–¿Y quieres hacerlo...?

–Sí, si me dejas.

–¿Cuánto vas a cobrarme?

–Nada, pero si te gusta cómo queda, puedes recomendarme a tus amigos.

Él se sentó al lado de ella y se sirvió un café solo.

–¿Quieres trabajar?

–Sí. Quiero hacer lo que siempre dije que haría y crear mi empresa de interiorismo.

–¿Por qué de repente...?

–Pareces sorprendido...

Estaba perplejo.

–Que yo sepa, no has trabajado nunca. Creía que te gustaba ser libre.

–Pues no.

Ella sabía que esa idea la había propagado Pietro para justificar que la tuviera atada a él económicamente, y ella, neciamente deseosa de agradarle, lo había permitido.

–Siempre quise ganarme mi dinero, pero nunca tuve la posibilidad. Nuestro bebé nacerá dentro de seis meses y eso me da tiempo para intentarlo. Si no lo hago bien, no pasa nada, pero al menos lo he intentado.

–¿Por qué no tuviste nunca la posibilidad de trabajar?

–Pietro quería que estuviese disponible cuando me necesitara y una vida profesional era incompatible con eso.

La perplejidad desapareció de su rostro y la miró fijamente a los ojos con esa mirada que hacía que se sintiera como si estuviese leyéndole el pensamiento, y, probablemente, eso era lo que estaba haciendo. Hasta que apretó los labios y asintió con la cabeza.

–¿Estás segura? ¿Estás dispuesta a emprender una carrera profesional ahora?

–Sí.

–Entonces, tienes mi apoyo. Adelante, haz lo que quieras con la casa de invitados.

–¿Sin más? ¿No vas a preguntarme lo que quiero hacer o si encaja con la idea que tú tienes?

–Le pedí a Daniele que me hiciera la casa de invitados para conservar la intimidad cuando tuviera invitados viviendo aquí. Aparte, me da igual. Te concederé firma en una de mis cuentas para que puedas gastar lo que necesites y contratar a quien necesites. Asígnate un sueldo también. Ya había estado pensando en darte una asignación...

–Ye te dije que no quiero cobrar y, desde luego, no quiero una asignación.

–Pietro sí te daba una asignación.

–Y hacía que me sintiera como una niña pequeña a la que dan algo de dinero por haberse portado bien.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más unidos estaban y algunas veces se sentía tentada de contarle toda la verdad. Matteo exigía sinceridad por encima de todo y sentía un peso constante en la conciencia al saber que estaba ocultándole algo tan esencial sobre Pietro. Tenía que recordarse por qué lo hacía cuando las dudas que la abrumaban eran excesivas. Solo tenía que recordarse lo devastada que se había sentido cuando supo la verdad, eso bastaba para que se le quitaran las ganas de contárselo. Para ella había sido atroz, pero la verdad sería mil veces peor para Matteo. Él había adorado a Pietro, habían sido como hermanos.

Sin embargo, eso no quería decir que no pudiera ser sincera sobre el resto de su matrimonio. Matteo se merecía al menos eso.

–Antes de que nos casáramos, yo vivía en un piso que compró a su nombre y que nunca fue mío. Estoy harta de tener la sensación de que vivo a costa de los demás. Vivo en tu casa y como tu comida, no he aportado ni un céntimo desde que estoy aquí. Redecorar la casa de invitados sería una manera de contribuir y también me daría la oportunidad de hacer un primer proyecto y de comprobar si tengo todo ese potencial que me decían en la universidad que tenía.

Matteo se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

Pietro no había querido que ella trabajara, le había dado una asignación que había hecho que se sintiera como una niña...

Pietro había sido su primo y mejor amigo, pero él había podido ver sus defectos. Había sido distante y arrogante, con un aire de superioridad por haber sido el hijo mayor de una familia noble y antigua y por haber sabido desde que tuvo uso de razón que todo aquello sería algún día suyo. Sin embargo, precisamente por eso, él había creído que Pietro trataría como a una princesa a la mujer de la que se enamorara.



Él siempre había creído que los sentimientos de Natasha hacia su primo no eran sinceros, que le había atraído el dinero y no el hombre. Le había enfurecido pensar que ella jugaba con los sentimientos de Pietro para beneficiarse, pero también se había dicho a sí mismo que Pietro ya era un hombre mayor, que si Natasha no le hacía feliz, no estaría con ella.

En ese momento, podía comprobar que lo había interpretado todo al revés.

La pregunta que debería haberse hecho a sí mismo era si Pietro había hecho feliz alguna vez a Natasha. ¿Alguna vez había hecho que se sintiera como una princesa? Sintió una punzada en el pecho al sospechar que la respuesta era no.

Matteo se bajó del coche y miró el hospital, y le asombró la diferencia con la visita anterior.

—¿Qué te parece? —le preguntó Daniele con una sonrisa.

Él sacudió la cabeza. La vez anterior estaban excavando los cimientos, pero, en ese momento, se veía un edificio, un hospital inconfundiblemente, con ventanas y cubierta.

—¿Lo ha visto Francesca?

—No *in situ*, pero le he mandado fotos de cada fase.

Mientras hablaba Daniele, un hombre atractivo y grande como un armario se acercó a ellos. Era Felipe Lorenzi, el especialista en seguridad que habían contratado, en un primer momento, para que se ocupara de la seguridad de Francesca en ese país sin ley y que, en ese momento, se ocupaba de la seguridad de los trabajadores de Daniele y, pronto, del servicio médico de Matteo. También era el hombre que había conquistado el corazón de Francesca, con quien se casaría dentro de poco tiempo y así entraría en la familia Pellegrini.

Matteo se preguntó si lo invitarían a la boda o si lo expulsarían de sus vidas como sus padres lo habían expulsado de la de ellos.

Miró el reloj. Natasha estaría embarcando en su vuelo a Pisa. Dentro de unas horas, él tomaría su avión privado y se encontraría allí con ella. Daniele también volvería en su avión privado y ya había querido apostar quién sería el primero en llegar. Su primo no sabía la desolación que iba a caer al día siguiente sobre todos ellos.

Sin embargo, en ese momento, no iba a pensar en eso. Tenía que inspeccionar el hospital y comentar algunos asuntos relacionados con él. Le había robado la esposa a Pietro, pero no le arruinaría también el homenaje.

Francesca Pellegrini bostezó sonoramente y apartó a un lado la caja que había estado llenando. Dentro de dos días se mudaría de Pisa a Roma, a la preciosa casa que había comprado su prometido para que vivieran allí. Sonrió y pensó que él no perdía el tiempo, que cuando Felipe quería algo, estaba dispuesto a mover montañas para conseguirlo.

Decidió descansar un rato, se hizo un café y desbloqueó el teléfono. Uno de sus placeres inconfesables era leer páginas de cotilleo. Daniele y Matteo no lo sabían, pero así se había enterado durante años de sus vidas amorosas. Prefería que creyeran que lo sabía todo.

La historia principal era el último divorcio de Hollywood y como era una entusiasta del cine, le interesaba muchísimo. Sin embargo, una historia que aparecía más abajo captó su atención antes de que pudiera enterarse de los detalles más escabrosos.

Se lo pensó un instante, pero acabó pulsando el enlace.

La historia no tenía mucho texto, consistía, sobre todo, en fotos y los protagonistas estaban

comiendo un helado a la orilla del mar. La cara del hombre estaba en el centro del encuadre y era, sin lugar a dudas, Matteo. Estaba inclinado hacia delante para limpiar el helado de la boca de la mujer que estaba con él, y que tenía casi todo el rostro oculto al objetivo. La segunda foto lo mostraba besando los labios que acababa de limpiar.

Conteniendo la respiración, amplió la primera foto e intentó ver a la mujer con más claridad, aunque el corazón acelerado ya sabía quién era. Podría reconocer en cualquier parte ese pelo color miel, y el pendiente con un diamante en forma de gota que resplandecía al sol de Miami fue la confirmación. Natasha había llevado esos mismos pendientes en el entierro de Pietro.

Miró esas fotos hasta que los ojos le escocieron y se le nublaron y pasó a la acción.

–Daniele... –le saludó ella cuando él contestó la llamada–. Voy a mandarte un enlace. Prepárate, porque no va a gustarte lo que vas a ver.

Matteo no dio por terminada la jornada hasta que estuvo seguro de que habían inspeccionado todo lo que podía inspeccionarse y habían comentado todo lo que podía comentarse.

Daniele se detuvo para contestar el teléfono mientras salían del hospital para quedarse bajo el sol abrasador de Caballeros.

–¿Qué...? –Daniele se apartó el teléfono de la oreja y lo miró con una expresión de perplejidad antes de mirar a Felipe–. Tu novia es la reina del melodrama.

–¿Francesca? –preguntó Felipe con el ceño fruncido.

–¿Tienes otra novia? Hay un enlace y, según ella, tengo que prepararme antes de verlo.

Una sensación de presagio le atenazó las entrañas a Matteo mientras miraba a Daniele, que estaba abriendo el enlace. El presagio se confirmó cuando vio que su primo entrecerraba los ojos y lo miraba fijamente antes de volver a mirar la pantalla.

Solo pudo ver la expresión más sombría y atroz que le había visto a Daniele antes de que lo empujara contra la pared.

Matteo no se había metido nunca en una pelea, pero estaba en forma y tenía unos reflejos que serían la envidia de un boxeador. Se zafó de Daniele por mero instinto de conservación, pero un puñetazo lo alcanzó en la mejilla en cuanto estuvo libre. Devolvió el puñetazo, oyó y notó que se rompía un hueso y encogió el codo para lanzar otro, pero algo parecido a una tenaza le agarró la muñeca y lo inmovilizó.

Era la mano de Felipe.

Habría podido desembarazarse de cualquier otro, pero Felipe había estado en las Fuerzas Especiales y sabía utilizar su cuerpo como arma y como escudo.

–¿Puede saberse a qué estáis jugando los dos? –bramó el novio de Francesca antes de dirigirse a Daniele por encima del hombro–. Si das otro paso, te dejaré fuera de combate.

Daniele estaba quitándose el polvo y miraba a Matteo con odio, sin importarle la sangre que le caía de la nariz.

Matteo, que respiraba con fuerza para que le entrara aire en los pulmones, miró fijamente al hombre que lo había tratado como a un hermano.

–Está esperando un hijo mío.

Daniele retrocedió un paso con la cara desencajada y levantó una mano.

–No digas nada más, no vuelvas a dirigirme la palabra. Ya no eres mi primo, estás muerto para mí.

Matteo y Felipe, que ya lo había soltado, observaron en silencio cómo se alejaba Daniele y se

montaba en el coche que, en teoría, iba a llevarlo al aeropuerto.

Felipe rompió ese silencio al cabo de un buen rato.

–Me ocuparé de que uno de mis hombres nos recoja.

–Gracias –murmuró Matteo–. Tú también deberías volver a Pisa, Francesca va a necesitarte.

Una manaza le dio una palmada en la espalda, como si fuera un gesto para tranquilizarlo, y Felipe también se alejó para hacer la llamada.

Matteo sabía que no se merecía que lo tranquilizaran y se acordó, con una punzada de angustia en las entrañas, de que Natasha estaba volando a Pisa y de que no sabía que ya había detonado la explosión que habían esperado afrontar juntos al día siguiente.

El avión que le había alquilado Matteo no tenía ese toque personal que tenía su avión privado, pero estaba muy bien dotado y la tripulación se desvivía por ella.

Se encontraba tan a gusto que comió algo después de que despegaran y notó que se le cerraban los ojos. Se despertó al cabo de una hora y comprobó que tenía una docena de llamadas perdidas de Matteo, pero ningún mensaje.

Sintió un miedo gélido por dentro.

Lo llamó, pero contestó el buzón de voz y tuvo que esperar una hora, con los nervios de punta, hasta que volvió a sonar su teléfono.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella en cuanto contestó la llamada.

–Sabén lo nuestro.

La conexión era muy mala y las interferencias complicaban la comunicación. Se tapó el otro oído con un dedo para intentar amortiguar el ruido ambiente.

–¿Qué?

–Lo saben. Un paparazi nos sacó unas fotos cuando salimos a almorzar en Miami.

Ella dejó escapar un silbido con la cabeza helada. No podían saberlo así. Era espantoso.

–Natasha...

–Sigo aquí –se oyó el chasquido de una interferencia–. Matteo...

–Atiende –contestó él elevando la voz y en tono firme–. Espérame en el aeropuerto. No vayas a ningún lado. Aterrizaré poco después que tú. Espérame.

Entonces, se cortó la línea. Ella rebuscó por Internet y enseguida encontró las fotos de las que había hablado Matteo. Se habría partido de la risa con el titular si no hubiese creído que iba a vomitar.

*El doctor Bombón le da un tratamiento helado a su nuevo amor.*

No decían su nombre y su rostro no se veía casi, pero cualquiera que la conociera la reconocería. Su familia, la familia de Pietro... Todos sabrían que Matteo estaba limpiando de helado su boca sonriente y que estaba besando sus labios.

Había sabido que sería complicado contárselo a la familia de Pietro, sobre todo, la parte del embarazo, y también había sabido que para ellos sería más complicado todavía oírlo. Lo que menos quería era que creyeran que Matteo y ella se habían metido en una aventura sin tener en cuenta al hombre que acababan de enterrar. Esas fotos... Solo habrían sido peores si las hubiesen sacado con ella bailando encima de la tumba de Pietro.

Si había habido una remota esperanza de perdón, esas fotos la habían aniquilado.

Se habría mordido las uñas como una niña, una costumbre que había tenido hasta que su madre se las había untado con mostaza muy fuerte. Si hubiese estado mordiéndoselas hasta que aterrizaron, no habría quedado ni rastro de ellas.

Habían aterrizado muy temprano, cuando el sol estaba abriéndose paso todavía entre el cielo despejado y muy frío. La diferencia de temperatura, al haber llegado de la agradable calidez de Miami, había sido muy impresionante y se alegró de que Matteo le hubiese recordado que llevara algo de abrigo para ponérselo cuando llegase.

Una vez pasado el control de seguridad, encontró un sitio desde donde podía ver las llegadas y se sentó a esperar.

Él apareció una hora más tarde y ella se levantó tapándose la boca por el espanto.

Impecablemente vestido, como siempre, el traje gris oscuro y el chaquetón de lana no disimulaban el pómulo hinchado y el ojo amoratado. Se abalanzó sobre él, lo abrazó con fuerza y apartó un poco la cabeza para mirarlo con más detenimiento.

—¿Qué pasó?

—Daniele.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho. Notó que él la rodeaba con los brazos y la abrazaba con la misma fuerza.

—Lo siento —susurró Natasha.

—Y yo —él la besó en la cabeza—. ¿Has visto las fotos?

—Sí. No sabía que nos las habían sacado.

—Yo tampoco.

—Pobre, qué cara...

Matteo la soltó y le tomó la cara entre las manos.

—Parece más de lo que es. Creo que yo le he roto la nariz.

Ella giró la cabeza para besarle la palma de la mano.

—¿Qué tal está?

—No le pasará nada.

—¿Qué vamos a hacer?

—De momento, iremos a tu casa a dormir un rato.

Ese había sido el plan desde el principio. Natasha tenía que terminar de embalar sus cosas, hablar con los abogados y hacer todo lo que tenía que hacer para pasar página.

—¿Iremos a verlos más tarde?

—Francesca me ha mandado un mensaje —contestó Matteo con un gesto tenso—. No quieren vernos.

Matteo recordaba que el mensaje había sido claro y categórico y que él había sabido, desde que vio a Natasha pálida con la prueba de embarazo en la mano, que iba a perder a su familia, pero no había sabido cuánto iba a dolerle...

Parpadeó con sorpresa por lo que estaba pensando.

¿Cómo iba a haberlo sabido cuando había conseguido convencerse a sí mismo, durante dos semanas, de que las posibilidades de que él fuera el padre eran casi inexistentes?

Sin embargo, claro que lo sabía, sabía en el fondo de su corazón que era el padre.

La besó en la boca y se frotó la nariz con la de ella.

—Los dos estamos agotados. Veremos mejor las cosas cuando hayamos dormido.

Solo tenerla entre los brazos le aliviaba un poco el dolor.

## Capítulo 11

LA casa tenía un ambiente frío, de casa deshabitada, que Matteo captó en cuanto cerró la puerta. Cruzaron el recibidor y entraron en la sala. El escritorio antiguo del rincón tenía un montón de correo encima.

–¿Qué tal...? –preguntó él pasándole una mano por la espalda a Natasha.

Había visto la expresión de aprensión en su rostro cuando aparcó delante de la casa y, en ese momento, parecía encerrada en sí misma.

Natasha lo miró con una sonrisa un poco sombría.

–Me parece raro estar aquí otra vez.

–¿No es lo que esperabas?

–Es como si no hubiese vivido nunca aquí –Natasha se frotó los brazos y parpadeó como si de repente hubiese salido de la melancolía–. Voy a hacer un chocolate caliente antes de que vayamos a la cama. ¿Quieres uno?

–Me parece muy bien.

Ella fue a la cocina y él se quedó mirando esa habitación espléndida. Recordó que ella le había contado que todo era de Pietro y también recordó haber tenido la impresión de que esa casa reflejaba la personalidad de su primo. Allí no había nada de Natasha. En su casa de Miami... era como si ella se hubiese impregnado en las paredes, encajaba perfectamente.

No encajaba allí y ese no era su sitio. Esa casa era como un museo de antigüedades.

Pasó los dedos por encima del escritorio mientras se preguntaba de qué siglo sería, pero, de repente, se fijó en el matasellos del primer sobre del montón. Lo tomó y lo miró con más detenimiento mientras intentaba entender por qué podía haber una carta dirigida al señor y señora Pellegrini de la mejor clínica de fertilidad de París. El matasellos tenía fecha de dos días antes de la muerte de Pietro y, a juzgar por los sellos y matasellos, la habían reenviado hacía unas semanas desde el piso que tenía Pietro en París.

–Espero que no quisieras azúcar con el chocolate –comentó Natasha mientras entraba en la habitación.

Él se dio la vuelta y la vio con dos tazas humeantes en las manos, que dejó cuidadosamente en unos posavasos que había en la mesita antigua que estaba delante del sofá.

–¿Qué es esto? –preguntó él.

–¿Qué es qué?

Ella tomó el sobre y se quedó inmóvil cuando también vio el matasellos y el nombre de la clínica que lo mandaba.

–¿No vas a abrirlo?

Ella lo miró y palideció con una angustia innegable en los ojos.

–Abre la carta –le ordenó él.

Ella siguió son moverse y la angustia fue dejando paso al miedo. Matteo le arrebató la carta y la rasgó para abrirla. Sacó dos hojas de papel, las desplegó con un gesto brusco y empezó a leer.

Tuvo que leerlas tres veces y, aun así, no pudo entenderlas.

–¿Ibas a recibir un tratamiento de fertilidad?

Ella tragó saliva y separó los labios, pero no emitió sonido.

Él levantó la primera hoja para que la viera.

–Es una carta que confirma una cita en Año Nuevo para que empieces un tratamiento de fertilidad y esto... –Matteo levantó la segunda hoja–. Esto confirma la lista de precios. La carta también confirma que el resultado de la prueba de esperma de Pietro es normal.

Ella siguió sin decir nada con los ojos muy abiertos, con una expresión que él ya conocía. Era la misma expresión que había puesto siempre que le había preguntado sobre la última vez que Pietro y ella habían intimado. Era la misma expresión que ponía siempre que intentaba pensar una respuesta cuando la verdad debería salirle sola.

Se pasó la mano por la cabeza para intentar apaciguar las palpitaciones.

–¿Por qué querías concebir un hijo mediante fecundación *in vitro*? La carta confirma la fertilidad de Pietro y los dos sabemos que eres fértil. Solo estuviste un año casada y Pietro me contó que habíais empezado a intentarlo después de casaros. Es muy poco tiempo para empezar a pensar que podrías tener problemas de fertilidad –Matteo intentó dominarse y resopló. Eso no tenía sentido, ni el más mínimo–. Natasha, tienes que ser sincera conmigo. ¿Por qué una pareja sana y sin problemas de fertilidad, como Pietro y tú, ibais a meteros en el follón que es un tratamiento de fecundación *in vitro*?

Natasha tenía una expresión tan tensa que parecía que iba a reventar.

–No puedo decírtelo –susurró ella sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Si ella se hubiese limitado a decir que estaban muy impacientes y que no habían querido seguir intentándolo sin tratamiento, quizá él se lo hubiese creído. Sin embargo, no lo había dicho y su respuesta había hecho que el alma se le cayera a los pies.

–Si yo significo algo para ti, si nuestro hijo significa algo para ti, tienes que decírmelo, me merezco saber la verdad.

El color que había perdido volvió con violencia y se le enrojecieron las mejillas, pero ella mantuvo una serenidad repentina, como si hubiese decidido dejar de luchar contra las adversidades y afrontarlas.

–Si te lo digo, tú no puedes decírselo a nadie.

–¿Qué?

–Es importante, tienes que prometérmelo.

La luz de alarma se le había encendido y le indicaba que lo dejara así, que no era demasiado tarde para dar por terminada esa conversación e irse a la cama, que no era asunto suyo lo que hubiese pasado en su matrimonio con su primo.

Sin embargo, no podía hacerle caso. Esa sensación machacona sobre su matrimonio había llegado a ser tan apremiante como la luz de alarma y, en ese momento, cuando había forzado la puerta de acceso, solo tenía que empujar un poco para saber toda la verdad.

–Si eso es lo que necesito para que me digas la verdad, de acuerdo, te doy mi palabra.

Ella levantó la barbilla, lo miró directamente a los ojos y se aclaró la garganta.

–Pietro era gay.

El primer impulso de Matteo fue reírse, no pudo evitarlo, le explotó por dentro, hasta que lo

sofocó y se quedó en silencio.

Era imposible, lo había conocido toda su vida, cuarenta y cinco años, y habían sido amigos íntimos, primos, hermanos... Si Pietro había sido gay, la luna era en realidad un trozo de queso.

Natasha no se había movido ni sonreía lo más mínimo. Él dejó de reírse tan bruscamente como había empezado.

–Estás mintiendo.

–No –replicó ella con delicadeza en la voz y en la mirada–. Lo siento, pero el que os mintió a todos vosotros fue él. Era gay.

–No te creo. No sé por qué dices una mentira así, pero...

–No es mentira –le interrumpió ella–. No podíamos tenerlo de una forma natural, él no podía... hacerlo conmigo.

Él dudó cuando oyó que su voz se había entrecortado al decir que no podía hacerlo con ella y al ver la desolación en sus ojos. Sin embargo, no podía ser verdad, él lo habría sabido.

Se sentó en la primera butaca que encontró antes de que le flaquearan las piernas y volvió a pasarse las manos por la cabeza.

–Si Pietro era gay, y no estoy diciendo que te crea, ¿por qué no se lo dijo a nadie? ¿Por qué esa farsa de fingir que era quien no era?

Mientras Matteo notaba que se le desmoronaba el armazón de su vida, Natasha parecía sentirse cada vez más fuerte y casi irradiaba compasión.

–Porque sabía, desde que tuvo uso de razón, que tenía que casarse. Lo llevó dentro toda su vida. Es una de las condiciones del mayorazgo. Sabes lo que dice y lo ha dicho desde hace quinientos años: el primogénito heredará todo el patrimonio si está casado. No podía reconocer su condición y no se la reconoció a sí mismo hasta los veintipocos años. Lo habían criado desde que nació para que fuera el heredero y era una responsabilidad que se tomaba muy en serio.

–¿Y tú lo sabías...?

Ella negó con la cabeza y se dejó caer en una butaca al lado de la de él.

–No lo supe hasta que nos casamos. Él quiso esperar hasta la boda para que estuviéramos juntos físicamente. Yo creí que era anticuado...

–Un momento. ¿No os acostasteis hasta que os casasteis? Fuisteis novios durante seis años.

–Nos besamos, pero nada más.

–¿Y eso no te hizo sospechar?

–Debería, pero, sinceramente, era un alivio –Natasha hizo una mueca de disgusto–. Era un hombre impresionante, pero nunca me sentía atraída por él, al menos, como siempre me sentí por ti. Siempre esperé que algo cambiara dentro de mí cuando llegara el momento. Era virgen y no sabía qué debería estar sintiendo, bueno, tenía una idea, claro, pero... En el fondo, daba igual. Él no pudo –Natasha tomó aire y miró al techo–. Fue doloroso y embarazoso para los dos, pero, sobre todo, para él. Fue el primer fracaso de su vida.

Jamás, durante los siete años anteriores, Matteo se los había imaginado en la cama, pero, en ese momento, podría vomitar.

Su primo, su mejor amigo, le había mentado siempre, y ella también había mentado.

Después de todo lo que habían pasado juntos, ella le había mentado cuando sabía lo importante que era la sinceridad para él, cuando sabía lo mucho que le había costado confiar en ella otra vez.

–¿Por qué no me lo contaste? –le preguntó él en un tono tajante.

Ella lo miró a los ojos con una expresión imperturbable.

–Estaba protegiéndote.

La rabia le bulló como lava en las venas y no pudo hablar siquiera. ¿Había estado protegiéndole? ¿Era esa la excusa que iba a emplear para negar las mentiras?

Ella tomó un cojín y se lo llevó al abdomen como si quisiera amortiguar sus voces a los oídos del bebé.

–Tenía que callarme la verdad, sabía que sería devastadora para ti, para su madre, para sus hermanos... Todos lo adorabais. Francesca lo idolatraba. ¿Qué crees que sentirían si supieran la verdad?

–¿Que no era más que un mentiroso?

–Exactamente. Él les ocultó la parte más importante de sí mismo. Si se enteran ahora... ¿Puedes imaginártelo? Si se enteran de que no había confiado en ellos lo bastante como para contarles la verdad sobre sí mismo... Cuando yo me enteré de la verdad, casi me destrozó. Había renunciado a todo por él. A ti, a tener una profesión, incluso a mis pensamientos. Todo lo que había creído sobre él, todas mis esperanzas de un porvenir, todo quedó destrozado. ¿Cómo iba a hacerles pasar por eso? ¿Cómo iba a hacerle pasar por eso?

Matteo se concentró en respirar y no quiso seguir mirando su cara de farsante. Como decía el dicho, si te engañaban una vez, la culpa era del otro, pero si te engañaba la segunda, la culpa era de uno mismo. Natasha lo había engañado dos veces. Podía perdonarse a sí mismo por la primera, pero debería haber estado preparado para la segunda.

–Contéstame a una cosa –Matteo consiguió dominar la voz por un pelo–. Si Pietro te destrozó, ¿por qué no lo dejaste?

–¿Adónde habría podido ir? ¿Otra vez con mis padres, que eran quienes me habían metido en ese embrollo? No tenía adónde ir, ni dinero ni trabajo. Él se había ocupado de todo eso, incluso, había vendido mi piso para que no pudiera volver allí. Había estado a su entera disposición durante tanto tiempo que no podía ver una salida.

Natasha cerró los ojos. La rabia y el dolor que irradiaba Matteo era tal que le desgarraba el corazón. No podía ser fácil aceptar que el hombre al que había considerado un hermano había sido un mentiroso manipulador y ella había estado intentando protegerlo de todo eso.

–¿Puede saberse por qué aceptaste tener un hijo con él? ¿Por qué aceptaste someterte a algo tan doloroso físicamente como un tratamiento de fecundación *in vitro* si lo odiabas?

–Me ofreció la libertad a cambio de un hijo...

–¿Qué? ¿Y aceptaste?

Ella pudo captar todo el asco en su voz.

–¡No! Matteo, por favor, sé que estás molesto...

–En este momento, me siento muchas cosas, pero no molesto.

–Lo entiendo, de verdad, yo también he pasado por eso. ¿Por qué crees que decidí mantenerlo en secreto? No quería destrozarme el recuerdo que tenías de él, sobre todo, cuando no está para defenderse o explicarse, pero, por favor, déjame que termine.

–Adelante. Termina la justificación de por qué te planteaste siquiera tener un hijo en una relación como esa.

–Pietro necesitó meses para que me lo planteara siquiera. Me prometió muchas cosas; que se divorciaría de mí en cuanto se lo permitiera la ley, que yo tendría la custodia, que me compraría una casa y la pondría a mi nombre para que viviéramos el bebé y yo, todo tipo de promesas.

–¿Y lo creíste después de todas las mentiras que te había contado?

–Las cosas habían cambiado entre nosotros. Una vez sabida la verdad, no había nada más que ocultar. Yo sabía que no tendría más relaciones, ¿cómo iba a confiar en otro hombre después de lo



que me había hecho? Pero, aun sí, quería tener un hijo y al final decidí que no perdería nada por ir a la clínica de fertilidad para enterarme de los pormenores. Eso fue una semana antes de que muriera.

–Entonces, habías decidido seguir adelante.

–No –una oleada de tristeza se adueñó de ella–. Cuando volvimos a Pisa, él estaba muy jactancioso, como si saltara a la vista que yo había aceptado. Me di cuenta de que no había cambiado nada. Todavía creía que podía manipularme, jamás me habría creído sus promesas.

–¿Cómo se lo tomó cuando se lo dijiste?

–No tuve la oportunidad. El huracán asoló Caballeros y él adoptó el papel de entregado a la causa humanitaria, lo que para Pietro significaba trabajar a todas horas en la fundación –ella lo miró y deseó que él la mirara a los ojos–. Yo me alegro, me alegro de que muriera creyendo que íbamos a tener un hijo, me alegro de que muriera feliz.

Matteo, con un suspiro que podría haber sido un gruñido, echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

Ella se levantó de la butaca, se arrodilló al lado de él y le puso las manos en los muslos. Él se limitó a apretar los dientes. Ver ese dolor en su rostro le dolió más de lo que podía expresar.

–Sé que esto no es fácil, pero solo te ocultó una parte de él, nada más. Seguía siendo un gran abogado y muy humanitario. Seguía siendo el hombre con el que jugabas al póquer por la noche con una botella de bourbon. Seguía siendo el hombre que te apoyó y te acogió cuando las cosas fueron tan insoportables en tu casa que te fuiste a vivir con su familia. Por favor, no olvides eso, eso no era mentira.

–No lo defiendas ante mí.

–No lo hago –ella le tomó una mano que había cerrado en un puño–. Era un malnacido manipulador, pero eso no borra las cosas buenas que tenía. Nada es blanco o negro. Era humano y acabé sintiendo lástima por él.

Él soltó una carcajada gutural y amarga.

–Te trató como a una marioneta durante siete años para luego atraparte en una farsa de matrimonio ¿y sentías lástima por él?

–Es verdad, me atrapó, pero él también estaba atrapado. No podía estar con el hombre al que amaba. Se había atrapado a sí mismo con tanto rigor que nunca pudo ser libre de vivir la vida como la naturaleza había querido que la viviera.

Él se soltó el puño de su mano y se llevó los dedos a la frente.

–Yo fui el primero para ti, ¿verdad?

–Sí –contestó ella con un suspiro mientras inclinaba la cabeza.

–Había una parte de mí que lo sabía. Lo noté. Lo sabía, pero no podía creérmelo porque me parecía imposible –se frotó la cabeza con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos–. Tú dejaste que creyera que él podría ser el padre de nuestro hijo.

Matteo abrió los ojos y los clavó en los de ella. Tenían una inflexibilidad gélida que hizo que ella sintiera un escalofrío por todo el cuerpo.

–Lo siento –susurró ella.

–Lo siento... –le imitó él en un tono burlón.

Entonces, se levantó con el rostro crispado y fue hasta la chimenea, donde había una fila de objetos de porcelana inglesa antigua. Los barrió con el brazo y los hizo añicos contra el suelo.

–Sentirlo no arregla las cosas. Has tenido semanas, meses, para decirme la verdad.

–No te he mentado...

–¡Has encubierto sus engaños!

–No, no es verdad.

Ella también se levantó y se agarró a la butaca para sostenerse. Había sabido que él reaccionaría mal, pero era increíblemente doloroso presenciar su angustia.

–Quería decirte la verdad –siguió Natasha–, pero no podía destrozar el recuerdo que tenías de él.

–¡Lo que has destrozado es el recuerdo que tenía de ti! –Matteo, con la lava bulléndole en las venas otra vez, agarró la taza de chocolate y la estrelló contra la pared–. Todo lo que hemos compartido era mentira.

–No es verdad –insistió ella en tono suplicante.

–¡Eras virgen! He vivido con el remordimiento de que hubiésemos hecho el amor el día de su entierro, de que estabas esperando un hijo mío, de lo que eso supondría para mi familia... Has dejado que viviera con ese remordimiento cuando deberías haberme dicho la verdad después de hacerte la prueba de embarazo...

–Tenía que tomar una decisión y tomé la que me pareció acertada. Hice lo que me pareció mejor...

–Lo que te pareció mejor para ti, como has hecho siempre.

–¿Cómo puedes decir eso? Si hubiese hecho lo que me parecía mejor para mí, me habría enfrentado a mis padres, habría dejado a Pietro y me habría casado contigo.

–No te hagas ilusiones –se burló él en tono tenso–. Te habría calado antes. Eres una mentirosa. Eras una mentirosa entonces y lo eres ahora, pero eres demasiado lista como para mentir descaradamente, mientes por omisión porque no tienes carácter para decir la verdad.

Natasha se encogió como si la hubiese abofeteado.

Matteo miró hacia otro lado porque no pudo soportar que su primer impulso hubiese sido abrazarla y pedirle perdón.

¿Cómo había podido ser tan necio de confiar en ella otra vez?

Miró alrededor y vio las paredes de color crema con chorretones de chocolate caliente y el suelo lleno de porcelana en mil pedazos y de docenas de cartas sin abrir. Se quedó sin respiración, como cuando Daniele lo empujó contra la pared del hospital.

Se tambaleó y se apoyó en el escritorio.

–Tienes razón –Natasha rompió el silencio con delicadeza, pero con la cabeza muy alta–. Siempre he sido apocada, siempre me ha parecido que me pasaba algo. Nunca he complacido a mis padres, siempre les he fallado por algo. Ni siquiera sabía hacer una taza de té como Dios manda, siempre era demasiado fuerte o tenía demasiada leche. Me encantaba montar a caballo cuando era pequeña y gané una prueba hípica a los once años, ¿sabes lo que dijeron? No me felicitaron como habrían hecho otros padres, me dijeron que no había mantenido bien la postura sobre el caballo. Esos pequeños detalles eran los que iban minando mi confianza en mí misma. Pietro era un hombre brillante y muy seguro de sí mismo y cuando me comprometí a casarme con él, me sometí a su voluntad, como siempre me había sometido a la de mis padres. Dejé que lo dictara todo porque quería complacerle como siempre había querido complacer a mis padres. Efectivamente, me trató como a una marioneta, pero tengo que reconocer que yo le dejé. Entonces, descubrí que era gay –Natasha tomó aliento como si no pudiese respirar–. ¿Qué decía eso de mí? Era un hombre gay que no sentía el más mínimo deseo por mí, pero que me había elegido para casarse conmigo.

–Te eligió porque eras virgen y no podías compararlo con nadie –intervino Matteo

inexpresivamente.

–Sí. Me doy cuenta ahora. Lo sé gracias a ti –Natasha trago saliva y fue a acercarse a él, pero se paró a mitad de camino–. Eres la única persona que ha hecho que me sintiera válida por ser como soy. Creí que nunca podría volver a confiar en un hombre después de lo que me hizo Pietro, pero ahí estabas tú, donde habías estado siempre, en mi corazón. Tú me estimulas, me escuchas y respetas mis opiniones, tú haces que sienta que podría ser cualquier cosa que quisiera ser. Me permites ser como soy –ella dejó escapar un sonido gutural y una lágrima, pero pareció no darse cuenta–. Ahora me gustaría haberte dicho la verdad sobre Pietro y nuestro matrimonio cuando la prueba de maternidad dio positiva, pero creí, sinceramente, que estaba haciendo lo que tenía que hacer. No estaba mintiendo por omisión. Estaba protegiéndote porque tú querías a Pietro y yo te quería a ti. Te he querido siempre y solo lamento haber tardado tanto tiempo en darme cuenta. Me gustaría poder retroceder en el tiempo y llamarte por teléfono o mandarte un correo o una paloma mensajera para pedirte ayuda cuando Pietro me lo pidió la primera vez. Ojalá hubiese tenido entonces el valor que tengo ahora para haber arreglado el embrollo sin haber pensado que necesitaba tu ayuda. Lamento muchas cosas, pero esa es la que más.

Matteo la escuchó con una opresión en el pecho y sus pies, como si tuvieran voluntad propia, se acercaron a ella. Le acarició una mejilla, le secó la lágrima y acercó la cara a la de ella mirándola a los ojos para que viera y oyera todo lo que tenía que decirle.

–Entiendo que eligieras a Pietro en vez de elegirme a mí. Ahora me doy cuenta de que, a juzgar por tu forma de besarme en el castillo aquella noche, lo que sentías por mí era sincero. Debería haber luchado por ti, no debería haberte dejado a un lado ni haber cortado toda la comunicación entre nosotros. Acepto mi parte de culpa por eso. Me costó vencer la desconfianza y el resentimiento hacia ti durante estos últimos meses, pero lo conseguí y volví a confiar en ti.

Los ojos de ella dejaron escapar un destello de esperanza, pero enseguida dejó paso al miedo, como si ella pudiera ver lo que él pensaba y supiera lo que estaba a punto de decir.

Matteo le pasó un pulgar por los labios y supo que era la última vez que iba a tocárselos.

–Ese fue mi mayor error –siguió él–. No debería haber confiado en ti. He vivido con remordimiento desde la primera vez que estuvimos juntos y tú habrías podido evitarlo, pero has dejado que me creyera muchas mentiras cuando sabes que no soporto las mentiras. Lo único que te he pedido ha sido sinceridad. Sabes cuánto me desprecio a mí mismo por las mentiras que íbamos a decir sobre la concepción de nuestro hijo, ibas a convertirme en un mentiroso cuando, si me hubieses dicho la verdad, podríamos haber encontrado otra manera más aproximada a la verdad. Cuando pienso todo lo que hemos compartido mientras me ocultabas eso, se me revuelve el estómago. Tuviste muchas oportunidades para sincerarte, pero preferiste no hacerlo. Hiciste que confiara en ti otra vez, preferiste que viviera con el remordimiento y que siguiera creyéndome las mentiras hasta que te saqué la verdad.

–Quería contártelo, pero no podía... –susurró ella.

–Da igual lo que quisieras, lo que cuenta es lo que hiciste. Los hechos. Dices que me amas, pero tengo que decirte, *bella*, que si me dijeras que el cielo es azul, yo saldría afuera para comprobarlo. No volveré a crearme ni una sola palabra que salga de tus preciosos labios. Se ha demostrado que acerté al hacer caso de mi intuición y corté toda comunicación contigo cuando aceptaste la petición de Pietro.

Natasha derramó más lágrimas que fueron cayendo sobre su pulgar.

–Había llegado a pensar que iba a pedirte que te casaras conmigo en el futuro, pero, en este momento, preferiría casarme con Medusa antes que pasar un minuto más contigo. Medusa

convertía a los hombres en piedras, pero tú has hecho lo mismo con mi corazón.

—No lo dices de verdad —replicó ella con una voz casi inaudible.

—Claro que lo digo de verdad. El único contacto que quiero contigo es el que tengamos que tener por nuestro hijo.

Retiró las manos de su cara, se dio la vuelta sin poder mirarla ni un segundo más y fue hacia la puerta. Él ya había salido, pero ella lo alcanzó, lo agarró del brazo y le obligó a que se diera la vuelta.

—¿Vas a marcharte sin más?

Se había secado las lágrimas que le habían caído como una cascada, pero los ojos seguían brillándole, aunque ya no derramaba las lágrimas.

—¿No me has entendido? ¿No me he explicado con bastante claridad?

—Te has explicado muy bien, pero eso significa que puedes marcharte sin más. Ya sé que lo he estropeado todo, pero podemos arreglarlo, lo que tenemos es demasiado especial como para...

—No, *bella*, lo que teníamos era especial, pero era mentira, como tu matrimonio.

—No, no era mentira y no puedes fingir que lo era. No te conté lo de Pietro, pero tampoco te mentí. Todo lo que compartimos fue real y lo sabes. Te amo y sé que tú también sientes algo por mí.

Se le escapó una lágrima, pero no se arrugó. Siguió agarrándolo del brazo con los ojos clavados en él.

—Matteo, por favor, no te marches así. No nos abandones.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieto. Natasha era la mayor mentirosa que había conocido, ¿cómo iba a volver a creerse cualquier cosa que dijera o hiciera?

—¿Nos...?

—Vamos a tener un hijo...

—¿Crees que abandonaría a nuestro hijo? Voy a dejártelo muy claro. Te dejo a ti, no a nuestro hijo. Deberías saber mejor que nadie que nunca abandonaría a mi hijo, que nunca haría lo que mis padres me hicieron a mí.

—Entonces, quédate, pelea. Sé que en estos momentos me odias, pero podemos arreglarlo con un poco de tiempo. Estamos muy bien juntos, y nuestro hijo se merece tenernos a los dos.

—Estoy de acuerdo —él fue soltándole los dedos que lo agarraban del brazo y bajó la cara para acercarla a la de ella—. Nuestro hijo nos tendrá a los dos, pero no juntos. No volveré a confiar en ti nunca más y tú y yo no tenemos nada sin esa confianza.

Le soltó los dedos y bajó los escalones que daban al sendero donde estaba el coche.

—Me dejaste una vez sin luchar, ¿de verdad vas a volver a hacer lo mismo? —preguntó ella en un tono que hizo que él se parara.

Matteo tomó aire y pulsó el mando a distancia.

—Dices que me falta carácter, pero a ti sí que te falta carácter si dejas que se acabe algo tan especial como esto.

Él abrió la puerta.

—Vete —el tono de ella se hizo inflexible—, pero si te marchas, se acabó. Si te marchas, solo podrás volver por nuestro hijo porque yo no voy a esperarte. Si tienes tan poco carácter que no puedes quedarte a pelear por nosotros, yo no voy a dejar mi vida en suspenso por ti. Si te marchas, tú y yo hemos acabado para siempre.

Él se montó en el coche y puso el motor en marcha. Completamente insensible, arrancó y miró por el retrovisor antes de girar en la esquina. La calle estaba vacía.

## Capítulo 12

EL teléfono empezó a vibrar y Natasha lo agarró. Vio que era su padre y no contestó la llamada. Iba a tirarlo otra vez a la mesa, pero se contuvo y tomó aire.

No podía eludir a sus padres toda la vida. Le habían dejado más de una docena de mensajes entre los dos. Si no contestaba, tomarían un avión a Pisa y se presentarían en la puerta de su casa.

Intentó concentrarse en lo que tenía que decirles y redactó un breve mensaje para confirmarles que estaba esperando un hijo y que Matteo Manaserro era el padre, no su difunto marido; que no iba a casarse con Matteo y que, efectivamente, no iba a quedarse ni con un céntimo del patrimonio de Pietro.

Una vez mandado el mensaje, dejó escapar un suspiro de alivio.

Hiciera lo que hiciese, a ellos les parecería mal. Se había pasado veinticinco años intentando agradarlos y por fin había aceptado que no lo conseguiría nunca, por fin le daba igual no volver a intentarlo. Se preguntó vagamente si tendrían el valor de ponerse en contacto con Matteo para pedirle dinero. Si lo hacían, podía imaginarse el recibimiento que iban a tener.

El teléfono volvió a vibrar. Esa vez era uno de los periodistas con los que se había puesto en contacto para dar a conocer el hospital que iba a construirse en Caballeros en homenaje a Pietro. No contestó y quiso apagar el teléfono. Las únicas personas de las que quería saber algo eran las únicas que no se habían puesto en contacto.

Le gustaría que la llamaran aunque solo fuera para gritarles y ponerles verdes. El silencio era insoportable. Ni Francesca ni Vanessa contestaban sus llamadas. Había ido a la villa de Vanessa, pero la empleada doméstica no le había permitido el paso.

Su aventura con Matteo estaba en los titulares de la prensa de toda Italia. Que la viuda del gran Pietro Pellegrini cayera en brazos de su primo, igual de rico y famoso, era una historia demasiado jugosa como para pasarla por alto. Aunque, por una vez, la suerte había estado de su lado. No habían sabido su identidad hasta al día siguiente de que se hubiese mudado a su casa nueva. Ya habían pasado tres semanas y la prensa no había localizado todavía ni a su casa ni a ella.

Dos días después de que Matteo hubiese salido de su vida, había recorrido las calles de Pisa buscando un trabajo y un sitio barato donde vivir. No había querido quedarse en casa de Pietro ni un día más de lo imprescindible. Era lo que necesitaba para seguir adelante. Tenía que pensar en un bebé y no iba a quedarse llorando y lamentándose. ¿Qué ejemplo sería ese? La única manera de mejorar su situación era tomar las riendas y empezar como pensaba seguir.

Encontró un empleo en una cafetería al cabo de una hora. No había tenido la misma suerte con la vivienda barata, pero el problema se había resuelto él solo cuando llegó a casa y se encontró que habían metido una nota y un juego de llaves por debajo de la puerta.

Había sido Matteo.

En dos días, había comprado una casa para que viviera. La nota le había dejado muy claro que lo hacía por el bebé, no por ella. Cuando naciera el bebé, pondría las escrituras a su nombre. También había dado instrucciones para que empezaran inmediatamente a hacerle los pagos periódicos por manutención.

Su orgullo había querido tirarle la casa y la manutención a la cara, pero se había contenido. Su hijo se merecía vivir en un sitio decente. Su nuevo trabajo le permitiría salir adelante hasta que el bebé hubiese nacido. No se gastaría ni un céntimo del dinero de la manutención en sí misma, pero su hijo tenía un padre rico y no sería justo que no se aprovechara por el orgullo de ella. Aun así, no aceptaría nada de él en beneficio propio.

Se había encallecido. Si ella era tan prescindible que podía dejarla sin pensárselo dos veces, por segunda vez, entonces, él no se merecía sus lágrimas. Sin embargo, no podía hacer nada para que no la visitara todas las noches en sueños, y tampoco pensaba darle más vueltas. Tenía que mantenerse sana, física y emocionalmente, por el bien de su hijo. El bebé era el único motivo que tenían para comunicarse; unos mensajes escuetos sobre citas, ecografías y la salud de ella. Sabía que no volvería a verlo hasta la próxima ecografía, en Año Nuevo. Se repetía machaconamente que eso le parecía muy bien.

No obstante, estaban Francesca y Vanessa. Matteo había mantenido la promesa y se había callado la verdad sobre Pietro, al menos, les había ahorrado ese trago.

Se había preparado para esa reacción, pero, aun así, le dolía. Había esperado, remotamente, que quizá la perdonaran. Además, seguía rezando para que lo hicieran.

También esperaba que llegaran a perdonar a Matteo, y se regañó a sí misma por haber pensando en él otra vez.

En ese momento, mientras miraba a la calle desde el comedor de la casa que él le había comprado y veía las luces de Navidad de la casa de enfrente, de la primera Navidad que iba a pasar sola en su vida, tenía que recordarse una y otra vez por qué era para bien que hubiese perdido a todo el mundo que quería.

Matteo rebuscó en el minibar de la suite del hotel, pero no pudo encontrar la marca de su bourbon preferido. Iba a llamar al servicio de habitaciones cuando oyó que llamaban a la puerta.

Se preguntó quién podría llamar a esas horas de la noche y cruzó la sala de la suite para llegar a la puerta. Si el alcohol que había bebido esa noche hubiese tenido el efecto deseado, ya estaría dormido.

Había bebido toda la noche en el restaurante al que había llevado a los empleados de su clínica en Florencia para celebrar la fiesta anual de Navidad. Había pensado cancelarla, pero habría sido un golpe muy fuerte para la moral. Al día siguiente, Nochebuena, volaría a Nueva York y fingiría que disfrutaba pasando solo las fiestas en su piso.

Ni siquiera podía plantearse la posibilidad de pasar la Navidad en Miami.

Estaba harto de viajar, estaba harto de que todos los sitios que visitaba le recordaran en algún sentido a Natasha, hasta los países que no tenían la más mínima relación con ella. Estaba harto de que lo paparazis lo siguieran por todos lados.

Había pasado de utilizar a la prensa sin el más mínimo reparo para promover su empresa a querer eliminar de la faz de la tierra hasta el último periodista o paparazi.

Ojalá hubiese tenido la suerte de eliminar de su agenda Florencia. Natasha estaba a unos setenta kilómetros y saberlo hacía que le costara más borrarla de la cabeza. Esa era la ciudad donde ella

se hizo la ecografía y donde él se enteró de que iba a ser padre.

Él, sin embargo, lo había sabido por intuición, le recordaba insistentemente la conciencia. Lo había sabido desde el momento en que ella apareció pálida y con el resultado positivo de la prueba de embarazo, pero se había negado a reconocerlo por miedo a lo que podría implicar la verdad.

Miró por la mirilla y retrocedió un paso sin poder creérselo. Era posible que el alcohol hubiera dado mejor resultado que el que se había imaginado.

Volvió a mirar y vio a su prima Francesca con su novio Felipe.

Aparte de la llamada telefónica en la que lo llamó de todo, Francesca lo había eliminado de su vida, como también habían hecho Daniele y Vanessa. ¿Acaso su impulsiva prima había convencido a su novio para que le diera una paliza?

Tomó aire y entreabrió la puerta unos centímetros.

No patearon ni aporrearon la puerta y tampoco vio el resentimiento esperado en el rostro de Francesca. Es más, esbozó una sonrisa titubeante al cabo de unos segundos de silencio.

–¿Podemos entrar?

Él abrió la puerta para dejarlos pasar y se preparó para recibir un puñetazo en las costillas. Sin embargo, vio que ella tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó él con preocupación.

–¿No has visto las noticias? –preguntó ella mientras Felipe cerraba la puerta.

–He evitado los medios de comunicación.

Ni periódicos ni revistas ni Internet. No le hacía falta saber lo que opinaba el mundo de él. No podía tener una opinión peor que la que tenía de sí mismo. Una opinión que había ido empeorando, aunque no entendía por qué.

Ella parpadeó para contener las lágrimas y le dio un periódico que había llevado debajo del brazo. Él lo tomó y supo lo que iba a decir antes de abrirlo, y su intuición acertó.

El secreto de Pietro ya no era un secreto.

–Traeré algo de beber –comentó Felipe mientras Francesca se dejaba caer en la butaca más cercana y se secaba una lágrima.

–¿Es verdad? –le preguntó su prima.

Francesca casi le suplicaba con la mirada que lo negara, que le dijera que Alberto, la mano derecha de Pietro en la fundación, el hombre que ahora sostenía que había sido su amante secreto durante más de diez años, era un mentiroso.

Él recordaba vagamente que Natasha le había dicho que Pietro no había podido estar con el hombre que amaba. En aquel momento, la cabeza había estado dándole tantas vueltas por la magnitud de todo lo que le había contado que no asimiló eso.

Se sentó enfrente de Francesca y deseó no tener que confirmar algo que iba a desgarrarle el corazón, pero asintió con la cabeza.

–¿Cómo?

–Me lo contó Natasha –contestó él, aunque le dolía solo decir su nombre.

Francesca se quedó pálida y Felipe apareció a su lado. Ella tomó la copa que tenía él en una mano y la vació de un sorbo sin mirar ni preguntar lo que contenía. Puso cara de que le había abrasado la garganta y resopló con fuerza.

–Dios mío... Pobre Natasha. Ella lo sabía –Francesca empezó a llorar a raudales–. ¿Por qué no nos lo contó? ¿Cómo pudo mantener en secreto algo así? ¿Creía él que no le querríamos o no nos

quería lo bastante como para decírnoslo? ¿No confiaba en nosotros?

Se abrazó a Felipe, quien ya le había dado la copa de whisky a Matteo, y los dos se sentaron en una butaca con ella sollozando sobre su pecho.

Felipe lo miró fijamente con una expresión que le advertía para que no dijera mentiras, y él no pensaba decir ni la más mínima mentira. De repente, se dio cuenta de que la promesa que le había hecho a Natasha hacía que también fuese un mentiroso por omisión.

Habría mantenido ese secreto sin haber hecho la promesa.

Si Alberto no hubiese contado la historia, se habría llevado el secreto de Pietro a la tumba y no por él, por Francesca y Vanessa, como habría hecho Natasha.

\* \* \*

Unas horas después, cuando Francesca y Felipe ya se habían marchado, Matteo se dejó caer en la butaca de la suite y miró fijamente la mullida moqueta. Jamás había estado tan destrozado en todos los sentidos, pero no tenía la cabeza llena con la conversación sobre todos los secretos y mentiras, la tenía llena con Natasha.

No lo había abandonado ni un minuto desde que la dejó, pero al decir su nombre en voz alta se le había abierto una compuerta en la cabeza y solo podía pensar en ella, no podía contener las ganas apremiantes de llamarla.

Ya le había pasado antes, cuando murió Roberto también sintió la necesidad de oír esa voz que, como un bálsamo, siempre conseguía que se sintiera mejor. Se había metido en el mundo de la medicina para curar a los demás, pero en Natasha había encontrado a la única persona que podía curarlo a él.

Se pasó una mano por la cara e intentó respirar.

Le había parecido que todo era muy claro, pero no lo era. Había estado rodeado de niebla y la niebla estaba disipándose en ese momento, estaba viendo toda su vida como si fuese un vídeo en su cabeza. La feliz infancia temprana que se hacía mil pedazos por el incendio, la desafección de sus padres, el remordimiento por su hermano que no se mitigó hasta que encontró a la única persona especial en su vida, a la mujer que creyó plenamente en él y por la que no luchó.

¿Por qué hizo eso?

La película siguió. El título de cirujano, la vergüenza de su hermano por las cicatrices y su negativa a salir de casa, la muerte de su hermano, las palabras devastadoras de su padre, el cambio de apellido para hacerle daño, la creación de su imperio, el éxito vacío, la muerte de Pietro, la concepción de su hijo, todo se amalgamaba con el delicado resplandor de la mujer que había permitido que entrara otra vez en su corazón, la mujer que le había borrado el remordimiento y le había arreglado todo lo que tenía roto sin que él se diese cuenta siquiera.

Pensó en Pietro y Alberto, que tuvieron que ocultar y negar su amor. Aunque Pietro hubiese encontrado el valor que necesitaba para ser franco y para alcanzar esa felicidad que podría haber sido suya, la muerte le había privado de ella.

Fue como un puñetazo en la boca del estómago. Qué había hecho, lo que habían hecho su orgullo y su corazón aterrado...

Él también tenía la oportunidad de ser feliz.

Natasha le había abierto el corazón y él se lo había machacado en vez de abrazarlo. Ella no le había convertido el corazón en piedra, ella se lo había abierto y se había metido dentro, pero él se lo había arrojado a la cara sin miramientos.



Natasha encendió la luz de la cocina y llenó el hervidor de agua. Faltaba una hora para que empezara el primer turno de la cafetería y tenía que despejarse.

Solo llevaba unas semanas en el trabajo y ya le encantaba. En ese momento, era perfecto para ella. Cuando hubiese nacido el bebé, pensaba intentar ser diseñadora de interiores, pero, en ese momento, eso era lo que necesitaba. Le daba la posibilidad de estar con gente. Le gustaba ver a la gente que entraba con montones de regalos para sus seres queridos. Le gustaban las sonrisas, las conversaciones triviales en su italiano titubeante que había mejorado un montón durante las últimas semanas. Le gustaba el anonimato; si alguien creía haberla reconocido por algún reportaje, lo atribuiría a un parecido asombroso. Le gustaba el constante olor a café recién hecho. Le gustaba todo, pero, sobre todo, le gustaba tener la tranquilidad de que no estaba sola en el mundo, de que había un mundo más allá de sus padres, los Pellegrini, Matteo...

Parpadeó para borrar su imagen, tomó una taza y se dio cuenta de que el teléfono, que había dejado toda la noche en la encimera, estaba destellando. Sin dar crédito a lo que estaba viendo, comprobó que tenía treinta y cinco llamadas perdidas, cuarenta y nueve mensajes de texto y más de cien correos electrónicos nuevos.

¿Podía saberse qué estaba pasando?

Ojeó las llamadas perdidas, pero no conocía ningún número. Le pasó lo mismo con los mensajes de texto, hasta que dio con uno de Alberto, y lo que leyó la dejó tambaleándose.

*Siento que haya tenido que ser así, pero no podía permitir que siguieran pisoteando tu reputación. Perdóname por el daño que te haya causado.*

Se recogió el pelo en la nuca e intentó dominar la respiración. Se había olvidado de los medios de comunicación desde que su nombre salió a la luz, pero le bastó echar una ojeada por Internet para saber por qué se había disculpado, y resultó que lo que leyó no le sorprendió. Una vez, Pietro, algo bebido, le confesó que había un gran amor en su vida, pero no le había dicho el nombre.

Encajaba con la sensación de lástima que había captado en los ojos de Alberto cuando había hablado con ella a lo largo de aquellos años. Encajaba con su lastimero «lo siento» cuando la abrazó al despedirse de ella en el velatorio.

Alberto... ¿Qué había hecho?

El remordimiento por cómo la habían tratado Pietro y él le había llevado a sacarlo todo a la luz y todo el mundo ya lo sabía todo. Francesca y Vanessa también tenían que saberlo.

Dejó el teléfono en la mesa con la mirada borrosa y el corazón triste. No quería leer nada más. Tampoco quería sentir que si pudiese ir rebotando por todos los satélites que le mandaban esas llamadas y mensajes acabaría encontrando a Matteo y él conseguiría que todo fuese mucho mejor.

Matteo había tomado una decisión y había elegido vivir sin ella.

Entonces, las lágrimas que había contenido durante más de tres semanas volvieron a caer sin reparos y apoyó la cabeza en la mesa, lloraba por el amor que había perdido ella, por el amor que su marido no había podido disfrutar abiertamente, por todos los corazones que estarían desgarrándose...

Oyó que llamaban a la puerta principal y dejó de llorar. No había ido nadie a visitarla desde que se mudó allí.

## Capítulo 13

NATASHA fue hacia la puerta con aprensión, quitó la cadena del pestillo y entreabrió la puerta.

Vio a Matteo con una fina capa de nieve en el pelo moreno y el largo abrigo.

Abrió más la puerta y nadie dijo nada durante un buen rato. Solo podía oír los latidos enloquecidos de su corazón. Solo podía verlo a él, tan disparatadamente guapo como la última vez que lo vio. Sin embargo, se dio cuenta de que tenía los ojos inyectados en sangre y de que necesitaba un afeitado.

Consiguió contener la mano antes de que le acariciara la cara.

Con las mejillas acaloradas al acordarse de que cedió a ese mismo impulso la noche que se presentó en su casa y acabaron concibiendo su hijo, y de que, hacía menos, él lo había repelido todo, se dio media vuelta y se fue a la cocina.

–¿Qué quieres? –le preguntó intentando dominarse.

Le gustaría pegarle un puñetazo, pero no podía olvidarse de que el bebé que estaba gestando era su hijo.

–Cerciorarme de que estás bien. ¿Has visto las noticias?

–Sí.

Natasha se sentó a la mesa y lo miró, pero no le invitó a que se sentara. Hacía un esfuerzo para no inmutarse, para que no se le notara el torbellino de sentimientos que se había adueñado de ella al volver a verlo.

–¿Puedo sentarme?

–Sí quieres...

Tomó la silla que estaba en el extremo opuesto de la mesa, se sentó al lado de ella y se frotó las sienes.

–Te acostaste tarde, ¿eh? –le preguntó ella con toda la indiferencia que pudo.

–No me he acostado todavía.

–¿Has salido de juerga?

–No –él suspiró–. ¿Te importa si me hago un café?

–No.

–¿Dónde está? –preguntó él levantándose.

–No tengo. Tengo té sin teína o alguna tisana. Adelante...

–No vas a facilitarme las cosas, ¿verdad?

–¿Facilitarte qué cosas? Dime a qué has venido y luego puedes irte con viento fresco. Hay una cafetería a la vuelta de la esquina y pueden hacerte un café.

Matteo había sabido que la visita a Natasha iba a ser complicada. Después de cómo habían roto, no había esperado que ella le pusiera las cosas fáciles y tampoco podía reprochárselo. Ella

le había abierto el corazón y él la había dejado abandonada.

–No me he acostado porque me he pasado toda la noche hablando con Francesca.

–¿Francesca...? ¿La has visto?

Él asintió con la cabeza y el gesto inflexible de su precioso rostro se ablandó un poco.

–¿Qué tal está? ¿Lo sabe?

–Sí –Matteo cerró los ojos–. Está devastada, como dijiste que le pasaría.

–¿Y Vanessa?

–No la he visto todavía, pero Francesca y Felipe vinieron a verme después de haber estado con ella –él se tragó la bilis que se le había amontonado en la garganta–. Está mal. Fueron a su villa después de haber estado conmigo.

–¿Y Daniele?

–No lo sé, pero podría estar con ellos. Me imagino que no estará mejor.

Ella se tapó la cara con las manos y las levantó para introducir las entre el pelo.

–Deben de estar pasando un infierno.

¿Qué podía decir él? Todo lo que había predicho Natasha, se había hecho realidad. Había sabido que la verdad los desgarraría y eso era lo que había pasado.

El hombre al que habían querido e idolatrado toda la vida no solo les había mentido sobre su sexualidad, sino que la confesión de Alberto también había revelado la verdad sobre su matrimonio. Sabían que su hijo o hermano había mentido al casarse con Natasha para heredar el patrimonio que tanto anhelaba.

Todas sus ilusiones se habían desvanecido.

Matteo, para su propia sorpresa, se había encontrado defendiendo a Pietro ante Francesca.

–Recuerda cómo se portaba contigo –le había pedido él–. Recuerda a ese hermano que siempre estaba dispuesto a darte un consejo y que siempre te animó a que cumplieras tus sueños cuando tus padres te habían preparado una vida distinta. No todo es blanco o negro. Él era humano y te quería.

Se había parecido tanto a lo que le había dicho Natasha para intentar consolarlo que casi se asfixió al decirlo.

Natasha se había guardado aquella mentira para proteger a quienes quería cuando, en realidad, ella había sido la más afectada. Pietro había mentido a su familia, efectivamente, pero a Natasha le había mentido, la había utilizado y la había degradado durante siete años sin el más mínimo reparo. Él podría haberle perdonado que no le contara la verdad sobre su sexualidad, incluso, visto con perspectiva, podía entender por qué le había parecido que tenía que ocultarla, pero jamás podría perdonarle lo que le había hecho a Natasha, le había robado la vida y él, Matteo, la había condenado por ello.

Se levantó y se arrodilló delante de ella, y entonces se fijó en la delicada bata blanca que llevaba puesta. Estaba distinta a la última vez que la había visto, más... rellena. Parecía una mujer en el punto más álgido del embarazo.

Lo que no podía saber era si le permitiría estar allí para presenciar los vertiginosos cambios que se avecinaban. Ya no era la Natasha que había vivido toda su vida con el único deseo de complacer a las personas que quería. Esa Natasha seguía allí, pero con un caparazón más duro. Tenía una firmeza que no podía dejar de admirar aunque sabía que iba a hacer que le costara más convencerla para que lo aceptara otra vez.

Sin embargo, tenía que intentarlo. La había perdido dos veces sin luchar por ella y si no lo intentaba en ese momento, se pasaría el resto de su vida odiándose a sí mismo y amargado por el

arrepentimiento.

Tomó la mano rígida que estaba sobre la mesa y la rodeó con los dedos. Ella se quedó quieta, apretó los dientes y tomó una bocanada de aire, pero no lo miró.

—Cuando Francesca me preguntó si lo de Pietro era verdad, quise mentirle y ahorrarme ese dolor. Jamás debería haberte condenado por querer ahorrarme ese dolor, como a los demás. Llevo poco más de un mes viviendo con la verdad y ha sido como una soga al cuello. Tú has vivido con ella tanto tiempo que me cuesta creer que no la soltaras antes. Yo te condené por lo que consideré mentiras de omisión cuando solo hiciste lo que haces siempre, proteger a las personas que quieres. Tienes el corazón más puro y bueno que he conocido y cuando me dijiste que me amabas, debería haberme arrodillado, como estoy ahora, y haberle dado gracias a Dios.

La expresión de ella cambió ligeramente. Lo miró con un brillo en los ojos y la respiración más profunda, pero con la boca firmemente cerrada.

—¿Sabes qué día es? Es Nochebuena y un día como hoy, hace exactamente ocho años, te vi por primera vez y algo me pasó... Me enamoré de ti antes incluso de que hubiera oído tu voz.

Entonces, ella tragó saliva y quiso retirar las manos, pero él se la agarró con la otra mano también.

—Siempre has creído en mí —siguió él, que sabía que esa era la única oportunidad que tenía de enderezar las cosas y que todo su futuro dependía de lo que dijera acto seguido—. Siempre has visto algo bueno en mí, algo que no veía nadie, pero yo no quise creérmelo. Mis padres no eran los únicos que no me perdonaban por Roberto; yo tampoco podía perdonarme. Sabía, racionalmente, que no tenía la culpa, pero el corazón no lo aceptó nunca y sentía, en el fondo del corazón, que no me merecía la felicidad. Fue fácil aceptar que prefirieras a Pietro cuando ni siquiera mis padres soportaban estar en la misma habitación que yo. No confié en mi corazón y luché por ti porque el problema no era que no confiara en ti, era que no confiaba en mí mismo. ¿Puedes entenderlo? Si hubiese confiado en mi corazón habría luchado por ti, pero mis miedos no me dejaron. Había algo en mí que sentía que no me merecía la felicidad que sabía que tendríamos juntos. Creo que la última vez estaba esperando que te delataras como una mentirosa para así justificarme a mí mismo lo bien que hice al dejarte a un lado hacía esos años porque estaba demasiado ciego para ver y aceptar la verdad, no sobre Pietro, sobre tú y yo.

Ella volvió a tragar saliva e inclinó un poco la cabeza hacia delante.

—No quiero oír nada más —susurró ella—. Ya es demasiado tarde.

—Es posible que sea demasiado tarde para nosotros —a él se le encogió el corazón—. Espero que no, pero si lo es, respetaré tu decisión. Sin embargo, por favor, déjame que acabe lo que he venido a decir. Luego, me marcharé.

Ella cerró los ojos y tomó aire por la nariz. Matteo le rodeó el cuello con las manos, apoyó la frente en la frente de ella y aspiró el olor de su piel.

—La primera noche que hicimos el amor supe que pasaba algo. Sabía, en el fondo de mi corazón, que había sido el primero para ti, pero me negué a creer lo que estaban diciéndome todos mis sentidos y todo mi cuerpo. Me asustaba lo que indicaría la verdad, así que, como verás, *bella*, yo soy el verdadero culpable de haber mentido por omisión porque me daba miedo afrontar lo que mi corazón ya me había dicho que era la verdad.

Ella se quedó rígida entre sus brazos. Él la besó en la frente con el pecho rebosante.

—Siento haberte hecho daño. Siento haberte abandonado. Siento no haber luchado por ti. Siento haber dudado de ti y que mi ridículo orgullo y mis inseguridades me cegaran. Ojalá hubiese tenido el valor para creer en ti tanto como tú creíste y confiaste en mí y ojalá hubiese tenido el buen

juicio de haber reconocido que te amaba antes de tirarlo todo por la borda.

La besó en los labios con la misma desesperación con la que ella lo besó hacía mucho tiempo en su despacho. Él supo entonces, en el fondo del corazón, que lo amaba, pero había estado demasiado ciego y había desconfiado tanto de sí mismo que no lo había visto.

En ese momento, tenía que aceptar que era demasiado tarde.

Volvió a aspirar su olor una última vez.

–Te amo, Natasha. Quiero que lo sepas siempre. Si no vas a volver a ser mía, que sepas que yo siempre seré tuyo. Te esperaré para siempre si hace falta. Mi corazón siempre os pertenecerá a ti y a la preciosa vida que llevas dentro.

Se apartó y vio que ella estaba pálida y con los ojos cerrados. La soltó y le acarició una mejilla con delicadeza.

–Adiós, *bella*.

Natasha sintió que el frío la envolvía de repente y supo que Matteo estaba marchándose. También sentía ligereza en la cabeza y las extremidades y como un globo, de algo indescriptible, que se le hinchaba en el pecho. Sus palabras le retumbaron en los oídos mientras sus pasos se alejaban. Todas esas palabras con tanto significado, tanto amor, tanta ternura y tanto dolor...

Abrió los ojos.

Todo parecía distinto. Lo que solo hacía unos minutos le había parecido sombrío, en ese momento era deslumbrante, las encimeras resplandecían y la mesa brillaba, y ese resplandor deslumbrante también lo sentía por dentro.

Miró el reloj del horno. Iba a llegar tarde al trabajo, al trabajo que le había dado orgullo y seguridad en sí misma.

Matteo ya le había dado eso. Ella había demostrado que podía hacerlo sola y que, incluso, un día quizá llegara a ser feliz. Sin embargo, era ese hombre maravilloso que la había amado y que le había roto el corazón quien la completaba y sabía, con meridiana claridad, que si no se tragaba ese orgullo recientemente adquirido podría estropear cualquier felicidad futura. Los colores brillantes que él había despertado con sus palabras estaban perdiendo el lustre, era él quien daba color a su vida.

El globo del pecho, que no había dejado de crecer mientras Matteo le había abierto el corazón por fin, explotó y la llenó con una calidez que no había esperado volver a sentir.

Él la amaba y confiaba en ella.

Entonces, abrió la boca y gritó su nombre, se rio y lloró al mismo tiempo y sus piernas inestables empezaron a correr para alcanzarlo.

Sin embargo, él fue quien la alcanzó en el pequeño pasillo junto a la puerta, la tomó entre los brazos y la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo.

–Ni se te ocurra marcharte –le advirtió ella dándole besos en la boca y por toda la cara–. Ni se te ocurra.

Matteo tardó en dejarla en el suelo otra vez. Entonces, le tomó la cara entre las manos, la besó y la miró fijamente a los ojos sin disimular el desconcierto y la esperanza.

–¿Quieres que me quede?

Ella sonrió y fue la primera sonrisa sincera desde hacía muchísimo tiempo.

–Solo si me prometes que te quedarás para siempre.

–Si me aceptas, me quedaré contigo para siempre –contestó él con una expresión de asombro.

–Siempre seré tuya. Te amo y siempre te amaré.

Él volvió a besarla y fue un beso que transmitió más significado que cualquier palabra.

–Y yo también te amaré siempre.

La besó con fuerza otra vez, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde procedió a demostrarle lo profundo que era su amor por ella.

## Epílogo

NATASHA, a la entrada de la capilla del castillo Miniato, esperó bajo el maravilloso sol de finales de verano a que sonara la música que le daría la entrada al pasillo. Agarrándola del brazo, y muy orgulloso, estaba su cuñado Daniele, quien ya era propietario del castillo y quien al cabo de una hora, más o menos, se convertiría en su primo político. Detrás de ella, ondulando la cola del vestido, estaba Francesca, quien cumplía sus obligaciones de dama de honor con un entusiasmo un poco excesivo.

Se oyó la música y si Francesca no la hubiese contenido, Natasha habría salido corriendo. Ya había esperado demasiado para casarse con el hombre que amaba, un hombre que, para ella, se había hecho más grande todavía desde que reconoció que la amaba. Matteo había vendido su cadena de clínicas de cirugía estética a un fondo de inversiones por una cantidad de dinero desorbitada.

Cuando volvieran de la luna de miel, inauguraría un tipo de clínica distinta en Miami, un hospital especializado en operar a las personas más desfiguradas, fuesen niños o adultos. Él correría con los gastos del edificio y de los sueldos y sería el primero de los muchos hospitales especializados que pensaba construir. Natasha se ocuparía del interior con el objetivo de que fuese todo lo acogedor que pudiera ser un hospital.

Hizo un esfuerzo para andar con calma, puso un pie detrás del otro y sonrió de oreja a oreja mientras se dirigía hacia Matteo. Al lado de Matteo estaba Felipe, su padrino, quien, naturalmente, no la miraba a ella, sino que buscaba con la mirada a su esposa. Los Lorenzi se les habían adelantado cuatro meses.

Ella sonrió a sus padres, que estaban en la segunda fila, y se preguntó si le habrían pedido más dinero a Matteo. No podía llegar a odiarlos. Seguramente, eran unos de los peores padres del mundo, pero eran sus peores padres del mundo y un ejemplo muy bueno de cómo no ser los padres de un hijo. Como ellos vivían en Miami y sus padres estaban permanentemente sin blanca, a pesar de las cantidades de dinero que Matteo les ingresaba periódicamente en su cuenta, los veía muy poco. No era una pérdida, como a Matteo ya no le parecía que hubiese perdido a sus padres. Ellos habían formado una familia tan estrechamente unida que no tenían que añorar algo que era imposible.

Los alaridos de un bebé aburrido y gruñón se mezclaron con la música. Vanessa, quien acunaba a Lauren en la primera fila, sonrió cuando Natasha la miró a los ojos y le mandó un beso con la mano antes de que intentara serenar a la irritable niña.

Natasha también le mandó un beso con la mano y otro a su hija de dos meses. Como si hubiese obrado un milagro, el beso alcanzó a Lauren y se calló, aunque quizá hubiese sido el toque mágico de Vanessa.

La familia se había reunido poco a poco y todos se habían consolado unos a otros con comprensión. Natasha y Matteo también se habían reintegrado en la familia Pellegrini y Francesca y Felipe habían aceptado, encantados de la vida, el honor de ser los padrinos y tutores de Lauren.

Entonces, se encontró al lado de Matteo, se intercambiaron los votos y los anillos, y declararon a los cuatro vientos que estaban hechos el uno para el otro y que ni nada ni nadie volvería a separarlos.



Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)